

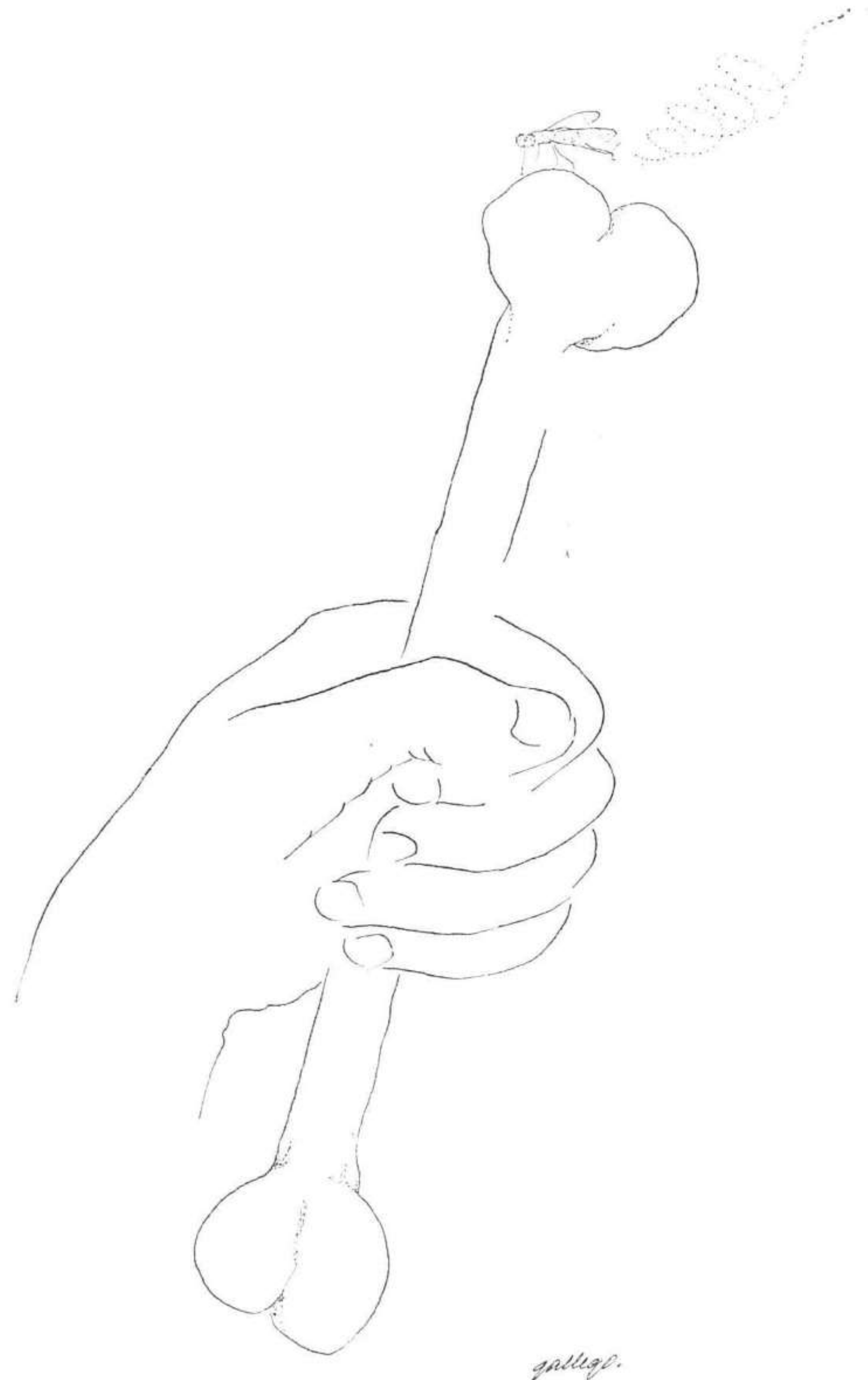
LA estafeta

LITERARIA 1967

DICIEMBRE 16 SALE SABADOS ALTERNOS N.º 385



FUGACIDAD de *la LITERATURA:* PERIODISMO



Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14 • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Administración: Castellana, 40
Edita: EDITORA NACIONAL • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión), 400 ptas. (ordinario) OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Impreso en el BOE. Madrid

Depósito legal: M 616/1968

UN GORDO DE NAVIDAD PARA ZAMACOIS

ABC (6.12.1967)

EDUARDO ZAMACOIS VUELVE A ESPAÑA

Buenos Aires 5. Tras treinta años de ausencia, volverá a España el novelista Eduardo Zamacois, invitado por la revista "La Estafeta Literaria" y el Ateneo de Madrid. La noticia fue recibida por el escritor, que cuenta noventa y cuatro años de edad, con la alegría y el entusiasmo que es de suponer.

Eduardo Zamacois ha sido invitado para el viaje de ida y vuelta y para estar en España todo el tiempo que quiera, con los gastos pagados, sin ninguna clase de compromisos.

Este gesto, cuya iniciativa parece haber partido de Luis Ponce de León, director de "La Estafeta Literaria", donde colabora Zamacois desde Buenos Aires, ha conmovido al novelista de una manera extraordinaria, tanto que se siente más satisfecho de esos amigos madrileños que del mayor éxito de su carrera literaria.—Efe.

ZAMACOIS REGRESARA A ESPAÑA

HA PERMANECIDO FUERA DE LA PATRIA TREINTA AÑOS

BUENOS AIRES. (Efe.)—A los treinta años de ausencia volverá a España el novelista Eduardo Zamacois, invitado por la revista "La Estafeta Literaria" y el Ateneo de Madrid. La noticia fue recibida por el escritor, que cuenta noventa y cuatro años de edad, con la alegría y el entusiasmo que es de suponer. Tanto su esposa como él no ven la hora de realizar ese reencuentro con la tierra lejana, que ha venido constituyendo para ellos el sueño más dorado de su vida.

LA AVENTURA VITAL DE EDUARDO ZAMACOIS

Eduardo Zamacois, el novelista que, tras treinta años de ausen-

rera de Filosofía y Letras, sin llegar a licenciarse, y también

Recorrió el novelista, como se ve, toda América, igual que toda

ARRIBA (7.12.67)

YA (6.12.67)

Zamacois vendrá a España tras treinta años de ausencia

BUENOS AIRES, 5. (Efe.)—Tras treinta años de ausencia, volverá a España el novelista Eduardo Zamacois, invitado por la revista "La Estafeta Literaria" y el Ateneo de Madrid. El escritor cuenta noventa y cuatro años de edad.

Zamacois ha sido invitado para el viaje de ida y vuelta y para estar en España todo el tiempo que quiera, con los gastos pagados, sin ninguna clase de compromisos.

VUELVE ZAMACOIS

Eduardo Zamacois ha sido invitado a volver a España, después de treinta años de ausencia, durante los que ha permanecido en Argentina. Cuenta en la actualidad noventa y cuatro años de edad, y la invitación incluye viaje de ida y vuelta y estancia indefinida en España. Zamacois forma parte de un grupo de escritores de novela corta contemporáneo de Insúa, Pedro Mata, Sassone, Emilio Carrere, etc. La invitación ha sido hecha por la revista "Estafeta Literaria" y por el Ateneo de Madrid. Eduardo Zamacois ha declarado en Buenos Aires: «Esto ha sido para mí un verdadero premio Nobel.»

PUEBLO (6.12.67)

ZAMACOIS,
A LOS NOVENTA
Y CUATRO AÑOS,
VOLVERA
A ESPAÑA

BUENOS AIRES.—A los treinta años de ausencia volverá a

MADRID (6.12.67)

AUSENTE DESDE HACE TREINTA AÑOS E INVITADO
POR «LA ESTAFETA LITERARIA»

EDUARDO ZAMACOIS VUELVE A ESPAÑA

● «ESTO ES PARA MI COMO UN PREMIO NOBEL»

BUENOS AIRES, 6.—A los treinta años de ausencia volverá a España el novelista Eduardo Zamacois, invitado por la revista "La Estafeta Literaria" y el Ateneo de Madrid. La noticia fue recibida por el escritor, que cuenta noventa y cuatro años de edad, con la alegría y el entusiasmo que es de suponer. Tanto su esposa como él no ven la hora de realizar ese reencuentro con la tierra lejana, que ha venido constituyendo para ellos el sueño más dorado de su vida.

- 100.000 ptas. Don Mauro Muñoz, premio de novela «Elisenda de Montcada» por *La huelga*.
- 100.000 ptas. Don José Montero Alonso, premio del Ayuntamiento de Madrid por su ensayo acerca de Jacinto Benavente.
- 25.000 ptas. Don Raúl Torres, premio «Aspid de Oro. Farmacia San Felipe» por su artículo *¡Viva la rebotica!*
- 25.000 ptas. Don Federico Muelas, premio «Aspid de Oro. Miguel Angel Alonso Samaniego» por su artículo *Carta amiga a un licenciado optimista*.

(Pasa a la página 36.)

INFORMACIONES (6.12.67)



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

11.113.500 ptas. Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967).

100.000 ptas. Don Rolando Alvarez Villa, premio de novela «Ciudad de Oviedo» por *El olor de la muerte que viene*.

Este núm. 385

LA TENTACION DEL PERIODISMO

- Carlos M. Perelétegui: Quedan las palabras 4
Luis López-Delpecho: Sin otro chisme que la pluma 5
Federico Muelas: Verdad y viejo oro 6
Luys Santa Marina: Terminaron las cosas 7

HISPANIDAD

- Boris Osés: El Español Rizal 8

ARTICULOS Y COMENTARIOS

- Emilio Gascó Contell: Paul Valéry 10
Rafael Flórez: Arniches 10
Juan Pedro Quiñonero: Faulkner 13
César Tiempo: Roberto Arlt 14
Genaro Mineto Ruiz: García Márquez 14
César Miró: Dora Varona 16

AMOR Y POESIA

CADA DIA

- Helena Muñoz Larreta: 3 sonetos 16

NARRATIVA

- Jorge C. Trulock: Compota de adelfas (folletón) 19
Menardo Fraile: Temprano, quizá tarde 23

SECCIONES

- Concursística 2
Plástica 17
Hispanoamericanos 18
Teatral 31
Musical 32
Internacional 35
Social 36
Provincial 33

RESEÑA DE LIBROS

24

CRONICAS

- Manuel Ríos Ruiz: Madrid: José Blas Vega 33
Carlos Murciano: Asturias: Campoamor

CORRESPONDENCIAS

- Con Othon Castillo 38
Con José Antonio Balbontín 38
Con PGarcía 39

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

- Miguel Bayón: Golondrinas muertas 40

¿ES EL PERIODISMO INFERIOR A LA LITERATURA? Hay personas que en sus tarjetas de visita se ponen «escritor», otras que se definen «periodista»; hay uno que zanjaba la antítesis con una síntesis simpática. «Notable escritor, aunque notorio periodista». Esta última tarjeta podría valer para la mayor parte de los colaboradores —desde el Académico hasta el que pesca en ruina— que honran con su asistencia nuestras páginas.

Estos días pasados, un escritor y periodista ha sido actualidad. En la página de enfrente se reproducen algunos titulares. Eduardo Zamacois vendrá a España, con sus noventa años de edad y treinta y tantos de ausencia, por invitación de LA ESTAFETA LITERARIA, colaborando el Ateneo de Madrid y otros que quieran hacerlo; por ejemplo y por supuesto, su propio editor de Barcelona nos acaba de telefonar ofreciéndonoslo. Vendrá Zamacois, pasará ocho semanas en la península, dirá muchas cosas a los muchos que querrán oírle, sobre la vida y la literatura en entrambos mundos en este siglo XX. Cuando el siglillo nació, ya se afeitaba Zamacois y había dado algunas vueltas por América y Europa.

Nuestra invitación —ha dicho el invitado— vale para él más que un premio Nobel. Preferimos compararla al premio gordo de la Lotería de Navidad, dadas las fechas en que estamos y contando con que en la Lotería Nacional hay menos tongo que en el Nobel internacional.

LASTIMA QUE CESAR GONZALEZ-RUANO, QUE MURIO AYER HACE DOS AÑOS, y que había nacido bastante después que Eduardo, no pueda acompañarle en su ronda española. Dos personas tan parecidas que no se sabe quién ganaría en batalla de recuerdos sobre la mesa del café, ni cuál contaría la atrocidad mayor o el rasgo más delicado, ni quién diría primero «¿sabes? Estoy muriéndome, pero va para largo», ni quién pagaría el café.

César, verde y seco. Voluptuoso y aventurero. Periodista de lo más vivo y hasta vivales que se pueda imaginar. César, hablador solemnísimo y escritor de solemnidad. Encarna César, como encarna Eduardo (y nuestro verbo no es casual, porque ambos fueron muy devotos de la carne) un periodismo literario o literatura periodística que cada vez va a estilarse menos, porque la gran economía y la alta política están imprimiendo su tecnocracia sobre el papel diario. Una bohemia que se va. Una ligereza que tuvo sus matices de golfantería pintoresca y arbitraria o atrabiliaria, según el humor de la persona. Pero que está haciéndose muy seria y formal.

Nos complace haber juntado en las páginas 4 a 7 unas versiones de César que, con intención marcada de antemano, habíamos pedido a escritores-periodistas de cuatro generaciones diferentes. El más joven, Luis López-Delpecho, con sus veintiún años, es el más acusador. Extiende la papeleta de defunción a una literatura que él califica de raza, fauna y flora. Este escolar de la hornada todavía en el horno de la Escuela de Periodismo, nos dice que lo que él quiere es escribir libros.

¿No vale todo esto para el gusto y para la reflexión, querido lector? Fíjate, además, en las ilustraciones. Porque hemos gastado más de un fósforo en la portada; en conseguir la última fotografía que se le hizo en vida a César González-Ruano; y en traer a cuento, junto a su silla inclinada y vacía en el café, la portada de un librito suyo, con ilustraciones de su mano, que desde el título responde a nuestra filosófica pregunta inicial sobre el escritor y el periodista: Ni César, ni Nada.

La Est^a. Lit^a.



CÉSAR EN SU PALACIO DE CUENCA HACE DIEZ AÑOS. En los cuadros de la pared están, aunque no se ven con claridad: A la derecha del espectador, don Juan de Borbón, adolescente a caballo, pintado por Gustavo de Maeztu, dedicado por el pintor a Mary Navascués. A la izquierda, César con José Antonio en los primeros años 30, cuando ambos entraban en sus treinta años. Sobre la consola, de izquierda a derecha: don Gregorio Marañón, el conde de Barcelona, Pérez de Ayala, su majestad el rey don Alfonso XIII, Somerset Maugham, la infanta Paz y Pío Baroja. Los deterioros advertibles en la foto son consecuencia del tiempo y de los traslados. En César, también las fotos tienen un ajetreado espíritu periodístico.

César y Nada: La Tentación del

LAS PALABRAS QUEDAN

CARLOS M. PERELETEGUI

«Voy creyendo firmemente que todo reside en la costumbre. Y que muchas veces, la muerte puede consistir en ir perdiendo la costumbre de vivir.»

(Último párrafo del último artículo publicado por César González-Ruano, el día 15 de diciembre de 1965—el de su muerte—, en ABC de Madrid.)

AQUELLO fue en diciembre, las mulillas del año. El día 15, la niña bonita. En miércoles, el primer esdrújulo de la semana. A las cinco de la tarde, una hora que, aun en diciembre, huele a cornada. Con eso acabó todo. Me refiero a la vida de César González-Ruano... Dejó un cigarrillo sin encender, una taza de café sin empezar y un velador y un recado de escribir sin usar en el «Teide». Se fue, sencillamente. Un enfermo con una salud tremenda dejó de ser enfermo y sanó muriéndose. Ya hace dos años, como quien no quiere la cosa, que César González-Ruano casi dejaba la pluma para morirse.

Porque el hecho enorme, amable, sobrecogedor, estimulante, fue que ese ciprés elegante, flexible, de manos armoniosas, voz profunda, ademanes de caballero, palabra de buen son, estuvo escribiendo hasta su ultimísima hora. El creó la «penúltima hora» en ABC, casi con la certeza de que cada día podía ser efectivamente el penúltimo de su existencia; pero supo, pudo, quiso, en arrebatador gesto (gesta también) de vocacional entrega, jugarse el tipo escribiendo y decir a la muerte que esperase un momento, lo justo para poder terminar su última colaboración. Luego le pareció un abuso (la muerte es femenina), y no se

atrevió a decirle que le diese tiempo para dar una chupada al cigarro y un sorbo a la taza de café...

Yo creo que así de natural debió de ser su muerte, porque él mismo, pese al aspecto a veces engolado de su presencia, sus gestos ampulosos—o sólo ampulosos en apariencia—, su intimidante voz profunda como un precipicio, era, en el fondo—creo, supongo...—, sencillo, natural, humano... Siento—¡cuánto!—no poder evocar más que débiles impresiones personales. Solamente tuve dos ocasiones de estrechar su mano grequense, y en ambas mi postura (tímida postura de quien se acerca al dios de sus noches soñadoras frente al teclado de una máquina de escribir) no era la adecuada para analizar ni para preguntar, saliéndome por la tangente: «Mire usted, don César, yo he venido aquí para conocerle.» Mi equipaje era pobre: sólo ilusiones. Pero no importa. Me estremece su recuerdo porque sigo

Principio Tienen las Cosas

Sr. Ponce de León:

Gracias por todo. Le adjunto El último periodista romántico, que es una especie de recreo y de atisbo de lo que supuso Ruano para el periodismo español. Con él me parece que se murió todo un modo de ser en periodismo. No sé si le parecerá bien a usted.

Quisiera hablarle de mí, pero no puedo. No he hecho nada importante, salvo vivir veintiún años. Ahora trabajo en el periodismo para estar más cerca de la letra impresa.

Mi única ambición es escribir libros. Al decir esto me siento acompañado por un gran porcentaje de españoles. Lo siento. Quiero escribir libros. Y, de momento, lo que se tercié. Usted me tiende un cable y yo lo aprovecho.

De nuevo, gracias.

LUIS LOPEZ-DELPECHO

SIN OTRO CHISME QUE LA PLUMA

Dudo mucho de que a un periodista actual se le permitiera confesarse así: «católico, pecador y monárquico». Las empresas periodísticas de hoy nunca aceptarían a un hombre tan paradójicamente proteico y amparado bajo tan bradominesca vitola. González Ruano sí que podía jactarse de ese emblema triangular y contradictorio. Pero a su muerte se acabaron las posibilidades de jugar en el periodismo a ser González Ruano.

Fue el último periodista romántico, es decir, el último que llevaba su propia editorial sobre los hombros, en las manos, el último a quien se le dejaba divagar sobre su cama, sobre el tintero, sobre una joven dama, por cierto muy distinguida...

Ruano, ese ser surgido, puede que del humus de los poemas baudelerianos, puede que de la destilación de un cóctel hecho a base de Rimbaud, de Sade, de Shaw, e incluso, de Baroja, representó hasta la hora de su posmuerte (nunca murió Ruano sino después de muerto), un tipo de escritor y periodista irrepetible.

Buscó la bohemia madrileña cuando estudiaba Derecho en la Facultad de San Bernardo. Lo único que encontró fue a Emilio Carrere con su pipa y su verso siempre a flor de labios. No era aquello un barrio latino, pero Ruano fingió que sí lo era (*La canción del recuerdo*). Desde entonces potenció su capacidad infinita de fingimiento, jugó al ser y al no ser, a torear a sí mismo.

No militó, pero sí que escribió en diarios tan dispares como *El Heraldo de Madrid* y el *ABC*. ¿Cómo es posible esta conjugación? Algo de volatinero tenía el cerebro de Ruano, y con absoluta presencia de ánimo quedó bien en ambos periódicos. En el primero explicaba su programa con gran alarde: «Extrema izquierda nacionalista. Nada de europeizar España. Españolizar Europa. Africanizarla si es preciso. ¡Gran cosa!» Aquí se le ve el plumero a Unamuno y se le ve el plumero a Ruano que, a pesar de tan estupefaciente manifiesto, da la impresión de no creer mucho en sus palabras. En *El Heraldo* publicó, en 1931, una estupenda crónica sobre la quema del convento de Maravillas. Pero en este trabajo, aparentemente solidario, brota el cinismo entre líneas, desmandado, imparable. Acaso le hubiese gustado ser Fabricio del Congo, pero se reía de su sombra. Pudo escribir de esto y de lo otro. En realidad, lo úni-

co permanente en él es su esclavitud al periodismo. Se pasaba la vida sacando punta a los diarios, escogiendo, ésta sí, ésta no, noticias que enfocar bajo su derrengado, alicaído monóculo.

A fin de cuentas, qué importaba lo que escribiese. El valor de Ruano es que sus lectores buscaban su rostro verde a través de los párrafos y materializaban las vivencias posadas en sus crónicas con el retrato y ademanes vivos del autor. No se leía un artículo de González Ruano, sino a González Ruano. Esto también se ha acabado en periodismo.

Ruano muerto da, pues, el carpetazo a toda aquella fauna y flora periodística de principios de siglo que consideraba todo lícito, excepto al aburrimiento. El periodista se ha convertido actualmente en un hombre serio, un tecnócrata de los sumarios y la negra sangrada. El periodista que enterró Ruano vivía de, por y en el aire, sin más posesión y seguridad que el mármol de una mesa de café, totalmente libre por dentro y por fuera, fuese cual fuese el periódico que le alimentase y le diese para fumar y otros etcéteras más inconfesables.

Yo no sé si es bueno o malo que se haya acabado esta raza periodística, esencialmente nocturna, algo ácrata, algo alcoholizada. Pero no cabe duda de que el periodista al estilo de González Ruano era más completo en el sentido de que hacía y deshacía, se lo guisaba y se lo comía, todo esto con un total desdén por la máquina. Rotundamente se negaba César (me atrevo a llamarle así en vista de que le he conocido mucho por sus artículos y porque todo el mundo lo hace) a emplear otro chisme que la pluma. Esto no es una tontería sobre la mecanización; revela el temple humano de una caterva de escritores que se empezaron a morir cuando se murió Baroja, y de periodistas que lo hicieron, una vez sin pulso la mano de González Ruano.

Pero, ¿y esa divergencia entre escritor y periodista, que he apuntado líneas antes, es justa? ¿Se comprende al Twain, al Hemingway, al Sender, escritores sin haber pasado por el desinfectante periodo del periodismo? La frontera entre ser escritor y ser periodista no existe. Quien no es lo uno, no es lo otro. González Ruano coleccionó ambas facetas a todo lo largo y lo ancho de su excelente, tal vez un poco afectuosa, condal, prosa.

CUATRO generaciones de periodistas comparecen en estas cuatro páginas, tertuliano la figura de César González-Ruano, que murió ayer como quien dice; ayer, 15 de diciembre, hace dos años, moría; se había muerto infinidad de veces; ésta es la última por ahora; cualquier día, cualquier visitante puede encontrarse su sombra y sus chismes en Madrid en la mesa reservada del café «Teide», en el paseo de Recoletos, y en su casa de la calle de Ríos Rosas, de la cual no ha desaparecido ni uno solo de los cien mil cachivaches que acumuló César en su vida, en sus siete vidas.

Congregamos a Luys Santa Marina, que ahora debe de andar para cumplir los setenta, y a Federico Muelas, a quien le quedan dos o tres para los sesenta. Y se nos incorporan espontáneamente el joven Perelátegui—nacido en 1936—y el jovencísimo Luis López-Delpecho, que, según él mismo, no ha hecho nada importante, salvo vivir veintiún años.—N. de la R.

Periodismo

siendo fiel a su devoción. Me escalofría pensar que hace dos años que no ha vuelto a escribir, y hurgo febril en la voluminosa colección que poseo de sus artículos, escrupulosamente recortados de los periódicos, como queriendo encontrar un atisbo, un vestigio del nuevo estilo, de la forma nueva que estoy seguro habrá hallado para seguir escribiendo donde ahora está...

«A la luz baja del recuerdo» se perfilan contornos, se determinan actitudes, se recrea lo perdido y se llega a la conclusión reconfortante de que «las palabras quedan», y con ellas, en cierto modo, aquel que las escribió. La muerte de un artista sólo es muerte a medias, y cuando muere alguno de ellos, debiera escribirse en los periódicos «Se ha inmortalizado Fulano de Tal», en vez de informar su muerte cuando el aparente cadáver pertenece a la estirpe gloriosa de los hombres distintos.

Aquel mes de diciembre de 1965, hace dos años, veinticuatro meses (un momento tan sólo en realidad), González-Ruano perdió la costumbre de respirar y comenzó esa tarea que a todos nos espera y que consiste en simular que nos hemos muerto.

Prefiero las pequeñas-grandes cosas, los pequeños y terribles detalles, las insignificantes

y dramáticas reacciones de lo que nada significa o de lo que, convencionalmente, se estima incapaz de sentir. Por eso pienso en tantos lejanos y callados anónimos y puntuales lectores del ido. Por eso siento escalofríos pensando qué personas se sentarán, se estarán sentando, se sentarán el mismo día de su muerte, a la misma hora, a su habitual mesa del «Teide», indiferentes a cuanto sucedía, a lo que estaba pasando, a cuanto ha pasado ya, e ignorando quizá, probablemente, quién era, quién estaba dejando de ser aquel personaje diario del café.

Café, pitillo, pluma, papel, gafas, humo, línea, fotografía, belleza, recuerdo...

Me aterra pensar en los sustitutos, y pienso en el dolor de la mesa, huérfana de codos; en la orfandad de las cuartillas, en el quejido de la silla. Pienso que un limpiabotas estará triste, y un camarero, desorientado, y una florista, inquieta, y un botones, desocupado... Pienso que las ausencias no tienen nada que ver con los entierros ni con los trenes, sino que se graban, adquieren presencia en todo cuanto queda sin uso, sin tacto, sin aliento; ni dolor, ni crujido, ni borrones. De esa forma se emocionó y lloró César González-Ruano en la muerte de su padre; no cuando expiró, ni cuando le sacaron de casa, sino cuando, al cabo de unos días, andando en la mesa de aquél, encontró la navajilla con la que el padre le afilaba los lapiceros...

Ahí, en eso está la ausencia, y en eso se hace presencia, actualizando lo que es pasado en la lozana permanencia de las palabras, aunque alguien se haya ido, porque la costumbre («costumbre de vivir») de una persona que la pierde se refugia apresuradamente en quienes experimentan la necesidad de eternizar lo que de por sí no perece.

(«¿No volverá usted nunca a España?», le preguntaba González-Ruano a William Somerset Maugham en 1954, en el Hotel Ritz de Madrid. «No, nunca», respondió el escritor inglés. Después de acabar aquella entrevista, hace trece años, César González-Ruano volvió a preguntar: «¿Me permitirá usted hacerle una visita cuando vuelva al Mediodía?» Y Maugham contestó amablemente: «Naturalmente.» Su cita, definitiva, se efectuó en un intervalo de veinticuatro horas. En la eternidad. El 16 de diciembre de 1965 moría también William Somerset Maugham en su «Villa Moresque», de Cap Ferrat... «¡Caramba, César! ¿Ya estabas tú aquí?» «En efecto, William... Pero no creas que hace mucho. En lenguaje de vivo, te diré que apenas llevo veinticuatro horas.»)

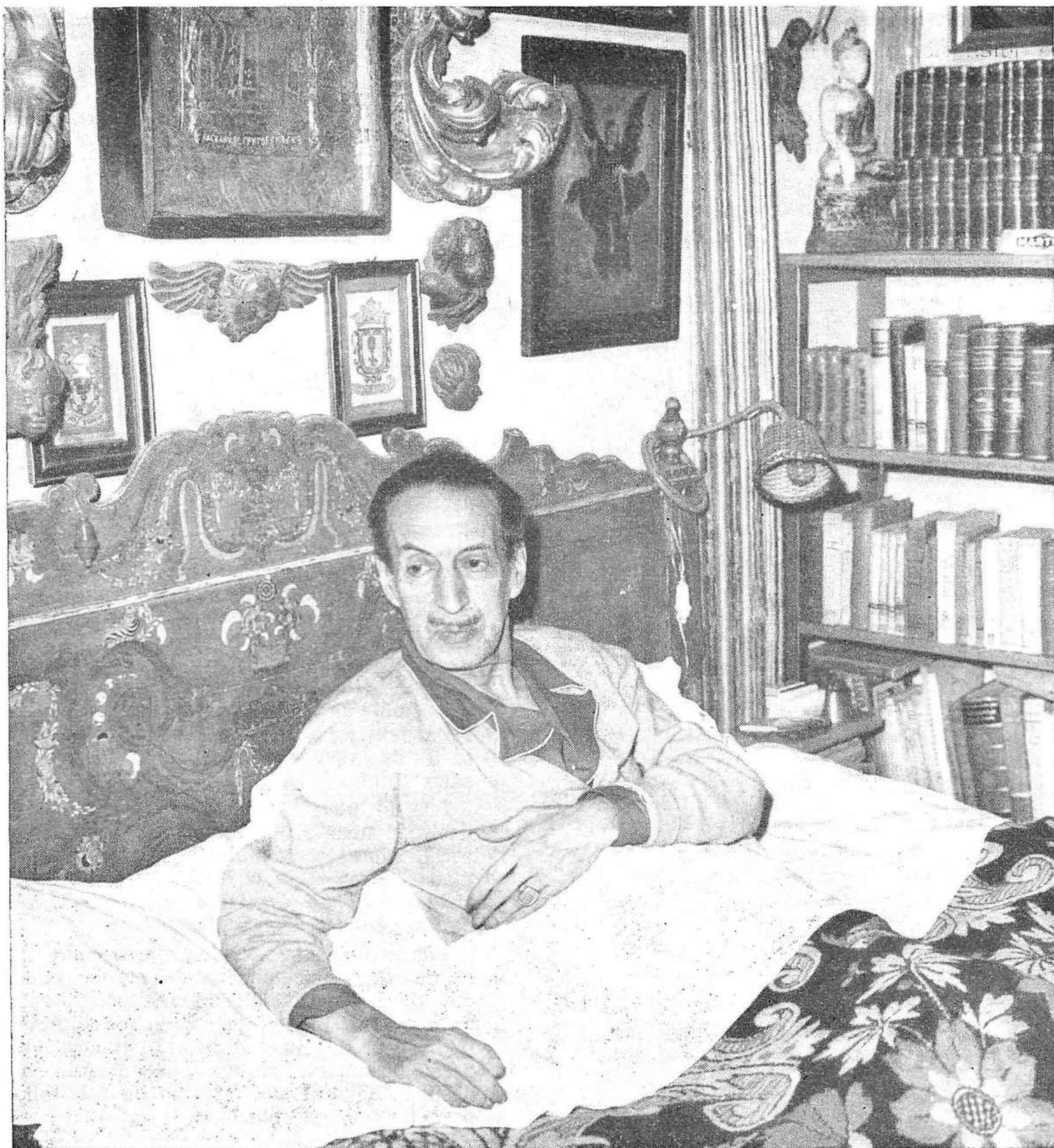
Entonces fue cuando las librerías pusieron en sus escaparates los libros de los escritores muertos y mandaron imprimir esa frase que dice que «el mejor homenaje a un autor es conocer su obra». Cuando está vivo, digo yo. Lo demás, por brusca que parezca la frase, es como echarle cebada al burro muerto. Las cosas, como son. Las glorias póstumas son una pamplina (aunque más valga tarde que nunca). La gloria hay que dársela, hay que reconocérsela a quien la merece, no a sus herederos. Y —sinceridad— me parece que González-Ruano no ha tenido toda la buena prensa necrológica que a mi juicio merecía. Se han ocupado poco de él cuando cumplió el año. No sé ahora. El también pensaba eso (de la mala prensa) respecto a la obra de Somerset Maugham, tildada por muchos como un entretenido pasatiempo. Pienso que a él le importará un rábano todo esto de los artículos, los recuerdos y las glorias. Estará muy ocupado redactando su diaria colaboración de eternidad con pluma de ángel sobre cuartilla de nube. Pero a los que todavía solemos hacernos el nudo de la corbata por las mañanas nos revienta un poco el silencio y nos duelen las frases dichas a medias. Espero que alguien escriba un bello artículo de recuerdo. Una vez al año, por lo menos...

A mí no me cabe, tristemente, César, más función que la de decirlo. Escribir ese hermoso artículo no está, desgraciadamente, en mis manos, aunque probablemente ya está escrito en mi corazón.

Con casi supersticiosa emoción, no se me ocurre otro homenaje a tu memoria (te llamo de tú porque los espíritus sois demócratas) que tomarme un café y prender un pitillo ante mi máquina de escribir. Tú lo hiciste infinidad de veces. Quizá te guste. Y es lo que hago: tomar café y fumar.

LA VERDAD y el ORO VIEJO

FEDERICO MUELAS



Sala de espera

VOY a intentar desde esta orilla ponerme en comunicación contigo, César González-Ruano, habitante de la otra ribera, la del Gran Silencio. No sé si te llegarán mis voces, ni siquiera mi intención. Creo que sí porque pertenezco al grupo privilegiado de los que piensan que nada muere del todo, aún más, que nada muere. Y es posible que tú seas el primero que se muestre sorprendido por lo que a decirte voy.

Porque tú, César González-Ruano, vives para gran parte de los que alentamos, en el mundo de la fábula que, como todas las fábulas, tiene sólo un poso de pequeña verdad. Pero los que te conocimos de cerca sabemos otras cosas, muy diferentes a las que te definen para los demás; o te deforman. Por mucho que me esfuerce, por mucho que me adentre en las bambalinas de los otros, tú no serás para mí nunca, César González-Ruano, esa edición a la española del marqués de Sade que entre todos te forjaron y no con poco esfuerzo de tu parte. No intento, pues, añadir línea alguna al gran cartelón o al tremendo pliego de cordel que durante mucho tiempo, quizá siempre, te embozara como una capa singular. Mi verdad, y de esta verdad estoy plenamente convencido por haberla sopesado veces y veces, tiene cuño perfectamente propio. Y ella te troquela, bien quisiera que para el ánimo de todos, con muy distinto talante.

Mi amistad de años, de muchos años, con vientos bonancibles y no pocas borrascas, siempre con el mordiente de la muerte y las dificultades en torno, instaura en lo mejor de mi conciencia la perennidad de tu recuerdo con cimiento de piedra firme, sin ningún vaho de azufre. Pero sé que no faltarán entre los que me lean aquellos que se refugian en toscas verdades y dan de lado a la plata buena de los acontecimientos bien cantantes y mejor sonantes. Y siempre sin consideración a sueños y deseos.

Para otro día dejo el relato de tu paso por una vieja ciudad castellana que te venía como anillo al dedo para tus ínfulas de hidalgo español y en la que pensé ibas a cristalizar lo mejor y más auténtico de tu personalidad cierta. Tampoco diré del triste cortejo de tus duendes menores que se entretuvieron en cuartejar el vaciado que para tu propia escultura estaba hecho. Y por esas caceras de las resquebrajaduras se fue en definitiva gran parte de tí mismo, constelándote de pintoresca manera, arbolándote en un casi nimbo demoníaco que te mixtificaba.

No, César; tú fuiste para mí y para muchos una de las imágenes más cabales de amistad y de compañerismo en el mundo difícil de las letras, donde estos dos términos tienen valores convencionales. No respondo al hablar así a ese tributo que al parecer debemos a los

que se han ido para siempre. Tampoco hablo estrictamente con criterio personal sin contrastación alguna. Para los que de verdad te estimamos, el viento seco de lo inapelable se ha llevado por delante muchas gasas de colores, muchos fáciles disfraces, muchas circunstancias casi infantiles o al menos de *enfant terrible*. Porque lo cierto es que durante gran parte de tu vida jugaste al juego de los deslumbramientos truculentos con mucho ruido y ninguna semilla, y también al otro juego, que los amigos verdaderos lamentábamos tanto, de ceder tan fácilmente a ideaciones y curiosidades...

Pero el aguafuerte de lo permanente, la justicia irreversible que la muerte instaaura, va descarnándote, descortezándote, desenmascarándote, hasta dejar tu secreto, tu entrañable secreto, en semilla viva, en carne viva. Y es este secreto, esta verdad tuya, lo que queremos esgrimir frente a los que te quisiesen eternamente funámbulo, permanentemente terrible.

Yo he conocido —digo y diré siempre— a un César González-Ruano caballeroso y entrañable, generoso y amigo, compañero excepcional. Yo lo he visto, lo he vivido, en una permanente entrega de su tiempo y su bondad, de su tolerancia. Más aún: digo, con la firmeza del que escribe, que a pocos seres he conocido tan amplia y bondadosamente tolerantes, tan alentadores, tan comprensivos. Tú, gran señor del gesto, lo tuviste siempre para una *mise en scene* que a los que te conocimos bien nos hacía sonreír. Todavía deslumbra el brillo de tu anillo de sello, la blancura de tus puños, cuyo cerco *dandy* sabías tan bien buscar. Todavía resuena el énfasis inocente de tu voz en trance de candilejas. Pero lo otro, lo otro verdadero —fidelidad, ternura, comprensión, ayuda— irrumpe con su borbotón caliente, que todavía nos consuela a tantos.

Yo no sé si será traicionarte un poco deshacer esta escultura en cartón-piedra que para ti quisiste; proceder como yo lo hago, como sé lo harán también Rafael, Manolo, Salvador... Mal paso el que estamos dando a tu biografía truculenta por una escueta razón de verdad y de cariño verdadero. Llevas camino de desarraigarte de los vericuetos que tanto te agradaron... Pero sé, sabemos todos, que te ganamos en quilates de verdad. Y esos quilates valen mucho más que el oro viejo de tu anillo de sello.

Amigo: TERMINARON LAS COSAS

LUIS SANTA MARINA

Como eso del tiempo y sus avatares siempre lo he creído una enrevesada entelequia, un evo sin principio ni fin, me parece que cualquier día que vaya por Madrid y pase por el «Teide» a poco más del mediodía, me le voy a encontrar ante su mesa junto a la ventana, levemente inclinado, la pluma en la cuartilla moviéndose con ritmo igual, sin prisas y sin pausas, abstraído, fuera de este mundo.

Una mirada, un abrazo y:

—¿Me perdonas? Unos minutos y termino...

Lo decía y lo hacía.

—Ya está.

Y ya estaba —barajando sus recuerdos y sus sueños— aquel artículo suyo, ingravido, lleno de pasión contenida, perfecto, insuperable de matiz y elegancia, envuelto en sol de otoño.

Escena y diálogo se repetían siempre y siempre parecían nuevos. Y así día tras día. Veinte —o más— artículos al mes, charlas, conferencias, presentaciones, radio, tele... Lo que le pusieran por delante quienes le conocían —y eran muchos—, pues todo le salía bien... Todo pautado por la elegancia y con unas gotas de melancolía —tan norteña— que llevaba en la sangre.

(Y al margen, como si no fuesen nada, libros, libros primorosos y emo-

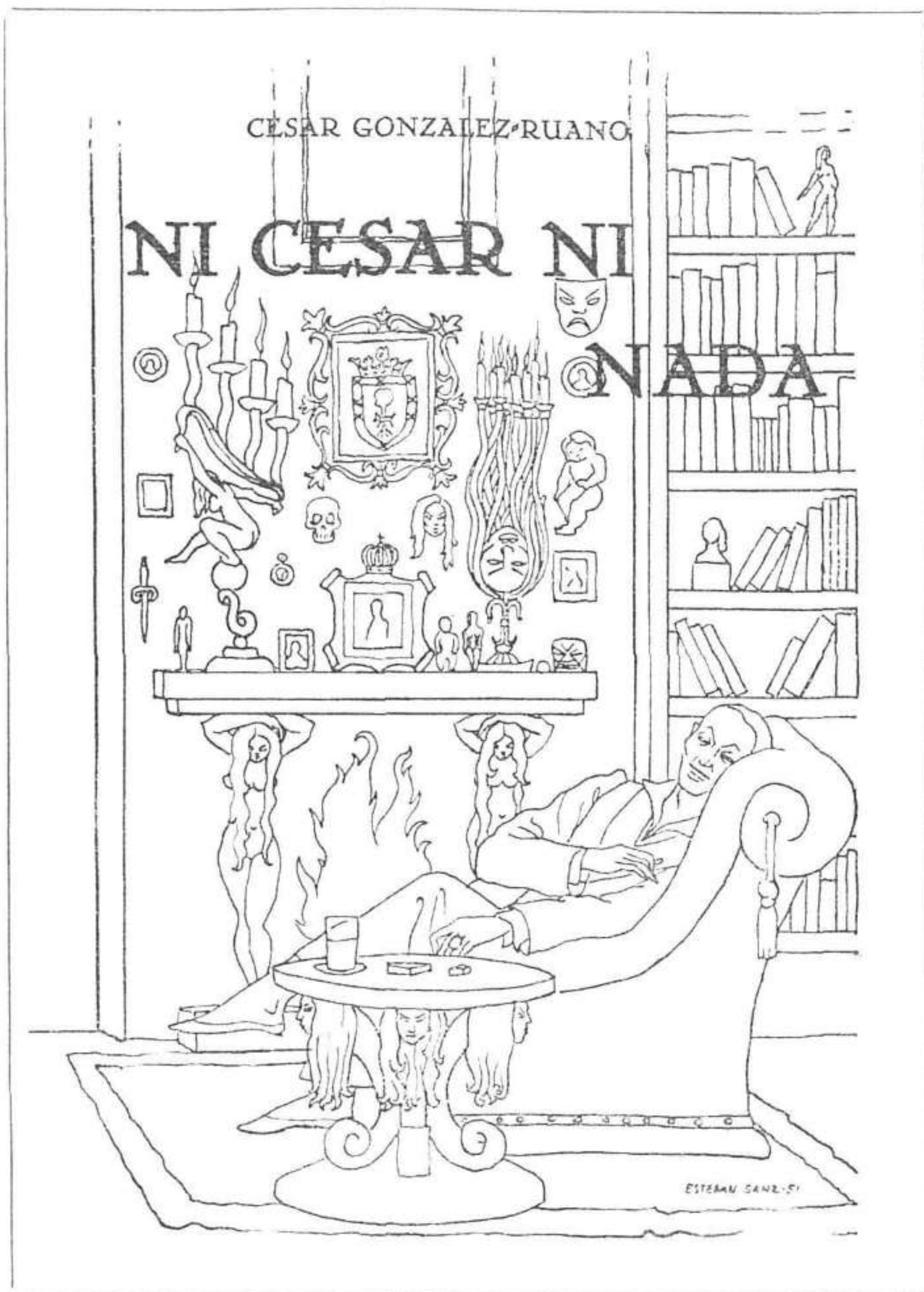


tivos, llenos de vida estilizada, de la vida que fue dejando atrás.)

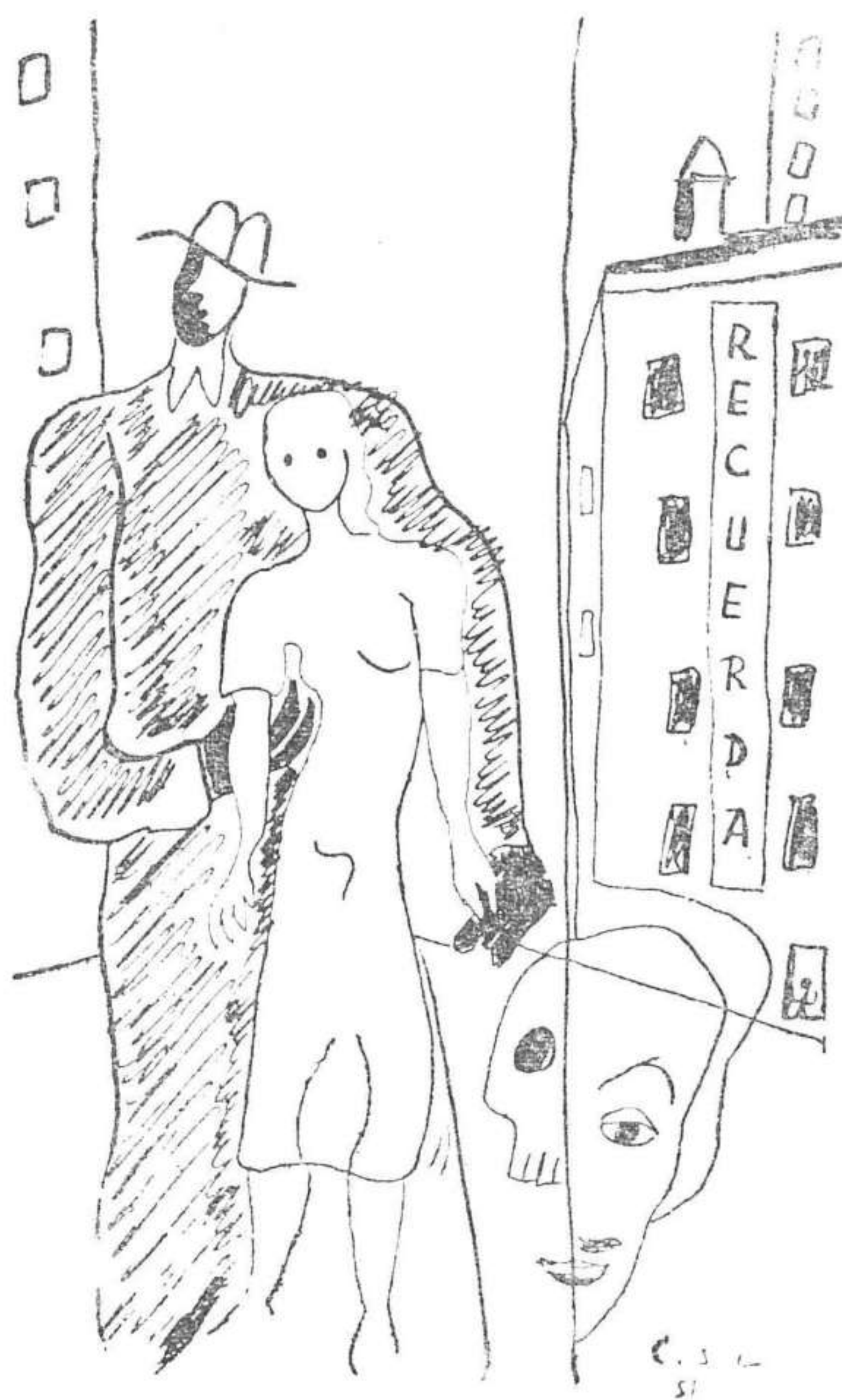
—Bueno. Ya terminé...

Y terminó.

(La última vez que llegué allí, Recoletos arriba, con los árboles tocados ya de otoño, estaba su mesa vacía.)

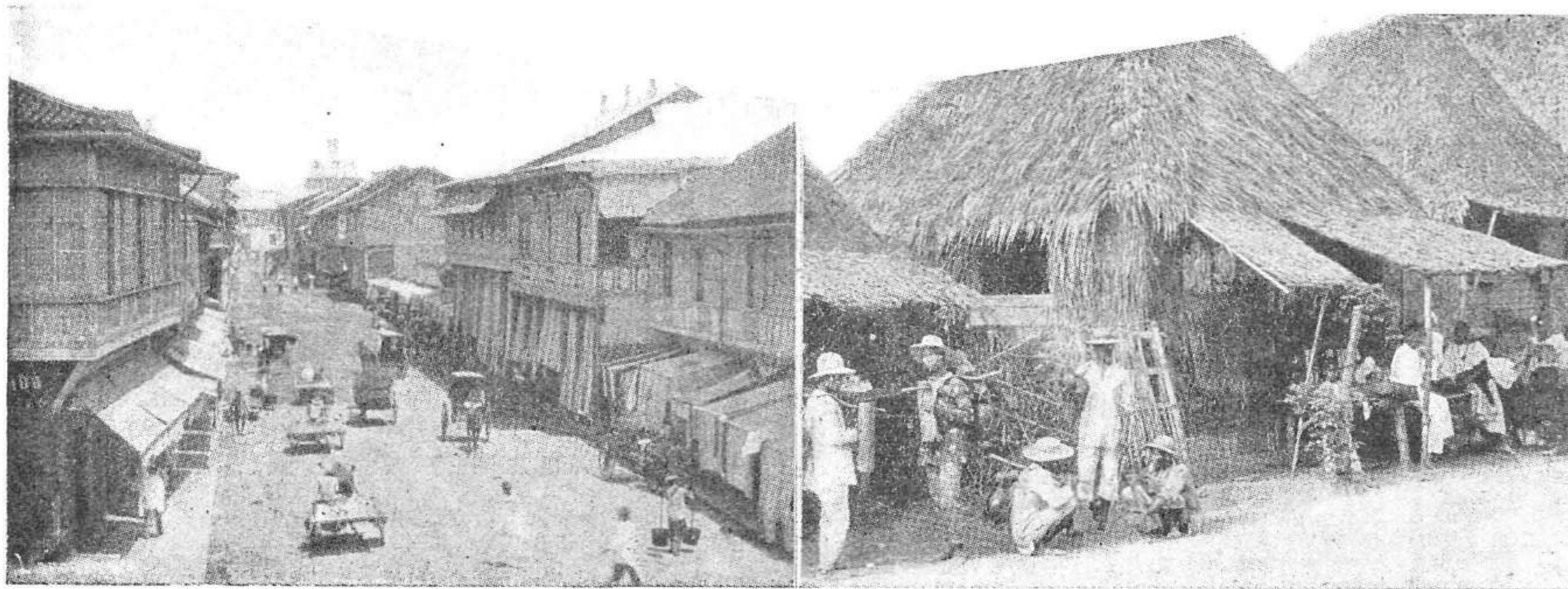


El primero de los «Premios Café Gijón», el de 1951—sí, 51, hace ya dieciséis años—fue para C. G-R. El dibujo de la portada es de Esteban Sanz, que muestra a César muy lánguido en su sofá-sillón-cama-tumba de Ríos Rosas. Los dibujos del interior son del propio César. En el que reproducimos, y en el ángulo inferior derecho, se autorretrata a medias con la muerte, bajo el vocablo vertical RECUERDA.



España en el Español Rizal

BORIS OSES



Calle del Rosario, en Binondo. Proveedores de víveres a las puertas de Manila. 1898

EN el volumen 130, número 3, de *The National Geographic*, Washington, D. C., Mr. Robert de Roos publica un largo artículo intitulado «The Philippines Freedom's Pacific Frontier». Refiriéndose a José Rizal, dice Mr. De Roos: «... con sus fervorosas novelas *Noli me Tangere* y *El Filibusterismo*», estimuló la revolución. «Ellas cuentan», subraya luego, «of the terrors of life in the Philippines under the Spanish». Seguidamente Mr. De Roos confiesa: «Aunque Rizal creía en la moderación, su nombre se convirtió en un símbolo.»

EL VERDADERO RIZAL

A nosotros nos gustaría preguntar al geógrafo americano si en realidad leyó las dos obras del héroe tagalo que menciona, y si las leyó, si lo hizo en la lengua que habló y escribió Rizal, en español. Casi con absoluta certeza, Mr. De Roos hojeó los libros—porque de otra manera no haría un cargo tan gratuito a los «terrores» del régimen español. Con seguridad hojeó una de las tantas traducciones al inglés de las obras del médico filipino, pues como consecuencia de las «bondades»—en contraste a los «terrores»—del régimen americano en Filipinas, los filipinos «se vieron desarraigados de sus tradiciones, costumbres y usos» (recojo las palabras de doña Belén S. de Argüelles, jefe de la división de español del Departamento de Educación de Filipinas), pues «lo primero que los Estados Unidos impusieron en Filipinas fue la prohibición del uso del idioma español...»

El geógrafo americano hojeó, insistimos, y no leyó las dos obras de Rizal que menciona. El máximo héroe filipino fue español, sí, profunda e íntimamente español, porque «en lengua española pensó y en lengua española dice a sus hermanos sus enseñanzas, en lengua española cantó su último y tiernísimo adiós a su patria, y este canto durará cuanto la lengua española durare; en lengua española dejó escrita para siempre la Biblia de Filipinas...» (Unamuno). Solamente querríamos remitir a Mr. De Roos a los juicios de un gran historiador contemporáneo filipino sobre Rizal; nos referimos al catedrático de la Universidad de Santo Tomás de Manila, doctor Antonio M. Molina (*The Philippines Through the Centuries*, dos volúmenes, Manila, 1960).

En las dos obras que menciona Mr. De Roos, así como en todos sus escritos, Rizal enjuicia a España con una moderación, con una serenidad y con una simpatía sorprendentes. *Noli me Tangere* es una simple novela de costumbres. *El filibusterismo* es una arenga revolu-

cionaria. A Rizal le movía una pasión nacionalista, pero amaba a España como a su nodriza espiritual, como a su patria.

UNA NACION HERMANA

La impresión general en España, como en el resto de los países de habla española, es que el archipiélago asiático que forma la República de Filipinas pertenece, como nación hermana, a la comunidad del orbe hispanoparlante. Hace veintiún años, con ocasión de la independencia de Filipinas, la prensa de nuestros países dedicó amplios artículos destinados a destacar el acontecimiento. Particular interés se ponía sobre el hecho de que existiesen lazos de sangre e idioma allende el Pacífico, en las islas de Legazpi, donde, como en Hispanoamérica, más de tres siglos de permanencia española habían vinculado para siempre al pueblo filipino con España y más de veinte Repúblicas, herederas éstas de las «tradiciones del coraje, de la lealtad e hidalguía y principalmente del tesoro lingüístico de la gran nación descubridora y colonizadora», para expresarlo con palabras de un insigne filólogo colombiano.

Hace algún tiempo, al llegar a una de nuestras lecciones de literatura española en Alemania, tuvimos una gratísima sorpresa. Entramos, como de costumbre, en el aula, y sólo al comenzar nuestra lección advertimos la presencia de dos jóvenes estudiantes filipinos. Su visita nos proporcionó una magnífica motivación, pues en una de las clases anteriores nos habíamos referido a las islas de Felipe II y a la literatura filipina en castellano. Cuando después de la lección festejamos que uno de los muchachos se llamase Orellana, como el gran jurista filipino del mismo nombre, y que hablase tan bien el español, nos contestó con el mismo entusiasmo y sorpresa de nuestro simpático «Miguelito», uno de nuestros tantos compañeros filipinos del Colegio Mayor de Guadalupe, de Madrid: «¡Hombre, qué cosas dices; el español lo aprendí en mi casa, con mis padres!»

Luego nos explicaban los chicos que les había llamado la atención el título que figuraba en el frontis del edificio escolar, del cual sólo habían entendido «Spanisch», pues habían llegado recientemente a Alemania y comprendían poco el alemán.

ESPAÑA EN EL OCEANO PACIFICO

El 24 de septiembre de 1559, Felipe II firmaba en Valladolid una importantísima carta para su virrey en la Nueva España, don Luis

de Velasco, ordenándole preparar una expedición hacia el Pacífico oriental. El gobierno novohispano escogió como capitán general de la flota a un marino vasco, Miguel López de Legazpi, hombre de edad avanzada que había servido fielmente a la corona durante largos años. A las órdenes del sagaz y prudente oficial iban cinco sacerdotes y casi 200 soldados. Las instrucciones dadas a Legazpi disponían que usase «todos los medios suaves para someter a los filipinos y proceder con toda manera de discreción y afecto», y el viejo soldado se mantuvo hasta su muerte fiel a ellas. Al mismo tiempo que Legazpi realizaba la conquista militar y política del extenso archipiélago, un primo y paisano suyo, fray Andrés de Urdaneta, instalaba en las islas la Orden de San Agustín y empezaba la histórica cristianización del país. Al finalizar el siglo ya se había instalado en Manila el primer arzobispo y se había traído una imprenta de Nueva España.

Por su parte, los marinos hispano-mexicanos e hispano-peruanos habían explorado el Gran Océano en toda su anchura, desde los 45 grados hasta las Nuevas Hébridas, y desde el canal de Magallanes hasta el Japón. Había de pasar más de siglo y medio para que marinos de la estatura de Boungaville o de Cook reanudasen las exploraciones en estos mares. Y los mismos seguirían cuidadosamente los mapas y relaciones de los grandes marinos españoles de aquella memorable centuria.

LA REVOLUCION FILIPINA

A partir de la segunda mitad del siglo XIX empiezan a manifestarse en el archipiélago las primeras aspiraciones de libertad. El momento histórico era contrario a los justos anhelos de los tagalos. El final del siglo XIX marcaba el triunfo mundial del colonialismo en todos sus aspectos. El «místico» y «poeta» del mismo, el inglés Rudyard Kipling, con una gran inocencia que más parece cinismo, llama al sistema *the white man's burden*, la carga del hombre blanco, que tiene que «civilizar, organizar y salvar a todos los hombres de color...». Esa es la gran tarea del hombre blanco. Y el de color tiene que dejarse civilizar y producir todas las materias primas que interesan a su «redentor» y consumir lo que su «civilizador» le quiera vender. En este sistema colonial no se trata de formar, de ningún modo, un mestizaje o una raza universal sin distingos...

Las grandes potencias europeas se dividen, sin el menor asomo de rubor, el continente africano. La reina Victoria se corona empera-

triz de la India. Hawái, que fuera un reino independiente durante cerca de cien años, «pide» su anexión a los Estados Unidos, etc. Las mismas patrias de Reynal y Robertson, los forjadores de la leyenda negra antihispana, ni siquiera se preocuparon de reflexionar en la justicia o injusticia de su proceder; de ninguna de ellas salió un Bartolomé de las Casas o un Antonio de Montesinos... La conciencia de ninguno de sus monarcas o presidentes se conmovió como la de Fernando el Católico trescientos años antes. No se produjo allí ninguna gran polémica en torno al problema de la ocupación de territorios y países libres como en la España de Vitoria, Palacios Rubios y Sepúlveda.

Mientras tanto, los Estados Unidos emprendían su fabulosa expansión hacia el Oeste, hacia el Pacífico. En la guerra de agresión contra México, en 1847, se adueñaron de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, incluyendo la Alta California, que les abría las puertas del Pacífico. Los balleneros—que, por cierto, no eran españoles—comenzaron a llevar la destrucción y el pánico a todas las islas de la Polinesia, junto con el aguardiente, el catarro común, la tuberculosis y la lepra. Pronto las grandes potencias se habrían de «anexar» esas islas y a «sus naturales, a los que quedaban en ellas después del paso de los balleneros y *traders*. Con guerras y matanzas insensatas, con enfermedades y alcohol, con trabajos forzados, los polinesios casi desaparecieron completamente.

Se dio caso en que aventureros que lograban descubrir una isla rica en madera de bálsamo o sándalo, al abandonarla, después de obligar a los nativos a trabajar en el corte de los árboles y su acarreo, incendiaban los pueblos y mataban a cuantos podían, para que cuando llegase un competidor no pudiera trabajar o comerciar allí. «Faltó una voz viva—escribe el mexicano Rafael Bernal—y valerosa, como la de fray Bartolomé de las Casas, que hubiera escrito con entusiasmo, y *tal vez más verdades*, su Destrucción de las islas del mar del Sur.»

Y éste es el momento que eligen los filipinos para iniciar su lucha por la independencia. Es lógico preguntarse el porqué de esta actitud, tan contraria a las corrientes históricas. Se ha dicho que la carga impuesta por España sobre el archipiélago era tan dura, tan tiránica, que obligó a los tagalos a buscar su independencia... «Probablemente, era menos dura que el peso del colonialismo de otros países europeos. El régimen español era viejo, decadente y, por tanto, menos gravoso para el pueblo dominado», expresa un historiador hispanoamericano.

CULTURA DE INDEPENDENCIA

El eminente historiador filipino Antonio M. Molina ha exhumado una serie de datos sobre la situación del archipiélago a fines del siglo pasado.

En 1882, y para seis millones de habitantes, el país tenía una universidad, tres colegios de segunda enseñanza, cinco escuelas de formación profesional, cinco seminarios conciliares, cuatro escuelas de estudios superiores, una academia de pintura, una escuela naval, varios centros de adiestramiento militar y de formación social y 1.000 escuelas públicas. En el histórico Congreso de Malolos, en 1898, sobre un centenar de diputados de la joven nación filipina, había 40 abogados, 16 médicos, cinco farmacéuticos, dos ingenieros, un sacerdote, y el resto eran hombres de negocios, propietarios y comerciantes. Cuando se comparan estos hechos con la dramática realidad que contemplamos en ciertas regiones de África y Asia, tan huérfanas de hombres dirigentes, cobran un valor excepcional si se piensa que estas cosas ocurrían hace casi setenta años, es decir, que eran una lección anticipada en bastante más de medio siglo sobre la forma en que se debe cumplir una misión civilizadora. ¡Esta fue la obra del «terror» español, Mr. De Roos! ¡De la España negra!

«¡JAMAS HABLARE INGLES!»

La independencia filipina iba a producirse, pues, «en español», con lengua y mentalidad españolas. En 1896 estalló la insurrección, pero

el Gobierno norteamericano se decidió a intervenir en la contienda, y sus barcos de guerra atacaron a la flota española del Pacífico, destruyéndola completamente. En París, los americanos exigieron a España la cesión de las islas. *Vae victis!* Una de las disposiciones del tratado de paz que impusieron los vencedores concedía al Congreso americano la facultad de determinar los derechos civiles y la situación política de Filipinas...

Emilio Aguinaldo, el adalid tagalo, se apresuró a ponerse al frente de las fuerzas republicanas para ayudar a los que consideraba como libertadores de su patria... Pero no tardaron en desengañarse los filipinos, y reabrieron las hostilidades, ahora contra los estadounidenses. Las fuerzas de Aguinaldo constaban de unos 40.000 hombres. ¡Para reducirlas, los norteamericanos tuvieron que enviar más de 100.000 soldados! La captura del heroico Aguinaldo terminó virtualmente la guerra, en 1901. «¡Jamás hablaré inglés!», cuentan que dijo el gran soldado tagalo. Y si no continuaron las hostilidades tras la caída del héroe

al desvalido y apoderarse de lo que legítimamente pertenece a los heroicos tagalos».

Casi cuarenta años después del conflicto, los filipinos se complacían en contar a Julio Palacios y Gerardo Diego el rasgo del capitán español del *General Concha*, que, en aguas de Cavite, se lanzó temerariamente al abordaje de un barco de guerra americano, en vista de que sus cañones no alcanzaban tanto como los del contrario, y no quiso abandonar su puesto de mando ni al ver que su desmantelada y pequeña nave se hundía, ardiendo por los cuatro costados. ¡Típico gesto de nuestra raza! Les contaban también que en el pueblo filipino de Baler un puñado de españoles se hizo fuerte en la iglesia, y, sin querer creer en la caída de Manila, resistió el asedio durante once meses. El gran Aguinaldo tuvo entonces un gesto digno de un cuadro velazqueño: ordenó que no se les considerase como prisioneros, sino «como amigos», en homenaje al «legendario valor de los hijos del Cid y Pelayo».

Los filipinos tuvieron que soportar medio siglo de dominación colonial americana. «Pero



«Partida desigual» (cuadro de Duchêne, publicado en La Ilustración Española y Americana, el 8-X-1898)

filipino, fue sólo porque los norteamericanos cambiaron de actitud e hicieron promesas formales de libertad futura.

La derrota de España indignó a un gran sector de la opinión pública hispanoamericana. En aquellos amargos momentos, a fin de reiterar su amor y devoción por la madre Patria, Rubén Darío escribió un soneto que será símbolo para la llamada «generación del 98». Decía así:

*Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola;
va con rumbo a una Atlántida española,
en donde el porvenir calla y espera.*

*No se aplaque el rencor ni el odio muera
ante el perdón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
la sentirá la humanidad entera.*

*Y siga entre las ondas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes;
que la raza esté en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.*

Numerosos periódicos de Hispanoamérica demostraron especial interés por la suerte de Filipinas. *El Diario del Hogar* (México, 20 de agosto de 1898) consideraba «de nuestro deber levantar la voz pidiendo por aquellos héroes...». Y más tarde, ante el vuelco americano, el editorial comenta que el ejército de los Estados Unidos «representa la fuerza, y los tagalos, el derecho». Exige que «no se tuerza una buena obra convirtiéndose en una monstruosidad increíble», y censura que se pretenda «oprimir

en los años 1900, cuando diversas misiones de independencia filipinas enviadas a los Estados Unidos fueron rechazadas con el argumento de que los filipinos no estaban preparados para el Gobierno propio, porque la educación universal sólo fue establecida por el régimen americano, los filipinos reaguyeron con el hecho de que la educación superior se había establecido en el país en 1611 y que la universidad que educó al doctor José Rizal y a nuestros líderes que iniciaron el movimiento revolucionario contra España era en realidad la universidad más antigua bajo la bandera americana.» («Education in the Philippines: Cornerstone of the Future», by General Carlos P. Rómulo, Comissioner of Education, Republic of the Philippines, *News-week*, 12 de junio de 1967.)

LA LITERATURA FILIPINA

En los primeros siglos de la colonización española pueden mencionarse ya algunos autores, pero las grandes figuras corresponden a la centuria pasada y a la presente. En el siglo XIX podemos citar a Miguel Zaragoza, poeta criollo, delicado y melancólico; al fabulista Juan Atayde, a Pedro Alejandro Paterno, a José Rizal, etc. Seguidamente se observa un movimiento literario más intenso. A esta época pertenecen Macario Adriático, el primer filipino correspondiente de la Academia Española; Epitafio de los Santos, el excelente poeta Fernando María Guerrero; José Palma y Velázquez, autor de delicadas *Melancólicas*; el gran hispanista Tirso Urureta Goyena, el



Escultura, obra de un artista igorrote

autor dramático Severino Concepción, el novelista Guillermo Gómez, y Claro M. Recto, poeta y autor dramático.

Recto fue además jurista, parlamentario, promotor de diversas leyes y una eminente figura de la intelectualidad filipina. Durante toda su vida se distinguió como fervoroso hispanista. Sus discursos son verdaderas piezas castelánicas y revelan mejor que nada los extremos de perfección a que llega el cultivo de nuestro idioma en el entrañable archipiélago. Refiriéndose a la lengua, en uno de sus discursos manifestó Recto: «Ese Paladín de los pueblos de tradición hispánica, archivo inviolable del pensamiento, arca santa donde guardan su herencia espiritual las "inclitas razas ubérrimas", cantadas por Darío y tesoro común de emociones divinas, que logramos salvar incólumes... Patrimonio del alma es ese bello idioma, y es su fuero la inmortalidad, porque "el alma sólo es de Dios", como dijo el Alcalde de Zalamea, y, según la visión profética de Andrenio, "aunque se secase y carcomiese el viejo tronco, las voces de la raza seguirían cantando en la floresta nueva".»

Como poeta, Recto fue también brillantísimo. Compuso él —recogemos sus propias palabras— una poesía «en loor del imperio espiritual español y su monarca perpetuo y señor absoluto, Miguel de Cervantes Saavedra, imperio que es más vasto y perdurable que el de Felipe II con sus campañas de Italia y Flandes, sus empresas contra el turco y sus fundaciones de ultramar».

*No en vano fueron por ignotos mares,
joh, Hispania!, tus gloriosas carabelas,
y en comunión ferviente con la Audacia,
y los altos designios de la Idea;
no en vano tus intrépidos capitanes
desafiaron el hambre y las tormentas
y en sus bríos corceles galoparon
por las pampas desérticas de la América...*

HISPANISMOS EN LAS LENGUAS VERNACULAS

Al observar las palabras que españoles y mexicanos —teniendo en cuenta los estrechos contactos que siempre existieron entre las Filipinas y la Nueva España— aportaron al idioma tagalo que se habla en la actualidad en Manila y sus contornos, nos encontramos con una sorpresa: ¡más del 40 por 100 de los vocablos empleados en el habla coloquial tagala son hispanos! Así, por ejemplo, en una reciente campaña política escribe el diplomático mejicano Rafael Bernal, que se veían carteles con este texto: «Partido Nasyonalista, candidato opicyal ng pagka konsehal...»

Entre los dialectos filipinos figura uno interesante: el chavacano, un habla popular, fundamentalmente española, «bamboo Spanish», le llaman los americanos. He aquí una muestra del chavacano de Zamboanga:

*Abajo de mi ventana — tiene un pono de li-
[moncito,*

*cada rama siete plores — cada plores un bisito.
Abajo de mi ventana — tiene un pono de na-
[ranjita,
yo partí para comé — yo salí siente bonita.
Siete palo tiene el monte — sambón, sampáloc,
[sandía,
santol, sampinit, sampañá — hierba de Santa
[Maria.*

EL CASTELLANO EN FILIPINAS

A la llegada de los norteamericanos casi todos los filipinos prácticamente hablaban español. «La convivencia de más de tres siglos con España» — escribe Belén S. de Argüelles — «se había arraigado profundamente en el corazón del pueblo de tal modo que tanto su manera de vida como su cultura, religión, educación y lenguaje, estaban bien saturados de carácter español». Pero los nuevos ocupantes empezaron por prohibir el uso del castellano para imponer en su lugar el inglés, tal como había recomendado la Comisión de Schurman, que decía que el castellano se convertiría en lenguaje común de los filipinos, tal como había sucedido en Hispanoamérica.

Los invasores despreciaron o, simplemente, hicieron caso omiso de los hechos. Precisamente en ese tiempo, la Constitución de la Primera República de Filipinas se debatía y redactaba en español, que Mabini, el consejero y primer ministro de Aguinaldo empleaba exclusivamente el castellano en su estilo, que era milagro de vigor, justeza y precisión... El lógico trastorno «llegó a producirse» — continúa la señora de Argüelles —, una nueva generación «que ha fallado en comprender la historia y apreciar la herencia de sus antepasados. Sólo ha producido una generación que sabe más sobre la historia de los héroes americanos... que las obras literarias y el heroísmo de Rizal, Mabini, del Pilar, López Jaena, los hermanos Luna y otros patricios de la raza».

Lograda la independencia, dándose cuenta del descarrilamiento cultural de la nación, los políticos filipinos, dieron comienzo al instante a una campaña para restablecer las claras virtudes del pasado, y muy pronto se dispuso que el inglés, junto con el español, fueran las lenguas oficiales del país. Hasta ese momento en Filipinas saber castellano seguía siendo sinónimo de distinción social. El idioma de Cervantes andaba en boca de la aristocracia de la misma manera que ocurría en los siglos XVI y XVII en las grandes cortes europeas.

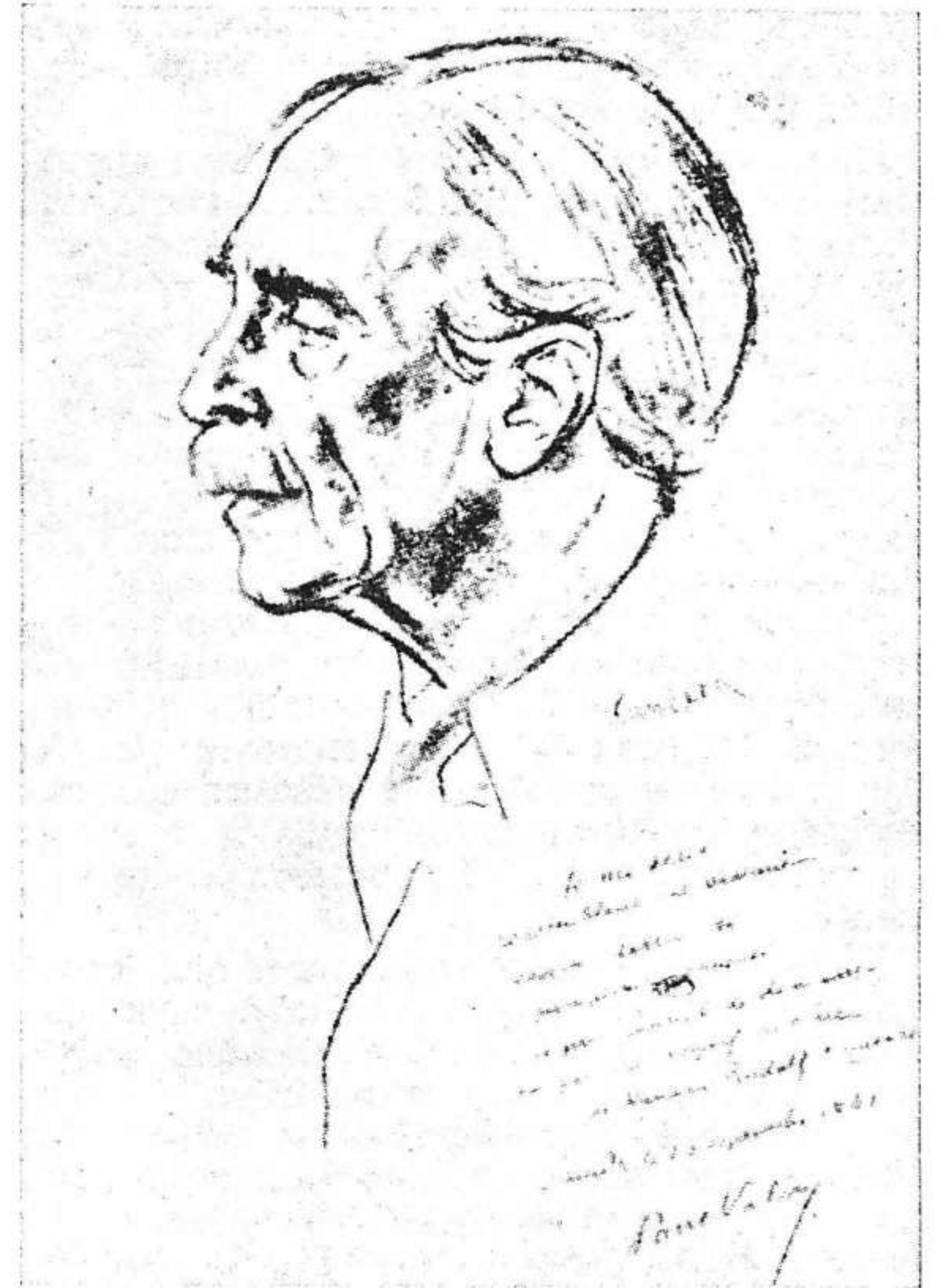
En 1958, los representantes de los países de lengua española acreditados ante la X Reunión de la Conferencia General de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura, remitieron un mensaje «al pueblo y al gobierno de la República de Filipinas» «con el propósito de cooperar en la solución de los problemas que afectan a las manifestaciones del espíritu», advertidos de «los muchos, progresivos y serios esfuerzos que estáis realizando para extender dentro de vuestro territorio el conocimiento y uso de nuestra lengua...», con cuyo instrumento habéis entrado en la Historia, habéis forjado vuestra conciencia de patria, habéis adquirido personalidad soberana en el concierto de las naciones libres».

Para llevar a la práctica esa cooperación fraternal, se constituyó un Comité Permanente con sede en la Casa Central de la Unesco.

En 1962, el presidente de México, don Adolfo López Mateos hizo una visita de amistad al país hermano. Más tarde el Congreso mejicano declaró, el año 1964, «Año de la amistad mexicano-filipina», en conmemoración del IV Centenario de la Expedición de López de Legazpi, de Méjico a Filipinas.

Posteriormente el Comité Permanente ya mencionado se dirigió a la Oficina de Educación Iberoamericana, organismo intergubernamental con sede en Madrid, con el fin de que sirviera de «órgano de enlace y difusión» a sus diversas iniciativas. Por su parte el IV Congreso de Academias de la Lengua celebrado en Buenos Aires en 1964, acordó ofrecer su respaldo a la oficina madrileña en esta «trascendental labor a ella encomendada, que contribuirá a un tiempo a la defensa de un valiosísimo elemento de la cultura filipina y al robustecimiento del más sólido vínculo que une Filipinas con los restantes países hispánicos».

RECUERDO DE



CORREN veloces los años. Veintidós acababan de cumplirse desde que en aquellos días del verano de 1945 asistimos en el Cementerio Marino de Sète al entierro de Paul Valéry. Acababa de producirse el hundimiento nazi, conmoción casi telúrica a la que los franceses han dado el eutrapélico nombre de «La Liberación».

Replegados en Montpellier desde los inicios de la guerra, permanecíamos a cortos ki-

Detergente conclusión

ARNICHES

¿QUE fue primero: el huevo o la gallina? O mejor dicho en este caso: ¿Qué fue antes: Arniches o el Madrid castizales de sus personajes? Esta es una vieja polémica con la que quiero terminar de una vez para siempre en su pululante río revuelto con ganancia de pescadores y todo. Detersivamente. Y, claro es, para ello hay que dejarlo limpio en su totalidad, despejando con la más definitiva de las perfiliaciones a las que se han acercado desde Ramón Pérez de Ayala a Julio Mathías, pasando por Azorín, José Carner, Alfonso Hernández-Catá, Melchor Fernández Almagro, Gonzalo Torrente Ballester, Federico Carlos Sainz de Robles y Juan Emilio Aragonés, entre los principales.

Puede que sea quien esto aborda contundentemente, uno de los más puros llamados a

PAUL VALÉRY

EMILIO GASCO CONTELL

lómetros de Sète, tierra natal del poeta y hasta donde descendía, desde París, el fúnebre cortejo después de las grandiosas exequias que Francia le había tributado al aire libre en las alturas de Chaillot, frente a la explanada donde se alza la torre Eiffel.

Sète aguardaba ahora los restos de su hijo para acompañarle hasta la tumba definitiva, abierta en lo más alto de aquel claro y casi aéreo Cementerio Marino que Paul Valéry había cantado como un «tranquilo techo donde andan las palomas, palpitante entre pinos y entre tumbas».

Era un atardecer cálido y sereno; y conservamos indeleble en el recuerdo el contraste que formaba el solemne y fúnebre cortejo con el ambiente dorado y popular de aquella pequeña Sète marinera y artesana, tendida a secar como un lienzo impresionista en las faldas del Mont Saint-Clair. Resultaba inusitado en aquellas callejuelas serpenteantes alrededor de la colina urbanizada, el silencioso desfile de la carroza, seguida de una doble hilera de uniformes y de togas universitarias, en largo cortejo de sabios, escritores, artistas y representaciones de las corporaciones más ilustres.

Todo ello le decía a la multitud, el apiñado vulgo, que un hombre grande entre los grandes había dejado de existir. Mezclados entre el gentío, una buena mujer nos dijo con orgullo:

—Es un *setois*, señor, el más grande y célebre de nuestro pueblo. Todo el mundo lo admira...

Y luego, con cierto titubeo:

—¿En qué se ocupaba?

—Era un poeta, madame, nada más que un poeta.

—¡Ah!

Y es que, naturalmente, el nombre de Paul Valéry no había calado todavía en las masas,



La mesa de trabajo: las gafas, la estilográfica, la cajita de acuarelas, el tabaco favorito con el que liaba sus cigarrillos, los cuadernos...

ni siquiera en las de su pueblecito mediterráneo, como cala el nombre meteórico de un político. Tampoco tenía la aureola de una sangrienta gloria militar. Ni siquiera era un poeta al modo de Victor Hugo, gran altavoz de los mesiánicos sueños de su siglo.

Sin embargo, el poeta y el pensador casi enteramente minoritario que era Paul Valéry despertaba, en la hora de su muerte, aquel fervor unánime y un poco atónito de su *montagnette* natal. Su retorno definitivo al Cementerio Marino era un símbolo necesario. Así se cerraba ante nuestros ojos el ciclo de una vida rigurosamente construida y gloriosamente consumada. El poeta realizaba así la perfección de su destino.

Su *Cementerio Marino* ya había sido una toma de posesión anticipada. En su poema, el poeta medita sobre la muerte; pero también sobre su propia muerte. Y señala su propio puesto en ese magnífico lugar

*Cerrado, sacro, ardiente sin materia,
fragmento de la tierra ofrendado a la luz,
compuesto de oro, y piedra, y árboles som-
[brios...
y tanto mármol vibrante entre las sombras.*

Y allí quedó Paul Valéry, en lo más alto de la colina, sembrada de pinos y de cruces, cuando las violetas del crepúsculo ya le ponían un duelo ático a las aguas del mar.

na polémica de años

¿HUEVO O GALLINA?

RAFAEL FLOREZ

la perfilación definitiva de lo que pudo Arniches con su obra, puesto que nació, vivió y se consagró en busca de una objetividad de lo madrileño en su totalidad, en el corazón del escenario arnichesco que son los—hasta hace poco—barrios bajos de Madrid.

Puede que el que más, lejos de petulancia castiza, una vez desaparecidos Ramón Gómez de la Serna, Ortega y Gasset y el doctor Marañón, como notarios idóneos de un tiempo y de una hipersensibilidad de aguafuerte en que está enclavado el arnichismo.

EL ESPAÑOL COMO PROBLEMA DE LA RISA Y LA SONRISA

Con los materiales humanos con que se encontró Arniches—como se encuentra todo escritor—a la hora concreta de arrancar profe-

sionalmente, dejando a un lado los balbuceos de iniciación literaria que por ser «primeros amores» cuestan desecharlos con dolor de corazón—y que por ser «amores» no los entienden nada más que los propios amantes—, el gran autor de *Es mi hombre* se percató de inmediato de lo que Jacinto Benavente (de igual manera pero a nivel de la burguesía media y alta) se percató también al poco de aflorar a la vida literaria española desde *El primo Román*, *El nido ajeno* y *Gente conocida*. Y es lo que el 13 de diciembre de 1900 decía, desde Salamanca, Unamuno al uruguayo José Enrique Rodó: «...y voy más lejos, llegando a afirmar que el pueblo español es un pueblo que sin tener fondo latino, está latinizado por siglos de lengua románica; es un pueblo de fondo berberisco domesticado por el pueblo romano».



Arniches, visto por Fresno, en los años de sus primeros triunfos



Esta base es buena para comprender al español como problema de la risa y la sonrisa. Vamos, digo yo. Así, Arniches ya se cercioró de esta problemática al comenzar como autor de esas «piececillas compendiosas, tan pronto en estilo de sainete, que es una mínima comedia de costumbres, como en el modo de la farsa, y aun del drama, si bien drama breve y frustrado, géneros los tres de buena ley artística, aunque no de alto coturno e hinchada prosopopeya, en cada uno de los cuales acertó el señor Arniches a producir verdaderos arquetipos u obras maestras—todo esto al decir de Pérez de Ayala después del estreno de

La señorita de Treveles—, digo que este autor, justamente famoso en el género llamado chico, viene durante las dos últimas temporadas, ensayando explayar sus facultades en el género llamado grande».

El planteamiento del sentido perceptivo del español para lo cómico, alcanza caracteres nuevos que Arniches—como ningún escritor de costumbres madrileñas habidos y por haber, mientras no se demuestre lo contrario—descubrió de manera maestra. De ahí que Valle-Inclán exclamara un día que *Alma de Dios* era su obra predilecta del teatro de aquel tiempo, nota que debe tomar el toledano crí-

tico Angel Fernández-Santos. De ahí también la creación y recreación de Arniches en la «tragedia grotesca», superior a un género por ser todo un estilo como el «esperpento» vallein-
clanesco.

El descubrimiento, pues, era cierto: el español no sonríe. El español hace un trayecto en su reacción instintiva que va del chiste fácil a lo áspero de la tragedia. Pero lo más sorprendente del español es que cuando la tragedia se prolonga, éste vuelve instintivamente a lo cómico, como nos lo demuestra la clásica escena del narrador de chistes en un velatorio mortuario cuando culmina la madrugada, o la comicidad que se le echa a las malas situaciones prolongadas, bien sean éstas alimenticias, económicas, de restricciones de libertad, etcétera, que, como modelo, hemos venido viviendo en España desde 1936. ¿Verdad que parece una premonición arnichesca? He aquí desentrañada la fundacionalidad de la «tragedia grotesca» en su más viva esencia.

No hace mucho, el caricato madrileño Tony Leblanc manifestó públicamente a la pregunta de por qué no era más fino en sus intervenciones practicando la elegancia del humor, que era sencillo lo que iba a responder puesto que «nuestro público no coge la finura». «Nuestro público—añadía Tony Leblanc—sólo se ríe a carcajadas.» Y ponía a continuación un ejemplo: «Si yo digo que «los Reyes Católicos fueron casi todos...», muy pocos entran en la cosa. Pero si digo que «estoy hecho un mulo», medio país se ríe.» Y está en lo cierto. Para mí es toda una conclusión perteneciente por derecho propio y elogiada a la llamada «filosofía barata», pero filosofía, al fin y al cabo, tan importante como para figurar con mérito al lado de esa fértil aclaradora de la oscuridad histórica que enseñó Henry Joly como fisolofía, «más difícilmente asequible que cualquier otro producto humano».

ALEACION ARNICHESCA DEL MADRID POPULAR

Ha dicho en un artículo aparecido en el diario *ABC* el sutil escritor Antonio Manuel Campoy—al que dedico este trabajo en consagración del tema y del fervor por su pluma—a propósito de los saineteros y costumbristas (y su «mundo»), que era gente que, «dicho sea de paso», inventó más que reflejó. Ahí me duele prenda.

Es cierto que el fenómeno loro-masa de que el pueblo repite lo que se le dice con insistencia, está palpable por palpitante hasta en nuestra hora presente (recuerdo la caricatura de Máximo en la tercera página del diario *Pueblo*, en que sobre fondo de puerta cuyo rótulo dice «Lavandería cerebral», hay un primer plano de cabezota humana en cuya frente, y hasta encima mismo de las cejas, vemos al tipo gregario sonreír, brillando intermitentemente los «slogans» del día, tales como «¡Que te fagorices!», «España es diferente», «Todo va mejor con Coca-Cola», «Minifalda», «Enchufa el Askar», «Nivel de vida», «¡Está usted fresco!», «Día del turista en...», etc.), pues



bien, sabiéndolo, no es de extrañar que lo que Campoy dice de los saineteros y costumbristas que «inventaron» respecto a frases o modismos fue un cincuenta por ciento más o menos oscilante, y lo que «reflejaron», otro cincuenta, a escala general.

Puedo atreverme a decir que esto es irrefutable. Es pura aleación. ¡Ya lo creo! He vivido día a día durante todos los años de mi vida entre gentes que están en las obras de Ricardo de la Vega, de López Silva, de Arniches, de García Álvarez, de Tores del Alamo y Asenjo, de Antonio Casero... Estoy curtido de su especie como ojos inquietos de objetividad que desembocan hoy en este estudio. También, a su vez, es cierto que he conocido a tipos que imitan o tratan de imitar a los personajes de sainete.

La capacidad crítica de Melchor Fernández Almagro le hizo decir un día que hasta se le echó la culpa a Arniches de que los madrileños hablasen como hablan. «Pero, ¿cabe mayor elogio?» —se preguntaba Fernández Almagro, y prosiguió—: «Querían por lo visto que Arniches recorriese tabernas, patios de vecindad, tiendas de barrio, fotografiando el habla popular. Es seguro que Arniches lo ha hecho, pero no se ha limitado a obtener el documento: Ha aprendido del pueblo mismo a crear modismos y vocablos; ha fijado la jerga madrileña y la ha infundido valores que el pueblo acepta, colaborando, como el refrán, la copla o el romance. Lingüísticamente, Arniches es el clásico del habla en que los madrileños prenden su peculiar gracia zumbona, redicha y desgarrada.»

No podría decir y añadir lo mismo de los personajes de los hermanos Álvarez Quintero o de los de Muñoz Seca. O de los personajes vascos y marineros de Pío Baroja. Por eso no lo digo.

Como esos grandes pintores personales e intransferibles que han sido los saineteros y costumbristas, bajaban frecuentemente en plan de trabajo—querido Antonio Manuel Campoy—por las calles de Tres Peces, Torrecilla del Leal, Olmo y de la Rosa, que tú citas, y a su vez sus habitantes iban principalmente a ver sus obras al popular teatro de Novedades (en la calle de Toledo, frente a la plaza de la Cebada) y a las funciones por horas de la popular y ya histórica «cuarta de Apolo», en la calle de Alcalá (antecedentes ambos del cine de barrio y de la televisión del vecino o del bar o taberna más próximo), y al teatro Cómico donde actuaban—engarzadas temporadas de éxito popular—Loreto Prado y Enrique Chicote. Esas gentes captaban la fraseología y perfilaban el tipo como el cine ha influido siempre y últimamente en los «chuletas» de barrio con el tipo, indumentaria y ademanes de James Dean, por ejemplo. ¡Y ya lo creo, por eso tenían «la lengua pronta y castizo el ademán», y que sí «es posible que entonces hubiera algo así como un estilo de los barrios bajos», como dices en tu artículo de ABC! Estáte seguro.

He aquí el porqué de la aleación arnichesca, que es la que ahora nos interesa. Y creo acertado llamar a esto «aleación» porque también es el producto obtenido por la unión (generalmente mediante fusión) de dos o más cuerpos, de los cuales uno por lo menos es «metal» (el que corresponde al cuerpo humano). Por eso creo que a esta aleación, fuera del Diccionario, se la puede denominar «aligación» y también «liga metálica».

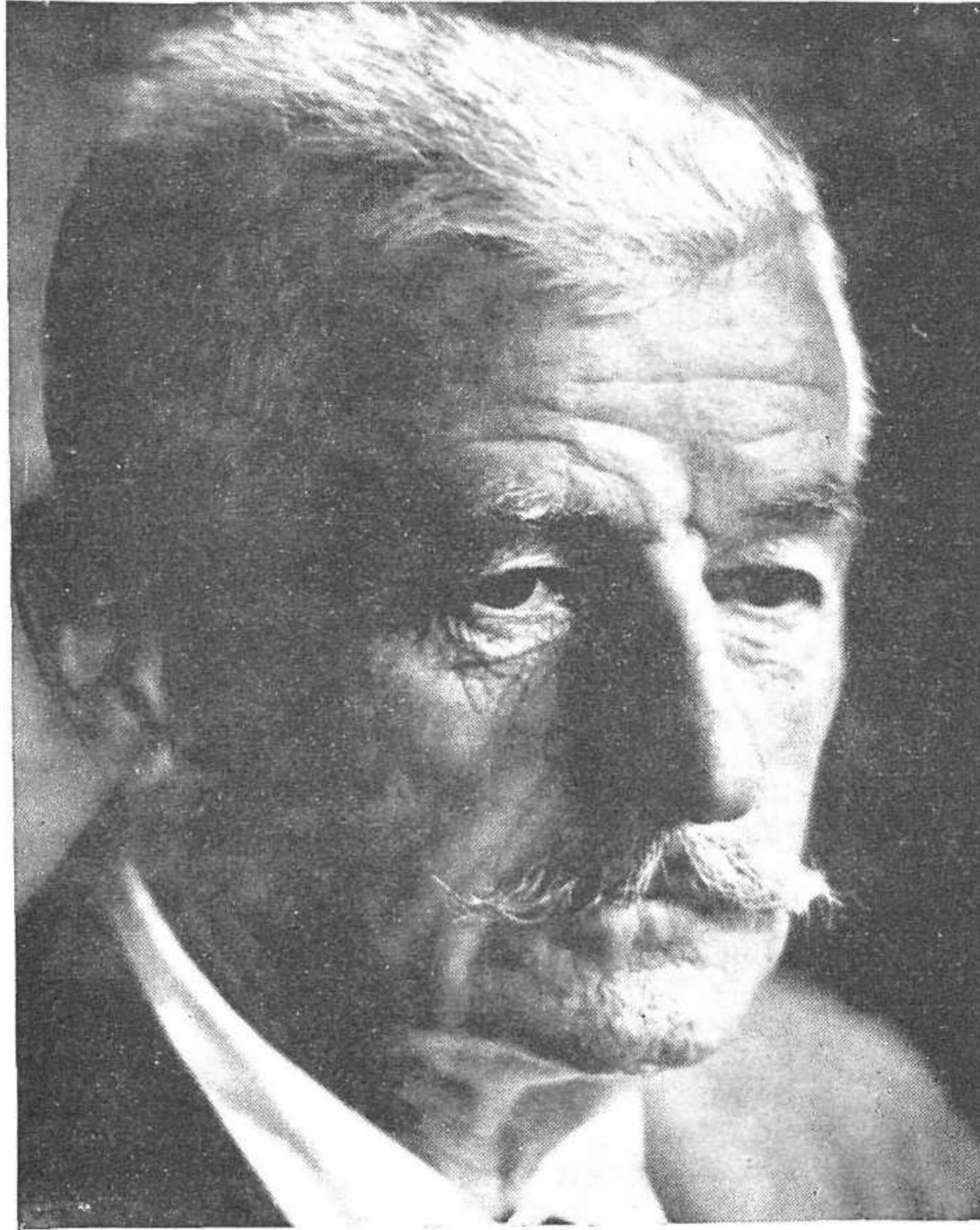
AHI QUEDA EL RETRATO

Instintivamente, Arniches en cuerpo y alma se me presenta como esa fotografía de aficionado que hay de Aquiles Claudio Debussy, hecha por el famoso escritor de su tiempo Pierre Louys (el de las *Canciones de Bilitis*), y en la que el autor de *Preludio de la siesta de un fauno* está apoyado en el instrumento de viento como para bromear con Erik Satie, el colega de la desconcertante personalidad.

Antes de hacer mutis por el foro, ahí queda mi retrato, donado al patrimonio de la aprobación o de la discusión libre, pero con la idea de que sirva de detergente conclusión a una polémica de años en la que estaba en verdadero entredicho el binomio Arniches-casticismo con total equívoco de ambas partes. Creo que después de lo que aquí se ha matizado, no ha lugar, ya más, para lo equivocadamente especulativo sobre este tan batido y debatido tema.

FAULKNER, aquel Viejo Lobo

JUAN PEDRO QUIÑONERO



«**T**ODO este país, el Sur, está maldito, y todos los que somos originarios de él, los que nos alimentamos de su jugo, blancos y negros, arrastramos su maldición.» La frase es de William Faulkner. Tiene algo de grito prometeico. De predicción de agorera. De mal de ojo de vieja negra borracha y ladrona. Faulkner crea su universo a partir de esa premisa, «la maldición del Sur».

Saciado de muertes, violaciones, torturas, castraciones, incestos, maldiciones, suicidios, locuras, según uno de sus mejores comentaristas, Jacques Cabau, la novela de Faulkner es un retablo gótico. Su realismo minucioso tiene algo de esperpento maléfico y de flores ajadas que después de mil vejámenes ven nacer en sí un destello de luz, el pétalo que brota, una lucecita que destella desde la aldea lejana, un buhonero que trae la buena nueva. Todo empañado por la añeja moral de los vencedores.

Faulkner es el dueño y señor de un territorio que bien podría ser la estrella negra de los Estados de la Unión: Yoknapatawpha. Cortado en dos por el ferrocarril de los Sartoris. El país es plano y fértil, como indica su nombre, que se deriva de dos palabras de los indios chickasaw, «yocana» y «petopha», que, al parecer, juntas viene a significar: «El país donde el agua corre lentamente a través de las llanuras.» Un crítico de L'Express, a partir de estos datos concretos, descubre en Faulkner un romanticismo de vena profunda y oscura. Faulkner podría ser pariente lejano de W. Scott y de Eugenio Sué. Fenimore Cooper ha trasladado al oeste los personajes de leyenda de W. Scott. Faulkner resulta truculento, como los folletínistas franceses del siglo pasado, pero sus héroes tienen algo de prometeos invictos.

Se ha dicho, y con razón, que Alvaro Cunqueiro es el autor español mantenedor en sus escritos de un prodigioso mundo de fantasía y sueños. En cierto modo, todo el espantoso realismo de las páginas de Faulkner respira igualmente un aliento de sueño. De triste poesía. De ginebra en vasos sucios. De bululú caminero que va por los senderos del mundo contando la tragedia de su pueblo. En su reino, del que es padre y señor, engendra y mata a sus personajes. A todos los conoce por su patronímico. Según J. Cabau, Yoknapatawpha está poblado por 15.611 personajes de ficción: 6.298 blancos y 9.313 negros. La mayoría tienen nombre propio en las novelas del amo,

y aparecen, se esfuman, vuelven a renacer de historia en historia. Es como una leyenda.

En este sentido, Faulkner es el padre de la odisea contemporánea. Nadie desde Tolstoy ha llegado a estar tan cerca de Homero.

«Olvidar para siempre todo lo que no sean las viejas realidades y verdades del corazón, las viejas verdades ecuménicas—amor, honra, piedad, orgullo, compasión, sacrificio—sin cuya presencia cualquier relato está condenado a muerte, a perderse en la inanidad de lo efímero. Hasta que se proceda así trabajará bajo la maldición. Escribirá no del amor, sino del deseo, de derrotas en que nadie pierde nada de valor, de victorias sin esperanza y, lo que es peor, sin piedad y sin compasión. Sus cuitas no conmoverán la osamenta del universo, no dejarán cicatriz alguna tras sí. De lo que escribirá será de las glándulas.» Ahora, la prosa hermética y fría de Faulkner se transforma en algo candoroso y tierno como él mismo. Si pertenece el párrafo a su discurso en la Academia Sueca con motivo de la recepción del Premio Nobel, bien podría ser el consejo paternal del viejo al joven que empieza a rodar su camino. Y se adivina ahora cómo debajo de los cascos llenos de sesos de los campos de batalla nacen las flores, la callada ternura del espíritu, del Hombre, hambriento de Amor.

Faulkner hizo la primera gran guerra bajo las banderas de la RAF y no con los «yankees». Era el espíritu primario de un resentimiento mal entendido. Pero escondía aquel hecho mucho más velamen del que aparentaba a primera vista. Era un fiel reflejo de esa «maldición» que sentía sobre sí y su mundo. Maldición por encima de castas y razas. Maldición de origen. Ahí nace la portentosa tragedia del Hombre, en la incertidumbre de su origen y su destino. Eteocles y Polinices, los hijos de Edipo, jadeantes sus pechos, con la sonrisa en los labios «florecientes de mocedad y de ilusión», salpicados por su propia sangre, el uno muerto con la espada del otro. Edipo, amante de su propia madre. Prometeo, hijo de Climena y Yapeto, clavadas sus astillas de hierro a su frágil carne en un monte del Cáucaso, por haber robado a Zeus el fuego para darlo a los hombres.

A ese universo fatalmente trágico y horroroso, Faulkner pospone, ya dije al principio, un pétalo que nace, una lucecita que destella desde la aldea lejana, un buhonero que trae la buena nueva...

ROBERTO ARLT, a veinticinco años de su PREMATURA DESAPARICION

CESAR TIEMPO



YO no sabía nada de él y lo quise en seguida como a un hermano antes de que cambiáramos dos palabras. No sólo porque en sus ojos relampagueaba una inteligencia que no podía disimularse impunemente, sino porque había en Arlt una vehemencia y una ternura que desbordaban de todos sus gestos. Toda personalidad auténtica atrae lo que necesita. Los otros, los que caminan arrastrando las zapatillas, nacieron para ser atraídos. Arlt se encontró a sí mismo buscándose en los demás. Amó sin grandes aspavientos la horrible belleza del tiempo que le cupo vivir pensando que cada alegría no era más que una trampa puesta en su camino por la infamia o el resentimiento. Había tenido una infancia duramente humillada, y no precisamente por la miseria, sino por la intolerancia y la inclemencia de su padre, que odiaba todo lo que florecía en la cabeza tempranamente despierta del hijo a los devaneos de la imaginación. Roberto se desquitó más tarde con la literatura como se desquitan con sus mujeres los maridos que, huérfanos de madre desde la niñez, tuvieron un padre despótico que les hizo la vida imposible hasta el momento que se zafaron de su tutela para casarse. En 1925 publicó en la revista «Los pensadores» un cuento titulado *La tía Tula*. Lo conocí por ese entonces en la redacción de la revista, que funcionaba en una imprenta de la calle Independencia y Boedo, en Buenos Aires. Tenía una voz rica en inflexiones, por momentos estridula, pero siempre colmada de calor, y ligeramente nasal. Se advertía su complacencia en paladear las palabras y arrojarlas luego, con sorna y brusco patetismo, sobre el prójimo. Los ojos de oscuro sardónice, esa piedra extraña cuyo color se aviva en el agua, brillaban embriagados, y el rebelde mechón solía alborotársele sobre la frente surcada por una sola arruga. Cuando elogí el cuento que acababa de leer me confesó riendo —reía con frecuencia— que lo había escrito para mortificar a los parientes de su primera esposa, cargando deliberadamente las tintas.

DEMASIADO LEIDO PARA SER UN CLASICO

Todos saben que Roberto Godofredo Christophersen Arlt fue el autor de *El juguete rabioso*, de *Los siete locos*, de *El amor brujo*, de *Los lanzallamas*, de *El jorobadito*, de las ya mitológicas *Aguafuertes porteñas* y de algunas piezas de teatro, tan importantes como sus

relatos. Dejó de existir hace apenas un cuarto de siglo y los libros dedicados a su vida y su obra, aquí y en los Estados Unidos, son más numerosos que los que él mismo escribió. Se reeditan sus novelas, se traducen a otros idiomas, se reestrenan sus piezas de teatro. Una escuela de periodismo y una biblioteca llevan su nombre. Para ser un clásico lo único que le falta es no ser leído. Pero se le lee cada día más. El primero en reirse de su condición de héroe literario habría sido él mismo. Una de sus certidumbres más dolorosas era estar convencido que «jamás sería superado el feroz servilismo y la inexorable crueldad de los hombres de este siglo».

Arlt caminó mucho y vio mucho y realizó una larga gira por España, de donde trajo sus brillantes y estereoscópicas *Aguafuertes españolas*. Hablaba con una especie de frenesí ansioso y nervioso, y siempre estaba dispuesto a encontrar el perfil grotesco de las cosas. En el fondo era un hombre triste que reía escandalosamente. Lo conocí, como dije, apenas salido de la adolescencia. Muchas veces venía a pie desde Flores al centro. Tenía proyectos exóticos, hablaba de inventos que lo harían millonario y se complacía en asegurar que Ricardo Güiraldes lo utilizaba como secretario.

DEL PATIO DE MONIPODIO

Sabía hacerse querer y admirar. Hablaba desaforadamente y callaba con el mismo entusiasmo. Era capaz de pasarse días enteros sin hablar, escuchando a extraños especímenes hasta compartir truculentos proyectos de asaltos, de los que no estaban excluidos la posibilidad de incurrir en un crimen. Cierta vez me presentó en un café de la calle Las Heras a dos hermanos siniestros que hablaban y actuaban a trompa y talega, ofrecían millones de pesos y al año siguiente aparecieron comprometidos en un asesinato sonado del que se hizo eco la prensa de Chile. Otro de los lugares de reunión a los que acudíamos con Roberto Arlt era la lechería de Greco, el autor de *Naipe marcado*. Solían participar de las tertulias el poeta José Sebastián Tallón, enorme y pueril; Dante A. Linyera, plutónico y cimarrón, bohemio impenitente y cantor de los humildes; Jasidakis, un griego cefalonita que había peleado en la guerra ruso-japonesa y contaba historias escalofriantes de la campaña de Mukden; Van Loos, un holandés nutrido a caldo de tempestades que traficó con estupefacientes en el Caribe, había sido cornac en Bengala y lector de devanadari en una universidad italiana; Darío de Castelao y Herberos, un hermeneuta pontevedrino que pedía a cada rato lápiz y papel para demostrar con rigurosos cálculos algebraicos la inexistencia de Dios; B. D., una gloria emérita del fútbol que acababa de cumplir una condena por homicidio con atenuantes; Peluffo Sánchez, un bandoneonista de la orquesta que había llevado Pizarro a París y nos deleitaba contándonos las fechorías de Gardel cuando *el francesito*, de pantalón corto, era la pesadilla de los puesteros del mercado de abasto, y un grupo nada locuaz de muchachones doctorados en la universidad del atraco que en las plataformas de los tranvías hoy desaparecidos sabían convertir indefectiblemente al prójimo en una línea recta, vale decir en la menor distancia entre dos puntos... Arlt los observaba y los escuchaba con la misma emoción deslumbrada con que un derviche contemplaría y escucharía la palabra del Profeta.

Por ese entonces Arlt tenía un amigo del que se gloriaba: Nalé Roxlo, el poeta de *El grillo*, y una admiración literaria: Elías Cas-

telnuovo, a quien luego desfiguró cruelmente en un cuento titulado *El genio*, fechoría de la que no tardó en arrepentirse. Ya había asumido antes la misma actitud con un anciano poeta de Flores, ingenuo y confiado, que lo recibía en su casa como a un hijo. El genio roedor y el genio albañil es difícil que se entiendan. Arlt construía destruyendo. Carlos Muzio Sáenz Peña descubrió su talento periodístico y le abrió las puertas de su diario. Se adaptó en seguida. Sus *aguafuertes* cotidianos le dieron una notoriedad arrolladora. Llegaba a la redacción munido de una experiencia vital insuperable y se volcaba como un torrente. Había practicado no pocos oficios y, como Edmond Cartwright, también era in-

Carta de Caracas

LA NOVELISTICA GABRIEL GARCÍA

Caracas-octubre: Siempre habíamos creído —por lo menos es la impresión que tienen la mayoría de lectores— que todos los escritores, por el hecho de serlo, al escribir —sea novela, cuento, artículo— lo hacen exaltados por la inspiración y, sobre todo, con facilidad. Exactamente, con suma facilidad. Que el escribir no era cosa de esfuerzo, ni siquiera de duda. Que era, sencilla y simplemente, cuestión de ponerse ante una máquina de escribir o tomar la pluma, coger el lápiz y empezar a emborronar papel y papel —cuartillas— y hacerlo poniendo una palabra detrás de otra, con más o menos gracia; con más o menos diversidad de adjetivos; con mayor o menor claridad de imágenes; con más o menos —más que menos— inspiración para «inventar» casos, cosas, hechos, situaciones y tal. Y, de pronto —aun después de tantos años transcurridos—, la verdad, la realidad, los hechos, han venido a poner las cosas en su punto medio y a clasificar y clarificar la exacta función del escritor, de cara al lector, por mor de un sincero autor. ¿Y no lo será también ante los propios autores en general? Porque entre los muchos casos concretos que ya conocemos de manera directa, que sabemos lo mucho y lo costoso que les es a ciertos autores el poder, no ya escribir bien, aprisa, correctamente y de una manera atractiva y más o menos original, surge ahora y de una manera un tanto violenta, el nombre de un escritor, de un novelista, a desmentir y a poner clara luz en lo doloroso, costoso, laborioso que le representa, por lo menos a él, el escribir.

Gabriel García Márquez, el autor de *La hojarasca*, *El Coronel no tiene quien le escriba*, *Los funerales de mamá grande* (cuentos) y *La mala hora*, hizo unas declaraciones, o por lo menos a él se le atribuyen, que son todo un poema de atrevimiento, de sinceridad y de franca confesión.

ventor. Invención y hallazgo, invención y ficción, invención y creación, suelen ser una sola y misma cosa. Lo que no podía inventar en su laboratorio, nada fáustico por cierto, lo perfeccionaba en su máquina de escribir. De muchacho pensó que podría emular las proezas de Nelson. Florencio Chiarello, el chisporroteante autor de *Corto circuito*, *Música en la ribera* y cien notables sainetes más, recuerda que estudiaron juntos en la Escuela de Mecánica de la Armada. A los veintidós años escribió *El juguete rabioso*. Ya lo habían echado de la escuela.

O TODO O NADA

Era un ciclotímico. Tan pronto se inscribía en la «Young Man» y soñaba con triunfar en clamorosos campeonatos internacionales de boxeo o de natación, renunciaba al café y el cigarrillo (el café y el cigarrillo que terminaron por matarlo) y se sentaba tieso y recto como una columna; tan pronto se anotaba en el Instituto de Cremación, soñaba con verse reducido a cenizas, tomaba tantas o más tazas de café que las que le atribuyen a Balzac, fumaba como un murciélago y escribía alucinado, desmoronándose sobre la máquina, olvidando las prescripciones de su profesor de gimnasia, prescripciones que nos repetía, vocalizando estentóreamente, a sus amigos de la

línea de cafés que, partiendo desde el «Tortoni», de la avenida de Mayo, llegaba hasta el «Paulista» de Rivadavia y Rivera Indarte. Allí compartió más de una vez la alegría en ascuas de Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, que tantas felices comedias brindaron a la escena nacional. Arlt reía como un energúmeno o se sumía en hondas crisis melancólicas como si presintiese que moriría joven. Trabajó dura y pertinazmente. Tenía una voluntad a prueba de contrastes, que le vendría de sus antepasados vikingos que sabían hacerse a la mar en sus esquifes para huir de las tentaciones. Pintó tipos que recorrieron toda la escala de la degradación y tiernas y dolorosas figuras de mujer como esa Esther Primavera, nimbada por las siete estrellas de un amor que no sabía pactar con lo imposible. Novión de los Ríos decía que «Arlt pasaba dejando un clima». Es cierto. Fue uno de los más fuertes suscitadores de atmósferas de nuestro medio. Y no sólo eso. Sabía tener delicadezas infinitas con sus camaradas, delicadezas que contrastaban con sus habituales exabruptos. Removiendo viejos papeles me encuentro con una carta suya del 30. Yo le había entregado un ejemplar de mi *Libro para la pausa del sábado*. Me escribió para decirme: «Uno de tus poemas se lo aprendió de memoria mi nena, que tiene siete años. Excuso decirte que el poema me gustó tanto que yo también me lo he aprendido de me-

moria. Y creo que cuando uno se aprende de memoria el poema de un compañero es porque en ese poema hay cosas esenciales. Toda la tristeza que uno pueda tener adentro se descarga y se herosea recitando esas religiosas palabras.» Y perdónenme este acto de lesa vanidad, posiblemente el primero en que incurro en tantísimos años de actividad literaria. Repitiendo las palabras de Arlt, me parece estar más cerca suyo. Como aquella noche del 25 de julio de 1942, cuando nos encontramos en una asamblea del Círculo de la Prensa y hablamos en los pasillos de sus experiencias en las minas de Bilbao y la alegría hervorosa de las tertulias madrileñas, de tantas caminatas y conversaciones por los lugares más increíbles y las horas más absurdas, recordando divisas que sonaban como anútebas: «¡Cuidado con la tristeza! Es un vicio. ¡Debemos ganar la batalla por prepotencia de trabajo! La solemnidad es la dicha de los imbéciles. Asistimos al crepúsculo de la piedad en el peor de los mundos posibles. ¡No aflojemos!» Al día siguiente, el 26 de julio de 1942, a las once de la mañana, mientras intentaba atarse los zapatos para salir a la calle, lo mató el pistoletazo del síncope. El 7 de abril había cumplido cuarenta y dos años. Buenos Aires tiene dos calles tristes, solitarias y sórdidas. Y parece mentira: una se llama Carlos Gardel y la otra Roberto Arlt.

DE MARQUEZ

GENARO MINETO RUIZ

En 1928 nace Gabriel García Márquez en un pueblito llamado Aracataca, Colombia, y muy joven ya, se traslada a Bogotá, donde se quedará definitivamente, salvo alguna que otra salida como periodista. Pero aun así, la ardiente tierra donde le vio nacer, la bravia sequedad de sus espacios, han de ser la característica más acentuada del futuro novelista, y lo que más ha de influir en su temática, y no es hasta 1955, que da a la luz su primera novela, *La hojarasca*, tardando por lo tanto veintisiete años en publicar su primer trabajo literario de grandes vuelos. No obstante, su publicación no tiene mayor resonancia, ni representa una sorpresa para la crítica, ni siquiera un mediano éxito de público. El, no se desanima, sigue escribiendo, y a los seis años da a conocer su segunda obra, *El Coronel no tiene quien le escriba*. Un año más tarda en dar a conocer un libro de cuentos, *Los funerales de mamá grande*, que también pasa sin pena ni gloria. Y en ese mismo año de 1962 publica *La mala hora*. Aun así, pese haber dado a la luz cuatro títulos, el nombre de Gabriel García Márquez no toma cuerpo en la preferencia de los lectores, ni tampoco entre la crítica encuentra franca acogida. Y de pronto...

Hace unos meses que García Márquez ha publicado su último libro, novela, *Cien años de soledad*, y por las trazas y manera, y en la forma con que ha sido acogida por la crítica y la cantidad de ejemplares que se están vendiendo, indican que por fin «entró» de lleno en la masa del público en general. *Cien años de soledad* es libro que se vende —mejor dicho—, que empieza a venderse más que regularmente, y no sólo en Colombia, sino que ha empezado a traspasar las fronteras de su propio país, cosa difícil y, por lo tanto, muy elogiable e interesante.

Pero si bien es cierto que el autor García Márquez ha sido traducido al francés y al alemán, especialmente su novela *El Coronel no tiene quien le escriba*, no ha sido hasta la aparición de *Cien años de soledad*, cuando su nombre empieza a sonar y a cotizarse como autor de altos méritos, dentro y fuera de su país. A García Márquez, a raíz de la aparición de esta su última novela, han empezado a compararlo —y por lo tanto a encasillarlo— con otros autores, y de la comparación se dice que está entre Gallegos y Rivera —pues, por lo visto, también a ciertos críticos les encanta hacer comparaciones entre los autores, para sacar la errónea conclusión de que tal o cual autor está llamado a triunfar o a fracasar, según el resultado de dicha comparación—. Por mi parte defiendo la tesis —lo hago en la crítica que hice de los tres títulos que ha publicado José M. Gironella sobre la Guerra Civil Española, *Los cipreses crecen en Dios*, *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz*, así como de la novela *Imágenes*, del joven autor venezolano Francisco Javier Yanes— en el sentido de que a los autores no se les puede comparar ni se les debe comparar, ya que cada autor es cual es, puesto que cada uno tiene su especial y personalísima fisonomía y estilo, maneras y modos de escribir. En este caso concreto de Márquez ha sido necesario para el autor publicar cuatro libros en más de siete años de constante labor, para que a la quinta —ya se sabe que no hay quinto malo— vaya la vencida. No se debe ignorar ni despreciar el doloroso hecho de que de las anteriores y primeras ediciones de Gabriel García —aun habiendo conseguido más de tres ediciones de alguna de ellas—, aquéllas no pasaron nunca de los mil a mil quinientos ejemplares por edición, aparte la novela *La hojarasca*, de la que, con motivo de la Organización de los Festivales del Libro, se hizo una especial edición, bajo la colección de las llamadas «populares» con un tiraje de treinta mil ejemplares. Pero ahora, con su *Cien años de silencio*, en menos de tres meses se llevan vendidos más de veinticinco mil ejemplares, y esto en América Latina es un valioso testimonio de éxito, sobre todo si se tiene en cuenta que la edición es normal, corriente y sin ningún signo de acontecimiento extraordinario.

Gabriel García ha recorrido también la parte de periodismo que todo buen intelectual y literato intenta, ya que cultivó el periodismo en su país, Colombia, y recorrió parte de Europa —especialmente París y Roma—, desde donde le llevaron, en sus andanzas, a los estudios cinematográficos, para poder cubrir

las angustiosas demandas de tipo económico —¿qué autor no las ha pasado y las pasa?— hasta afincarse definitivamente en el marco de la novelística, según confesión del propio autor.

Precisamente en este aspecto de sus declaraciones, de sus íntimas, particulares y también profesionales confesiones, son las que más clara y concretamente retratan su extraordinario carácter y, al mismo tiempo, revelan y aclaran algunas de las manifestaciones que hemos hecho más arriba, sobre la facilidad de escribir en los autores. Gabriel García no siente ni siquiera preocupación en confesar que el escribir para él es tanto o más doloroso que parir en la mujer. Para él, más que inspiración, el escribir es una laboriosa preparación, que necesitó supeditarse a una férrea disciplina para conseguir dominar no solamente la obligación y la voluntad que requiere el laborar un poco cada día —Márquez escribe durante ocho horas diarias—, sino que por natural, es un tanto «bruto» para ello. Dice textualmente que él va a trompada limpia contra las palabras —palabra a palabra— hasta encontrar la que considera la mejor y la más adecuada. Que no le es nada fácil —al contrario, difícilísimo— conseguir una hilación rápida, concisa, fácil y variada para completar un párrafo, un concepto o una oración completa.

Lo curioso —y anecdótico— en el caso de Gabriel García Márquez estriba en que dice sencillamente que es escritor por timidez, ya que su verdadera vocación es la de prestidigitador, pero que ante la imposibilidad de conseguir hacer un truco ante el público sin confundirse y quedar al descubierto ante los espectadores, se ha decidido definitivamente por la literatura. ¿Son un truco publicitario estas declaraciones? ¿Son auténticamente sinceras? ¿Es esnobismo? La verdad es que no tiene mucha importancia, ante el hecho incontrovertible de que Gabriel García Márquez se ha revelado, por fin, como autor de altos quilates, con posibilidades de ir a más, y a qué si no por otra cosa, su voluntad, su esfuerzo, su vocación, su disciplina, su capacidad de trabajo —¿y cómo no?—, forzosamente por su valía intelectual y literaria le han dado lo que todo autor desea, ambiciona y necesita: la fama.

Cien años de silencio es un libro que dará —está dando ya— mucho que hablar. Pero de su contenido, de su tema, de su trama, y de sus personajes hablaremos otro día y en otro espacio, puesto que hoy se nos terminó ya.

Otra vez, DORA VARONA

LOS ULTIMOS CAMINOS DE SU SANGRE

CESAR MIRO



SE piensa en don Luis de Góngora y en Herrera y Reissig, en don Francisco de Quevedo y en Rubén Darío, en lo clásico y en lo moderno, en el vigoroso idioma que tenemos, cuando se asoma uno al hontanar poético de esta mujer que se llama Dora Varona y a quien eligió Ciro Alegria para que le ayudara a recorrer los últimos tramos de su ruta. Y no hace falta recordar a otras mujeres que hicieron poesía en nuestra América, ni a sor Juana Inés, ni a Delmira o Gabriela y ni siquiera a Gertrudis Gómez de Avellaneda, obligada mención de la paisana romántica, porque es el hondo lenguaje, la afirmativa y diáfana expresión—y no, como alguien ha dicho, una poesía femenina—, lo que nos impresiona en esta sutil artífice del verso, que nació en Santiago de Cuba y ha soterrado ya su raíz en el Perú.

De su tierra de Oriente llevó a La Habana su inquieto trajín lírico, su deambular por mundos de belleza, que habrá de concretarse en ese pequeño diario de navegación por los mares de la poesía que es su primer libro, Rendija al alma, sugeridor de misteriosas curiosidades y descubrimientos sorprendentes. Con esas credenciales viaja a Madrid, se va esa niña del verso que habla ya un lenguaje maduro y cabal. Tres años permanece en la ciudad donde Antonio Machado dejó sus mardugadores acentos—«Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas», escribirá el poeta sevillano—, aquellos de las Soledades, cuyas voces, con las de Juan Ramón, parecen resonar en la heredad de nuestra poesía de esos años. Así, cuando sale a la luz en Madrid. Hasta aquí otra vez, el tono de esa poesía evocativa, intimista, anecdótica, está vigente en esas páginas del segundo libro de Dora Varona. Dentro de su personal manera de decir su mensaje se advierten las tonalidades y los

matices de la más pura poesía castellana. Por eso he querido escribir los nombres de Góngora y Quevedo, los de Machado y Juan Ramón, porque de ahí descende; de esa estirpe nobilísima se reclama esta poesía, que nos deja un regusto a vino añejo, a pesar de provenir de cálidos lagares de hoy.

No es arbitrario en modo alguno el juicio que alude a un abolengo idiomático, si advertimos que no hay en estos versos rumor de maracas y tambores ni se han contagiado del ritmo arrollador del son antillano. Pudo haber seguido a la embriagadora comparsa de sensemayá, pero prefirió—como el mismo Nicolás Guillén en buena parte de su poesía—la afinación de los antiguos laúdes peninsulares al obsesionante repiquetear del bongó.

Cuando hace Dora Varona su ingreso a la poesía, se ha calmado ya, en las nuevas generaciones por lo menos, la fiebre metafórica de los primeros días. La llamada vanguardia ha cambiado de frente varias veces. Ha sido culterana, sin el retorcido arabesco del hipérbaton, que por algo nos viene de predios cordobeses; se ha recreado en hacer poesía oscura, poesía en clave, accesible sólo a las «élites»; ha confesado su pasión surrealista, acaso la más sobreviviente y pertinaz. Y ha vuelto, sobre todo, como el Renacimiento lo hará con la arquitectura, a exhumar y revitalizar las formas clásicas. Ha retornado de su ostracismo el soneto. Con fino trabajo de cincel nos lo ofrecerán Borges, Rafael Alberti, Martín Adán. No los haría mejores ni más perfectos de lenguaje y atavío el señor de la Torre de Juan Abad. Con igual excelencia lo encontraremos en la poesía de Dora Varona, con esa misma música secreta que viene repitiendo, a lo largo de los siglos, los entrañables acordes de Petrarca.

He examinado el fragmentario documental, que es un libro de recortes en el que la escritora ha ido ordenando sus estancias. Y esa etapa madrileña que la consagra—allí están Vicente Aleixandre, Sánchez Bella, Lain Entralgo—se cierra con el regreso a la tierra natal y, más exactamente, con una breve nota, dando cuenta, en frases de un delicioso y tierno sabor aldeano, de su compromiso con Ciro. Es un recorte de un periódico de su lar santiagueño, fechado en noviembre de 1956, y en esas líneas se interrumpe su quehacer literario. Había adelantado títulos de libros que no llegarían a aparecer, silencio inexplicable al que pondrá fin una edición de sus poemas que anuncia Losada. Quiere esto decir que Dora Varona ha vuelto, y ha vuelto, además, para reunir las notas, los poemas, lo disperso y lo inédito del narrador del Perú profundo que se marchó hace poco. Si en estos años no ha publicado libros, le ha dado, en cambio, cuatro hijos a Ciro Alegria. El nombre del escritor ausente se perpetúa así, no sólo en su recia obra, sino en esos cuatro últimos caminos de su sangre. Con las palabras de Vallejo podrá decir Dora Varona que por ellos va ahora su corazón a pie.

SONETOS EN CARNE VIVA Y UN JUICIO DE JUAN RAMON

ESTOS tres sonetos fueron leídos por Juan Ramón Jiménez en una conferencia titulada «Poesía escondida» (abarcando 28 poetas), y pronunciada en la Sociedad Argentina de Escritores (Buenos Aires, 1948).

Juan Ramón Jiménez, en el prólogo a *Sonetos en carne viva*, dice:

«Estos sonetos que vienen ahora no fueron recibidos por su Helena, sino impulsados. Poética de exageradores expresivos a lo Santa Teresa, a lo Lope, a lo Bécquer; popular y culta al mismo tiempo. Palabra en carne viva, en alma viva, en doble ascua viva y rota en pedazos de igual calidad íntima y diversa hermosura formal. Si se leen sin defensa estos sonetos, sellan, llagan.»

SONETO DE LA INCOMPRESION

Páramo humano envuelto en cerrazon-
[nes,
cruel sinónimo, fiel, de la avaricia,
garra de la mortífera caricia
que te pasas aislando corazones.
Recuadro divisor de desuniones
que con ojos vendados, todo enjuicia,
defensora fatal de la injusticia
pozo oscuro de las incompresiones.
Muda y ciega debías de pasearte
por este corto viaje de la vida
en que de todos llevas una parte.
En cavernas debieran de encerrarte
que apagarán tu voz despavorida
y allí sola en la sombra desangrarte.

SONETO REBELDE

Perdóname, Señor, si a ti no llego
por el camino que tu paso rige;
está en sombras y nada lo dirige,
y hay que cruzarlo entre maleza y fuego.
Pensando en ti, de mi existir reniego
por todo lo que a ti de mí te aflige;
doblegando mi ser por lo que exige
no hay para mí ni calma ni sosiego.
Pensando en ti y en mí y en mi pecado
si todo lo que soy, Tú me lo has dado,
algo de mi condena está en tu anhelo.
Y si a todos los seres has formado
y tu obra y sus pecados has mezclado,
existe en nuestra culpa algo del cielo.

SONETO DE EVASION

Tengo cansancio, sólo Dios lo sabe,
y el alma prieta como puño helado,
y siento el corazón encarcelado
con una angustia que en mí ser no cabe.
Soy como un cofre que no tiene llave
y que fuera con fuerza martillado,
un cofre con recuerdos encerrado,
entre muros cercada soy un ave.
Dame el vuelo, Señor, que me remonta,
y déjame librarme de estas nieblas,
que después para el sueño estaré pronta.
Quiero volar, salirme de esta sombra,
quiero encontrar la luz en las tinieblas
y no sentir el grito que me nombra.

HELENA MUÑOZ LARRETA

ITINERARIO DE EXPOSICIONES

ADOLFO CASTAÑO

ARTURO BONFANTI

La sensibilidad, el tiempo (tan importante en pintura, en dibujo), la sabiduría humana, después de haber sido seres vivos dentro de Arturo Bonfanti, han dado como resultado estos dibujos impalpables, amorosamente trazados sobre un papel brevísimo, llenos de desnudez esencial, de serenidad estructural, de belleza, de vida.

¿Dónde empieza el arte? ¿Dónde termina la realidad? Recorriendo esta leve pero potente caligrafía, saludamos en ella la espontaneidad de la naturaleza, la estructura que yace en el fondo de una hoja, la delicada curvatura del río, la geometría espléndida que traza un brazo al desplazarse.

Pocas veces se han maridado tan perfectamente la inteligencia, la inteligibilidad y la libertad de creación. En Arturo Bonfanti esto se produce de manera ejemplar, con la total maestría que le está reservada a quienes perseveran.

(GALERÍA SEIQUER)

JULIAN GRAU SANTOS

Creo que hay que insistir en esta pintura, de bella apariencia externa, para arrancarla su último misterio, su secreto hermoso.



Grau Santos ahonda de manera humilde en la corteza de las cosas, y al fijar en el lienzo esta mirada, este instante, intenta captar su contenido en sí mismo, sin recurrir a elipses ni a artificios; solamente «distaniciando» la

presencia natural de un paisaje, de unos frutos, de un ser vivo, con la verdad de su pintura.

No decimos que esta manera de hacer sea privativa suya. Pero sí afirmamos que quizá en este momento concreto de nuestra historia él sea uno de los pocos que están, con la debida distancia, del lado de un realismo tradicional que puede llamarse velazqueño.

Grau Santos ha serenado su propia tensión colorista y ha fluido su técnica como era coherente que lo hiciera; ha insistido repetidas veces en una temática para demostrarnos que la anécdota no era un fin en sí misma. El resultado merece la atención despierta del espectador, atención que le obliga a considerar de nuevo, con limpia mirada, la realidad.

(GALERÍA EL CISNE)

JAVIER ARIAS

Dalí, a pesar de todos los pesares, tiene un olfato evidente para prever la pista por la que discurrirá el arte de mañana.

Dalí está en estos momentos poniendo de moda la pintura llamada *pompier*. Yo creo que esta adhesión de Dalí a los pintores de la realidad irritante es digna de tenerse en consideración, porque su magnífico olfato distingue en la distancia lo que el público *snob* va a poner de moda. Hay un gran sector de espectadores que tiende hacia la realidad; hay un cansancio en la pintura que sólo se cura con reposo; la pintura reposa en la ingenuidad.

Javier Arias es un pintor ingenuo.

Estoy cada vez más convencido de que bajo la palpación de la pintura ingenua, *naïf*, se encuentra la naranja entera de la imaginación y de la realidad, el universo total que no conoce los debates entre el sujeto y el objeto.

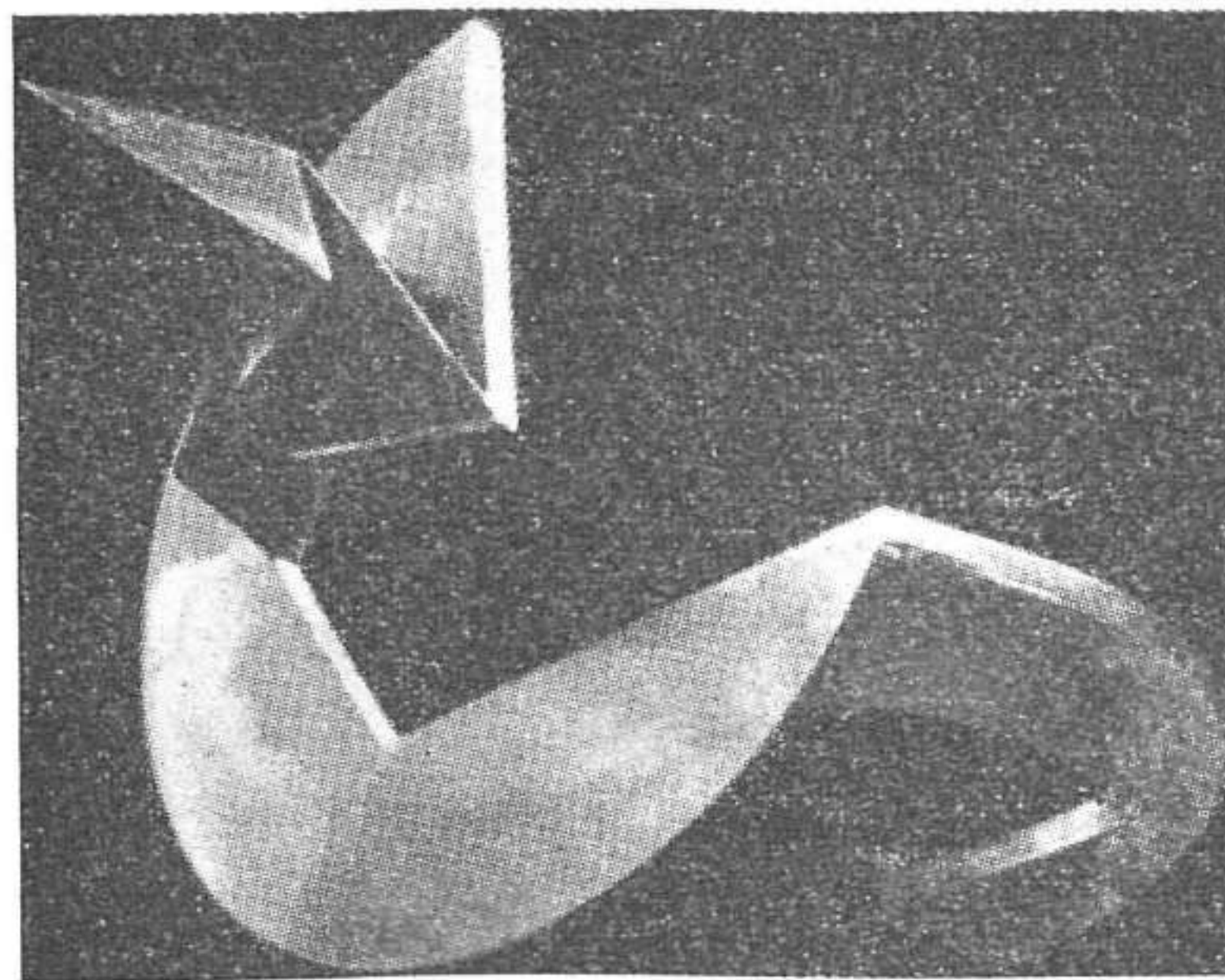
Javier Arias ha escogido con lucidez estética su modo de expresión. Hay tantos acontecimientos agolpados en sus pinturas, tanta dote de observación, tanto deseo de captar los detalles que otro camino le hubiera obligado a frenar, cercenando, evidentemente, la gracia, la naturalidad, la alegría y el sentido del humor con que se manifiestan.

Sus recuerdos de familia, su loca geografía europea, su álbum de fotos, son estimulantes; se goza con ellos, apetece verlos.

Ya lo decía Santa Teresa: «También entre los economistas anda el Señor.»

(SALA ABRIL)

AMADOR



Nada queda al azar en las esculturas de Amador. Su temperamento matemático siempre le empuja a prever el resultado final. Y así podemos ver sus formas alzadas sobre un soporte o discurriendo por el suelo empujadas por nuestras manos. Son una unidad tan trabada, que sus choques, sus cruces—podíamos, a costa de un error, calificar estos entrecruzamientos de mezclas—, les otorgan peso y equilibrio, les dan un estar perfecto.

Decía no hace mucho que estamos asistiendo a un nuevo Renacimiento, montado esta vez sobre unas coordenadas que no son exactamente las de Leonardo da Vinci ni las de Alberti, ni Colonna, pero que se les parecen: en primer lugar, por la claridad de mente; en segundo, por el hermanamiento de la ciencia y el arte, y en tercer lugar, por muchas circunstancias de época: cambios de estructura

en el lenguaje, en la concepción del mundo, la religión, etc.

Amador no asiste indiferente a todo esto; por el contrario, participa en ello, y hay que confesar que lo hace emocionado. Porque emocionante es siempre un hallazgo, y él ahonda en la forma circular y la arranca su interna corporeidad.

(GALERÍA NEBLÍ)

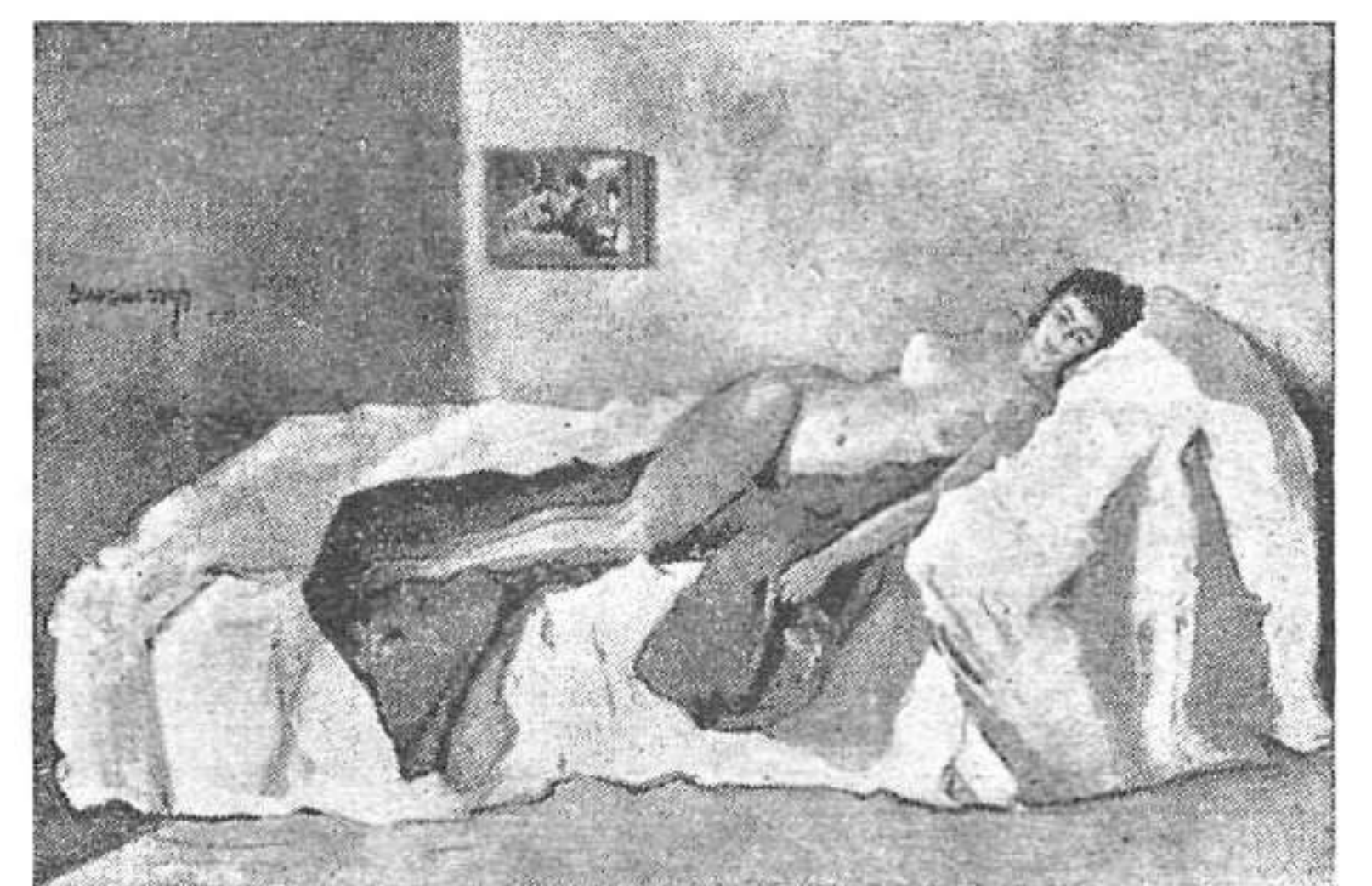
VALDIVIESO

La gracia, esa señorita veleidosa, ha tocado los lienzos de Valdivieso. En el íntimo y desnudo mundo de este artista parece que se mueve con soltura, que ataca con levedad, pero segura de sí misma, los temas y derrocha pintura de la buena por todas partes.

Ser equilibrado y ver las cosas, los seres, hasta los pianos, desde dentro del color, es un *handicap*. Valdivieso ha llegado el primero y lo hace desahogadamente, con sencillez, con sencillez un tanto elegante, un mucho pictórica.

(GALERÍA EL BOSCO)

DURANCAMPS



La lucha se prosigue sin descanso. La verdad es que Durancamps ganará la batalla, ganará la batalla dialéctica que ha emprendido, porque pasa frente a todos con un gesto cerrado y tan seguro de sí mismo como las pirámides de Egipto.

Es una lástima que un pintor ataque a los demás. Y sobre todo cuando el éxito le acompaña (de los 30 cuadros expuestos vendió 19).

Yo estimo que es válido escribir sobre la propia obra o hacerlo en favor de la ajena. Lo que no es tolerable es hacer mala literatura para ofender a los artistas que no se llaman Durancamps.

(SALÓN CANO.)

y además hemos visto

- En la Galería Theo, los espléndidos dibujos de Benjamín Palencia. Una faceta desconocida y muy interesante de nuestro monstruo sagrado.
- En la Galería Kreisler, las pinturas exquisitas y elegantes de Fleur Cowles. Una «menagerie» que se atreven a albergar en su casa muchas ilustres personalidades de la «high society» internacional.
- En la Sala Abril, una pintora sensacional: Ofelia. Joven, muy joven; con talento, con mucho talento. Si no lo estropea su vanidad y si trabaja con el mismo entusiasmo de ahora, será un nombre firme y rotundo dentro de unos años.
- En la Galería Da Vinci, al joven pintor Mariscal. Eusebio Sempere dice en el catálogo: «Mariscal se define en esta exposición para revitalizar formas geométricas puras, haciendo vibrar con irisaciones monocromas estas figuras y dotándolas de norma y voluptuosidad.» Me parece exagerado todo lo que Sempere dice. Yo me puedo equivocar, pero lo que Mariscal hace me parece simplemente confuso, y el resultado total, pobre.
- En la Galería Seiquer, unos en exceso terribles dibujos de José Hernández.



FULGOR Y MUERTE DE JOAQUIN MURIETA



La editorial chilena Zig-Zag acaba de publicar una nueva muestra del talento vario de esa gran figura de las letras americanas que se llama Pablo Neruda.

Se trata de una cantata, poema dramático o fantasía representable, titulada Fulgor y muerte de Joaquín Murieta, que en estos mismos días se está escenificando por diversos grupos vocacionales en la capital chilena.

Poco o nada añade este nuevo título a la copiosa y fecunda bibliografía del poeta de la Isla Negra, pero, en cambio, tiene un enorme interés como muestra de los derroteros polémicos y de los cauces propagandísticos por los que discurre la literatura de nuestros días. Es, por tanto, un valor literario discutible, pero un documento de extraordinaria importancia desde el punto de vista de la sociología de la literatura contemporánea.

Neruda ha convocado su esfuerzo para rendir un homenaje a Joaquín Murieta, trabajador emigrante chileno al que el viento de furia y violencia que recorría la California de la segunda mitad del siglo pasado le llevó a hacerse bandido; como salteador, y en compañía de su compatriota Juan Tres Dedos, llegó a obtener una triste celebridad, que incluso se ha traducido en dos o tres versiones cinematográficas de sus hazañas, en las que, con la frivolidad histórica que caracteriza a la industria cinematográfica, se adjudicó a ambos personajes la nacionalidad mejicana.

Murieta tuvo un fin trágico, como correspondía a una figura de su época; muerto a fines de julio de 1853, su cabeza, cortada, se exhibía todavía a todo el que pagaba una módica entrada, cuatro meses después. La literatura de aventuras hizo presa del personaje, des-

dibujándolo totalmente, aunque conservando una leyenda romántica de vengador y justiciero, sobre la que ha operado Pablo Neruda.

«Esta es —dice el poeta en la primera página— una obra trágica, pero también en parte está escrita en broma; quiere ser un melodrama, una ópera y una pantomima.» En torno a este proyecto, el poeta vuelve a exhibir su excelente manera de contar; en algunas ocasiones su palabra recuerda los mejores momentos de la obra nerudiana, aun cuando en general la poesía se haya sacrificado a la función plástica de trama y situaciones. Después de demostrar con numerosos testimonios históricos la nacionalidad chilena de Murieta, Neruda parece soslayar la presencia de su personaje, deja oír su voz, pero nunca lo convierte en una presencia real probablemente por un intento deliberado de dejar a salvo el mito del que el hombre es portador; quizá también para que el clima general de farsa narrada informalmente deje a salvo al protagonista, que pueda quedar así disponible para futuros intentos literarios.

Por esta razón, una obra en la que se evita la presencia real del personaje no puede por menos de evidenciar a lo largo de todas sus páginas una función de clara inseguridad; la línea argumental que en su perfil social está muy bien vista y netamente dibujada no tiene como complemento la presencia del hombre Murieta que, como Neruda ha demostrado en otras ocasiones, sabe hacer excepcionalmente, pero que en esta ocasión ha obviado.

La farsa comienza con la voz del poeta, que termina su presentación así: «La sangre caída le puso en las manos un rayo violento, ahora pasaron cien años y ya no podemos mover su destino: así es que empecemos sin él y sin vino en esta hora quieta la historia de mi compatriota, el bandido honorable don Joaquín Murieta.» Continúa narrando las maniobras de los enroladores para conseguir trabajadores que vayan a California desde el puerto de Valparaíso; la escena tónica de los hombres respondiendo a la llamada del oro está contada con gracia y donaire y llega a reunir momentos de una muy feliz plástica.

Sigue la farsa mostrándonos sucesivamente la travesía, la boda de Murieta y los primeros días de los chilenos en el San Francisco de 1850, con la presentación de su abandono y de la violencia con que los norteamericanos los reducían. La obra se afirma en la muerte de la mujer de Murieta, asesinada por norteamericanos y causa de la decisión del chileno de convertirse en bandido.

La parte más brillante de la obra es el cuadro V, titulado «El fulgor de Joaquín», en el que se traza la imagen del bandido en su momento de mayor actividad vengadora. Por último, la muerte de Murieta hace desaparecer toda esperanza a la población chilena de California y pone un acento sombrío en el final de la farsa.

Con enorme habilidad Neruda ha convertido una página histórica en un alegato antiimperialista. La historia convencional de «buenos» y de «malos» a que nos tenía acostumbrado el folletín al uso se convierte en las manos del poeta chileno en un gran friso del bien y del mal, en el que ambos se des-

personalizan, transformándose en categorías casi absolutas; el bien está en los chilenos, pacientes y trabajadores, que emigran obedientes a la promesa del oro; el mal es la gran nación norteamericana, opresora e implacable, defensora del jugador fullero, siempre dispuesto a utilizar la coacción y el miedo. Por ello, el «ranger» de pistola certera no es ya el héroe de este «western» de perspectiva latinoamericana, sino, por el contrario, el malvado, o más bien el enviado del mal. Frente a él, el bandido se vuelve honorable y caballeresco, su palabra se vuelve profética y cargada de resonancias, se llena de razón y se expresa en un fresco y vivo lenguaje popular.

La tradición del bandido popular, de origen español, como lo son otros dos fenómenos de la vida pública latinoamericana: el pronunciamiento militar y la guerrilla civil, llega con esta obra de Neruda a sus últimas consecuencias; el bandido no es sólo una figura noble que, como el Diego Corrientes de las coplas españolas, socorre a los pobres y azota a la riqueza; no es tampoco un vengador de mujer, honra o amigo, sino mucho más el símbolo de la esperanza popular, el corrector espontáneo de la injusticia, el testigo excepcional que encabeza al pueblo en su lucha.

Con toda esta carga dialéctica, es lógico pensar que la que sale perjudicada del intento es la palabra poética; estamos muy lejos de las grandes creaciones de Neruda, sin que casi haya presencia de esta gran figura lírica de la lengua castellana actual; pero, en cambio, vemos nuevos derroteros de la ficción literaria, la farsa se vuelve a recrear informal y dotada de una profunda vocación visual. De un anhelo de plasticidad que la presta nueva dimensión y paralelamente nuevo encanto, y Neruda utiliza la canción, el coro, el diálogo y hasta una especie de caprichosa onomatopeya, para contar a sus contemporáneos, a las jóvenes generaciones de estudiantes chilenos, quién y cómo fue Joaquín Murieta, dando testimonio «del fulgor de esa vida y de la extensión de esa muerte».

El libro en el que se nos presenta la farsa está editado según proyecto de Mauricio Amster; se han elegido para ilustrarlo viejos grabados de época, casi todos ellos de origen norteamericano e ingenuas estampas de novelas por entregas, narradoras de la muerte del bandido; todo ello y unos textos históricos de Roberto Hernández y Benjamín Vicuña, presenta esta obra, que sin duda alguna tomará vida más de una vez en las aulas universitarias o en los entusiastas teatros de ensayo.



Ilustraciones del libro

—Me va usted a perdonar...

—Desde luego, no se preocupe. Estoy aquí muy cómodo y entretenido.

—Por cierto, me alegro que esté usted aquí; ahora me acuerdo, claro; estoy en la luna. Tome usted, espere, por aquí debe andar... Sí, aquí hay uno, es el reglamento de la institución. Vaya leyéndolo. Gracias.

Esteban cogió el folleto. «Institución docente de enseñanza primaria y secundaria...» Para que los niños no se descarrien y marchen siempre por la senda del bien, lo que les hará hombres de provecho para la madre patria, buenos esposos, mejores hijos y padres y honestos ciudadanos, cívicos y decorosos. Esto es, los futuros estafadores, parlanchines, engañatontos, negociantes de gran altura, políticos, militares, legisladores, curas, etc. En su cerebro se les va metiendo poco a poco el virus, el bichito, la enfermedad del mal; un día el que devuelva las cien pesetas se convertirá de la mañana a la noche en un santo oficial premiado cívicamente con la inserción de su cara-anuncio en los periódicos bajo el lema rasgo de honradez.

—¡Hay que ver, fíjate fulanito, ¿eh?—dijo un compañero de clase.

—¿Qué?—dijo un compañero de clase.

—¿No lo has leído?

—¡Ah, sí! Ya lo creo.

Fundación, fundador, por qué de la patrona tutelar, fines, jalones conseguidos, proyectos para el porvenir, asociación de antiguos alumnos en sus secciones cultural y deportiva, instalaciones académicas, laboratorios, parque infantil, etc., todo ello con bellas fotografías ilustrativas, y al final el reglamento interior de la institución dividido en dos partes: profesorado y alumnado.

El libro se convirtió en seguida en algo sabido, algo que no se conoce, pero que de pronto se da uno cuenta que todo se sabe sin leerlo, que se huele, que se respira fácilmente con olor de esencia barata, el deber, los derechos, el bien y el mal, la ley y el crimen.

—Con los papelitos, ya ve usted. No es que sea un oficio del otro mundo, pero vaya—dijo el borrachín, sin interés, haciendo conversación.

—Bueno, don Cosme, que usted ya ha llegado bien alto en lo suyo.

—Don, no.

—Bueno, Cosme; eso, que usted...

—No lo crea.

Y así rato y rato. Y el reglamento y los papeles como único paisaje de cada uno. Encima de la mesa—los paisajes tristes se suceden—hay un hierro en forma de don Quijote-caballo y Sancho Panza-burro. Don Quijote ya no tiene la lanza, y su postura—el caballo quieto y la mano en lo alto con un agujerito en medio—de guerrero posando para la inmortalidad se ha quedado en la de un simple orador. El Quijote se ha convertido en parlanchín. Ya no se puede contar de él grandes hazañas, sus locuras han muerto; ahora se dedica a las frases, se pasa todo el día diciendo frases preciosas y sin sentido. En lo alto de su caballo—a la grupa de su orgullo—destruye, arrebatada, deshace y enmienda. Toda su actividad—sin lanza ya—es mover la boca. Se ha quedado quieto en la estatuilla y lo único que puede es hablar. El movimiento de la boca es lo menos perceptible; es lo que puede hacer, lo que no tiene prohibido. Sancho Panza mira para el suelo. Su dueño, ¿quién es su dueño? ¿Dónde está don Quijote? ¿Y dónde está su escudero? Pero echemos las campanas a volar, que Esteban ya tiene trabajo, que mañana empezará su actuación, que ya se ha resuelto la vida de un hombre.

—¿Quiere usted fumar?—Esteban le acercó el paquete.

Cosme lo aceptó.

—Lo que no tengo es lumbre.

Al Quijote le cayó un ascua por la espalda de arriba abajo. Esteban sopló instintivamente y voló hacia los papeles.

—¡Vaya! Le he quemado o le he manchado el papel.

—Bueno...

Los humos se juntaron, y juntaron las cosas de los dos. La solidaridad hecha humo: visible y pasajera. Dentro de una hora van a ir a tomar un poco de vino; después, cada uno, despedido del otro, tomará el camino de la comida. La querencia del plato de lentejas deshará los restos del humo que aún mosconeaba por entre los pelos—muchos o pocos, según los años—de Cosme y Esteban. Las vísceras piden comida al cerebro y éste obedece diariamente, y varias veces en el caso de los más favorecidos; los menos con hacerlo una vez al día se deben considerar hartos.

En realidad mañana tiene que venir a presentarse al grupo de los pequeños, pero al de los mayores... ¡Ah!, no, si está bien. Claro. Bueno, mañana venga hacia las diez, un poco antes, sí, para que el director le presente. Y pasado, a las once; un poco antes, bueno, claro—hizo un gesto al aire—, también, para presentarle a los mayores. O sea apunte o lléveselo en la memoria: lunes, martes y sábados, primero B, a las diez, de diez a once; aquí se está un poco antes, como ya le he dicho, y miércoles, jueves y viernes, tercero C, de once a doce.

—Buenas horas.

—¿Cómo?

—Que son buenas las horas, que no hay que madrugar mucho para esto.

—No, desde luego.

Se volvió hacia Matilde y le entregó el horario.

—Muchas gracias.

—De nada.

—Bueno, le espero—dijo Esteban—. Hoy me toca a mí.

—Sí, espéreme. Lo convenido. Conforme.

Adiós, adiós, adiós, buenos días, buenos días, hasta mañana, hasta

luego. Se despidieron todos. Esteban se volvió al cerrar la puerta. Matilde ya estaba escribiendo. No está mal la Matilde. Mejor que Pascuala. Sólo que Pascuala ya está trillada.

Esteban se fue derecho a La Toga.

—Una botella de tinto y dos vasos.

—¿Y dos vasos?... ¡Ah! ¿La de don Cosme?

—No, bueno, viene, pero no es la de él.

Palabras, voces, humo, risas. El ambiente de siempre, aburrido. Esteban lo parece desde hace unas horas. Ya le han dicho que sí, que sirve para lo que él pretendía: profesor de algo que a nadie interesa y que si le interesa al alumno es igual, porque el profesor nunca intentará hacer nada porque él ya sabe que es profesor de dibujo. Ya es profesor y no siente nada; ser profesor no debe ser, desde luego, como tocarle a uno la lotería, porque si es así no merece la pena que toque. El camarero puso el vino en la mesa. Gracias. Está todo tan tranquilo que aburre. Ahora es el momento de dejarlo y marcharse por ahí. Los niños ya están más cercanos, es ya cuestión de horas; como el empezar a devengar el dinero también es cuestión de horas. Aunque el mes está empezando, quizá se lo paguen entero. Eso tendrá que proponérselo al secretario; posiblemente él pueda arreglarlo. Depende de los antecedentes. En todas las cuestiones administrativas eso es lo fundamental. Pero si no los hay, cosa probable, le harán el descuento conforme a los días anteriores a su fecha de ingreso, a los días del mes que no ha trabajado. Los antecedentes es algo misterioso que alguien se puede aprovechar de ellos, continuarlos y ser el último de ellos para el siguiente caso; pero lo que nunca puede nadie es ser el primero, crearlos. El cielo hace dos o tres días que está metido en aguas y el sol sale y se mete según le pilla a las nubes. Ahora está nublado. Una llovizna en cierta ocasión pudiera ser causa de mal agüero en la cabeza de un profesor de dibujo.

Bebieron el vino y hablaron del colegio. Un vino y una charla aguados por la vulgaridad. Intérpretes de una situación límite entre el último contacto con el colegio como paseante—aquél que pasea por las salas y rincones del colegio, pero que no entra en los lugares que les precede el cartel: «Prohibida la entrada a las personas ajenas...»—y la próxima mañana, en que el colegio tendrá un profesor. Esteban espera los minutos que le quedan de vago absoluto para pasar a ser medio vago.

La mañana yava siendo larga y pesa en los hombros del profesor. Sin embargo, nada es malo cuando se está acabando. Lo peor es siempre empezar, sobre todo cuando todo se quiere hacer continuación de algo, cuando no se sabe romper en cada instante con el anterior y el hombre, por no andar veloz, se queda enganchado a los jirones de su propia historia. Detrás todo es más fácil, sólo hay que dejarse llevar, aunque sea dando tumbos.

Cuando esté delante de sus alumnos no tendrá más remedio que decir algo, aunque lllore y patalee, aunque odie el momento.

El señor director—empezó Esteban, y continuó—, el señor director—los alumnos se miraron pensando: «El director, el merluzo de los ojos desorbitados.» Los niños de los colegios siempre miran y piensan en cosas cuando sus profesores les hablan; éstos igual, siempre hacen lo mismo todos—me acaba de presentar a ustedes—los niños: «Nos trata de usted.»—con palabras justas—la tía Justa, la medida justa, la justicia—, aunque de excesivo halago para mí—se le fue un poco la voz, se le aflautó (el gato, el chirrido del coche, el gritito del niño, soltó un gallo, el panoliii, el tonto, éste va a ser pan comido).

Alguno hizo «iii» con la boca, el primer tiro después de la tregua de espera. Ya están los batallones en pie de guerra. Los demás al menos se sonrieron. Esteban los miró con toda la dureza que pudo sacar de su maltrecho interior. El director entraba ya en el coche a darse su vuelta y su aperitivo matinal. Esteban continuaba:

—Y como quiera—un buen trozo de frase que ha salido bien. Pero ya le han visto el plumero. Apenas le queda ya por enseñar. Todo lo más demorar lo más posible el primer plante formal de los muchachos—que esta materia que yo voy a enseñar—huyendo del trato: del tú o del usted; sin excederse—, no voy a decir que es la más importante, porque yo no me vanaglorio como muchos hacen—como hacen siempre todos los compañeros profesores; como hacen siempre todos los profesores, todos los compañeros de él, el de latín: «Si ven ustedes, o si veis vosotros, todas o casi todas nuestras palabras proceden...»; el de matemáticas: «Nadie puede prescindir de ellas: los comerciantes, los padres, los industriales, etcétera»; o el de, o el de...—, pero sí creo que es muy útil...—«¡Utilísima!», se sintió una voz chillona, como un desgarró, pero poco oible.

Hubo cierto alborozo, reprimido sólo por la falta de costumbre con el nuevo profesor. Fue una ocasión desperdiciada en favor de Esteban casualmente. El pintor se envalentonó y buscó la madera de la mesa sin darse cuenta, pero notó una superficie nueva, áspera por los cortes de las cuchillas de los alumnos. Sin desviar la vista de sus amigos, levantó el brazo más de prisa de lo normal. La cara de los alumnos expresó cierto gozo. El espejo donde Esteban nada más entrar—declinando—comprendió que debía de mirarse, de atender, para intentar que las cosas vayan por donde ya debían ir y no van.

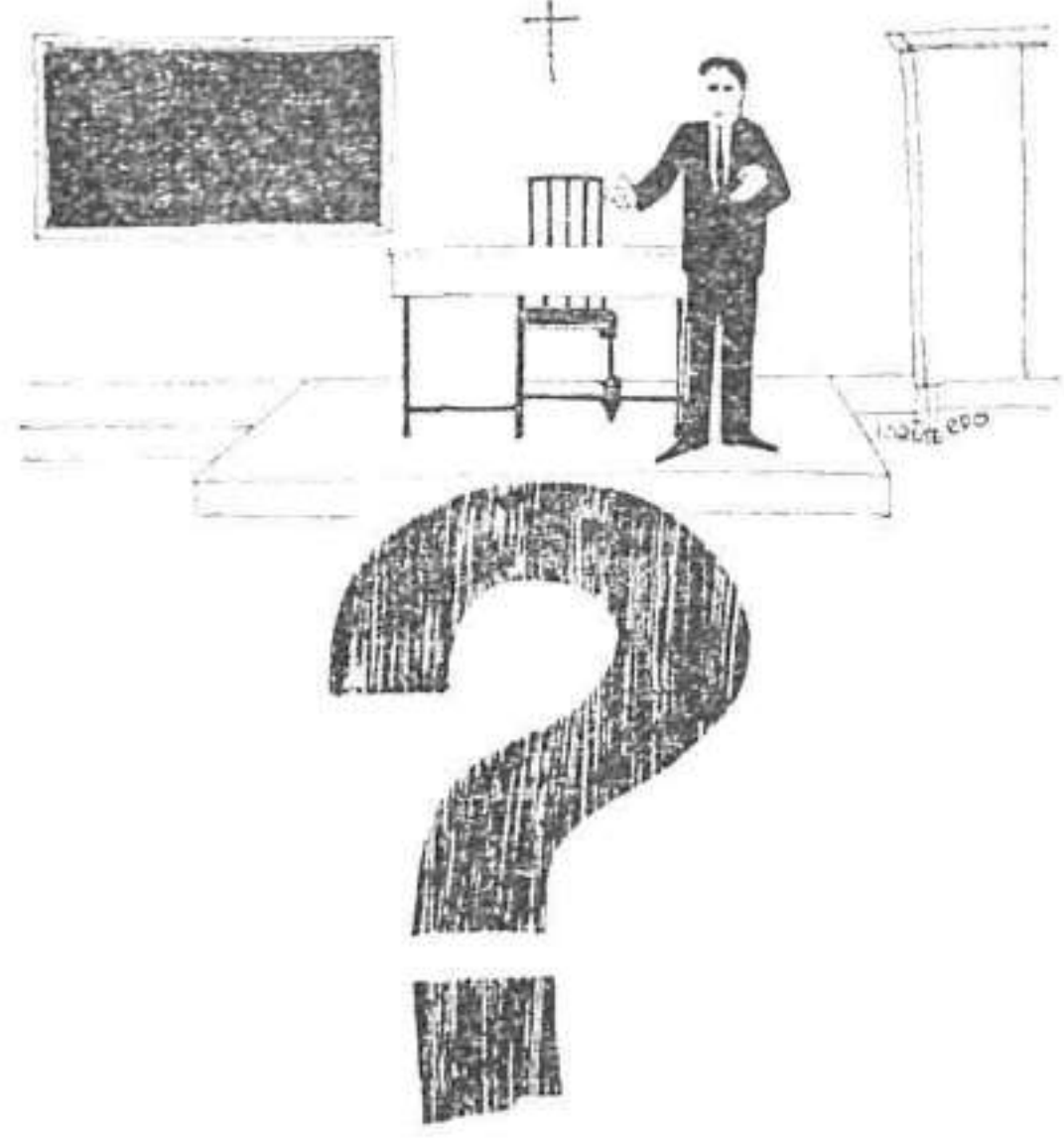
—Al principio, hasta que se acostumbre, procure no mirar a los niños; es como en un teatro. Le harán falta muchas horas de vuelo para poder hacer eso. Procure no hacerlo, verá cómo le da resultado. Si mira quedará sujeto para siempre, como el pajarito a la serpiente—dijo el director al salir de la clase en la primera presentación.

—Entonces, ¿como si...?

—No mire. Mire hacia ellos, pero sin verlos, como si tuviera perdida la vista...

—No ya para los que piensen dedicarse a ello—a ella, la materia, o, efectivamente, a ello, al dibujo, poca importancia tiene—en alguna actividad—el caso es que está saliendo fluido el discurso—relacionaba con él, sino incluso en la misma vida civil—los alumnos se empeza-

ban a interesar—, para explicar a cualquiera plásticamente, por medio del dibujo—los alumnos dejaron el interés, dándose con los codos, mirando al suelo, comiéndose el lápiz—, lo que sea. En realidad ha sido así como empezó históricamente a dibujarse o a pintarse, como se le quiera llamar. Esta asignatura...



Hace un rato que en la clase empezó a circular la calificación obtenida por el profesor, y para siempre, de acuerdo a unas tablas más o menos conocidas: el grado de fácil indisciplina que pueda soportar el profesor. El nuevo ha obtenido la de gili.

—Hay que mearse, ¡qué tío!

—Parece un cantante de ópera cuando habla. ¡Ja!

—A éste se le puede tragar bien.

Todo el argot paseado de voz a oído, en un murmullo rápido a través de todos los bancos, de atrás adelante. De los más resueltos y

menos estudiosos a los más tímidos y listos oficiales, a los que incluso escuchan a un profesor de dibujo.

—... esta asignatura, decía, tiene, el dibujo, claro es, las raíces primeras entre los primeros pobladores del mundo, que en seguida sintieron la necesidad de representar lo que hallaban en la naturaleza.

—Perdón; entonces, vamos, pregunto, cuáles fueron..., lo primero que se pintó.

Esteban esperó un momento; no quería equivocarse en la primera pregunta de un alumno. Por otra parte, el alumno, aunque torpe y con errores gramaticales en su frase, sólo atenuados por decirlos de viva voz y no escritos, se había portado con bastante educación, a pesar de que su interrupción fue algo impropia y repentina (no tanto como el mismo alumno las suele hacer en su casa ante su mismo padre y a su mismo padre: «... el negocio sucio en principio, lo quis...», dice el padre, por ejemplo. «¿Habéis visto qué bien marcha el equipo del colegio, con seis puntos positivos?... El negocio, el negocio», interrumpió el niño a su padre.)

—Bien hecha la pregunta. Las pinturas rupestres de Altamira. Ya traeré alguna lámina para verla, ilustrativa...

(Sigue tratando a sus niños sin decidirse al necesario tú o al impropio y cobarde usted. No se ha inventado por el momento alguna regla o norma para reglamentar en lo que cabe las interrupciones en clase: levántese, o levantar el dedo y esperar, o cualquier otra cosa por divertida que sea.)

—Y esto que veían en los que les circundaba fue lo que ellos interpretaron con su primitiva inteligencia y métodos...

—Perdón, ¿y qué métodos eran?

—Los al uso, los métodos al uso.

—Gracias, señor profesor.

(Con un perdón ya se le puede interrumpir al profesor. Ahora falta ir reduciendo la cantidad de educación en cada nueva pregunta; ir reduciendo, achicando el círculo que rodea al señor profesor y lo salvaguarda; colocarle de cada vez en peor postura para que su defensa sea más difícil.)

—Métodos que quizá por lo primitivos, quizá por su misma simplicidad, no se han llegado a conocer totalmente—Esteban miró el reloj, las doce menos veinticinco. Realmente es mucho aguantar veinticinco minutos hablando de los materiales y probables métodos de obtención empleados por los primitivos. Que piense que en la primera clase un profesor puede marcharse antes de que den la hora.

(Verdad es que con este profesor no es necesario que llegue pronto la hora—por lo menos hoy, que es el primer día y no puede preguntar, no vaya a ser que echando las campanas al vuelo gafemos el asunto—; pero, de todas maneras, es mejor que tenga que hacer o que se le acabe pronto su rollo—traca, traca, traca—y se vaya, haya o no haya sonado la hora.)

—Con los métodos mejores, sin embargo, no quiere decir...

Queridos muchachitos, hay que tener en cuenta que Esteban no quiere decir nada en absoluto, está en su lugar como está mucha gente, porque hay que cumplir con algunas cosas misteriosas que sin duda se podrían llamar ritos. Los ritos son los únicos que mantienen en sus puestos al niño, comiendo chocolate y llorando; al hombre, cumpliendo y cobrando. En realidad, al profesor—igual que a los alumnos—le tiene sin cuidado todo el orden establecido dentro del colegio por el director, por el secretario, por los demás profesores, a los que también les tiene sin cuidado; todos ellos forman una gran legión de vagos que con su cuidadosa observación mantienen dentro del recinto una especie de trabajo limitado por las fronteras de la vagancia-trabajo de los otros. Se legislan unas órdenes estrechísimas para que el camino, ancho, de su incumplimiento sea más fácil de abordar.

—¿Qué tal la clase?

—Vaya mierda, no me lo recuerdes. Dos mil y pico al mes. Lo demás poco importa.

—¿Aprenden mucho los niños?

—No sé, no creo.

—¿Y el director?

—No sé, casi no le conozco. Nunca le veo.

—¿Cómo te defiendes?—preguntó con algún gesto.

—Barato me sale la Pascuala.

—¿Buena chica?

—Figúratelo. No tengo donde escoger.

Tampoco se os debe poner ejemplos ahora que estamos en la semana grande, porque los que interpretaron esas vidas ejemplares no son más que unos impostores; para unos, la constante cantilena en sus propias bocas—fíjate en tal o cual, qué hermosa vida y cuánto bien ha eecho. ¿Te parece cómo te portas estando en la semana que estamos?—; para otros, el escuchar continuamente esos ejemplos.

Cuando Esteban dé por terminada su clase, un montón de cosas futuras se irán aclarando en las cabezas de los alumnos y el profesor.

—Los lunes, martes y sábados (o los miércoles, jueves y viernes), de diez a once (o de once a doce), tenemos una hora en limpio como si dijéramos; podemos organizar, ya verás, un perfecto cachondeo. Es cuestión de apretarle las clavijas al dibujante paleta, porque parece de pueblo, ¿verdad?

En Esteban, en cambio, los pensamientos son contrarios a él. Al que se le ha ido de las manos la clase ya lo sabe; el que no tiene más que aguantar y esperar o confiar que la sangre llegue al río, ya lo ha pensado; el que habiendo dado la mano—que se la tomaron—va a seguir con el brazo, y el resto, ya está escrito.

—Señores y señoras, aquí empieza a ponerse caliente la historia del tontainas de Esteban. De un dulce vagar, su vida ha pasado—las cosas—a un tormento diariamente pagado por una administración, por un jefe de administración, por un cajero de lentes y ventanillas, más ruin que su padre y peor pagado que ninguno. Muros adentro del colegio ejemplar hay casi miles de tragedias en guerra—unas contra otras—que nada les une como no sea ese mismo lazo de desunión, esos mismos brazos que se pelean por hacerse la vida lo más difícil posible. De ahora en adelante—¡qué cosa más estúpida!—la vida de Esteban estará agarrada a unas situaciones ridículas provocadas por unos niños que no tienen en otra cosa que pensar: molestar y molestar.

Tangente, ja, ja, ja, qué risa...; ha dicho tangente. Qué cosas más graciosas dice este profesor. Curva praxiteliana, ¿han oído ustedes?; curva pra..., que no le he entendido bien, curva no sé qué dijo. Qué cosa más graciosa; curva no sé qué.

Ya está vencido Esteban en su colegio. Es una buena ocasión que tiene para pasearse como los políticos triunfadores, con los brazos levantados como las *vedettes* y los futbolistas, pero la está desaprovechando; bueno, se puede decir que ya no le queda nada por desaprovechar; realmente ya no puede hacer nada por aprovechar la circunstancia.

IV

Efectivamente, Esteban ha nacido para la enseñanza, pero ha resultado ser un profesor blando. Sus clases, si bien él comprende que no es torpe para explicar, se han convertido en una batalla diaria cada vez más intensa por culpa del que inventó una fea palabra: disciplina. Si no hubiera sido por eso, sería un excelente profesor, que sobre todo habría mantenido el orden y el buen comportamiento entre sus discípulos; entonces se podría haber llamado así a sus alumnos o a su reata.

Esteban mira por la ventana del aula, sentado en su mesa. Enfrente están construyendo una casa; algo ocurre, hasta cierto punto, anormal. Un hombre escucha lo que otros dos hablan. El cristal cerrado no deja oír nada. El que escucha, compañero de uno de los otros dos, escucha, espía, se ríe. Su risa es poco sincera. Lo que oye no es demasiado importante; él piensa que nadie puede darse cuenta de su maniobra; pero hay que disimular, alguien acaso puede verlo, alguien puede imaginar que está escuchando cosas que el otro no querría siendo compañero suyo (que a lo mejor tampoco las debía de decir él). Pero todas las circunstancias les ha llevado a esta situación. El mismo Esteban se encuentra algo culpable. El que escucha está arrimado al muro, medio mirando de cuando en cuando por el hueco de la ventana sin poner todavía. Se ríe, se asoma, se esconde. Ahora está serio, inmediatamente ríe. Deben ser electricistas. El de abajo lleva útiles de ese oficio en las manos. El que habla con él debe estar proponiéndole algún asuntillo. Los alumnos han empezado a bramar, pero no contra el profesor, que está lejano, y ellos lo saben, dejándole al margen, como si no estuviera. Ha pasado un tiempo realmente corto por el reloj, pero por la cabeza de todos el tiempo es infinito. Los círculos del pensamiento que nacen en un punto de un instante vuelven a él, al mismo, después de haber volado por los mundos de cada viaje mental.

Esteban ha vuelto a la clase y todo ha cambiado. Soltó un ¡silencio! seco y violento. Los niños, ajenos, por extrañeza, han callado, incluso asustados. Pero no hay por qué: ha sido el profesor. Al momento se han dado cuenta y el descanso les ha dado más fuerza, y con más fuerza han contestado al profesor, ya todos en clase, ya todos encerrados en las cuatro paredes del cuarto.

—En el tercer recuadro de la misma página hay un problema fundamental para el..., ¡silencio!..., dibujo lineal...

El hombre se despide por última vez desde lejos del amigo; el otro ya no está acechando, anda por el fondo de la habitación haciendo algo de espaldas a la ventana; apenas se le ve con la claridad de la calle y la penumbra que a través de ella y por ella hay en el interior de la casa que acaba de cubrir aguas, pero que le falta todo por hacer dentro.

Esteban en poco tiempo ha conseguido abstraerse de las broncas y jaleos y pensar en cosas a través de ellas sin oírlos apenas, si no es como un confuso oleaje constante y cercano.

Los niños, alternando el miedo a todo profesor con la cobardía-valentía ante el débil, cambian el silencio momentáneo por el barullo lento y creciente. En las treguas, y hasta que el profesor considera oportuno lanzar el grito pidiendo algo en relación con el orden, Esteban explica un poco más como Dios le dio a entender la inutilidad que le ha tocado aprender y enseñar.

Esteban, mientras explica los dibujos en la pizarra, recibe en sus espaldas todos los insultos callados, las bolitas de papel que no se notan, que no se pueden ni se deben notar. Los niños respetan más las espaldas que la cara de Esteban, no por nobleza, sino porque quizá les imponga más respeto; Esteban, salvando pequeñas incorrecciones, pasándolas por alto previamente, prefiere, por tanto, estar de espaldas, y la espalda, lo menos del hombre, lo más lejano precisamente del hombre y del apellido del que la lleva, es la que algo le defiende. ¡Tan poca cosa es...! Esteban todo lo ha comprendido, pero aun así se aferra a esa defensa y se rebela, y la mano, el servil utensilio, quiere escribir lo que piensa el profesor de sus alumnos; pero es frenada a tiempo; de nada serviría como no fuera para, en definitiva, declarar la guerra abiertamente. Los niños lo han hecho sin palabras, él no debe hacer caso de ello. Algún respeto último se lo prohíbe.

—Buenos días, Esteban.

—Buenos días, señorita.

Matilde siguió hacia su casa. Esteban estaba parado en la acera de enfrente a la del colegio. La mirada de seiscientos chicos a la salida del colegio impone respeto, y entre ellos los de sus clases, saltados. Y los niños, dándose con los codos: el nuevo, el nuevo. ¿Cómo? ¿Cómo? Que es el profesor nuevo, el de dibujo. Está todavía calentito como el pan. Mira, mira, mirarle, que se pone colorado.

Matilde se fue hacia su casa sin volver la cabeza atrás. Esteban la vio irse sin mover la cara, con los ojos al final, en el cogote. Forzando la vista es una muchacha que gana mucho, su cuerpo se le pone como más a punto, pero es una forma hasta dolorosa de mirar.

El tonto de Esteban no ha hecho por acompañarla o por trabar conversación. O estará esperando a su inseparable amigo don Cosme. O cualquiera sabe por qué está plantado en la acera de enfrente como si nada tuviera que hacer.

Esteban ha dejado pasar la ocasión porque sí o porque efectivamente espera al secretario. Sin embargo, cuando se ha alejado parece que debía de haberse ido con ella. Mañana y pasado y al otro podrá hacerlo, no hay que correr. El gusto es algo tan especial que hasta por un mal olor todo puede irse abajo, como dicen los fabricantes de desodorantes o de pasta de dientes. Pero el olor de esto suele llegar más tarde, al menos hay que esperar a tratarse de tú.

—Broncas y jaleo, diversión y cachondeo—dijo un niño al pasar corriendo.

—Ja, ja, pega y todo; ¡vaya poeta!—dijo otro niño, que iba lento comentando.

Esteban no lo oyó casi. Después de todo no iba a ser para él también. En la calle, después de haber terminado la clase, cada uno va a lo suyo; estarían jugando a sus cosas. Igual que Esteban estaba esperando algo, airearse cerca del colegio, volver a la tranquilidad casi dentro del aula, hacerse el fuerte—ser fuerte incluso—cerca de sus alumnos todavía, enseñarse como hombre, no como profesor disminuido quizá.

—Broncas y jaleos, diversión y cachondeo—dijo un niño al pasar corriendo.

Esteban no quiso mirar, aunque ya lo oyó francamente. A Matilde no se le puede ni recordar, hace tanto tiempo que pasó. Hasta puede estar en su casa y comiendo o reposando la comida; pero eso todavía no puede ser, apenas ha pasado tiempo para que pueda ocurrir eso. Además, los niños todavía no se han separado mucho del colegio. Todavía...

—Bronca y jaleo, diversión y cachondeo—dijo un niño.

A Esteban se le va cerrando todo su pequeño mundo sobre sí. El soniquete se le ha metido en su cuerpo y resulta hasta gracioso pensar en él. Ahora la cuestión es que los alumnos lo aderen con la monotonía, que lo repitan para que no lo olvide nunca, que no lo pueda olvidar, y cada celulita de su cerebro incube en su interior un embrión de frasecilla y se puebla su cabeza y se le llene de palabras a presión, y que las palabras le llenen también el resto del cuerpo y Esteban sea un globo en forma de hombre saturado de palabras menos pesadas que el aire.

—Broncas y jaleo, diversión y cachondeo.

Debe ser por él. Esteban piensa que debe ser por él. La calle empieza a vaciarse. La frase sólo se oye a su lado. Los niños—dos—son siempre los mismos.

—Pega y todo, chico. Eres un poeta de los buenos. Ja, ja, ja.

Pasaron los dos a su lado planeando hacia él, arrimándose a él de costadillo, con las manos en cruz y torsionando el cuerpo como un avión, sólo que terrestre; un avión al que las alas pequeñas o el cuerpo grande no le deja remontarse pero sí ser bastante rápido.

Esteban esperó a ver qué pasaba. Para afianzarse en sí el juego iba contra él o contra el árbol que hay cercano, y que lo que debe de hacer él entonces es correrse un poco y dejar el objetivo limpio de obstáculos. En realidad no pasaba nada, no necesitó correrse, simplemente echó a andar, y en la vuelta de la esquina todo quedó lejísimo. Dejó el colegio atrás ya en el día y pensó—pasó en ese momento una raya determinada de la acera—en la comida que le podía esperar en la pensión (hoy es

jueves; no, no es jueves, es miércoles; bueno..., mier...; no, sí, es jueves). Los jueves suele tocar en la pensión judías pintas con arroz

en potaje y luego la pescadilla, salvo que la patrona disponga otra cosa. Y Pascuala también está a punto de servirle la mejor pescadilla de la fuente, para eso es Esteban. ¡Esteban! El recuerdo del colegio viene unido a la pelota que se lanzó con fuerza contra el muro, que vuelve con igual fuerza menos algo de pérdida repartido entre la gravedad y el roce con el aire, pero la pelota vuelve, y cuanto más fuerte se lanzó, más fuerte vuelve. Broncas y jaleos, diversión y cachondeo. Esteban se lo ha aprendido. Pega. Tiene gracia.

Por la acera marchan a pata coja siete niños. Al principio la marcha es uniformada, todos sobre la misma pierna. Después, antes de que todos hayan estropeado el juego, alguno se cansa y cambia de pierna y la armonía; después los otros, algunos se caen y todos rien y se revuelcan por el suelo. Esteban da un traspie para no pisar el cambiante y fastidioso montón de carne, y protesta abiertamente por primera vez contra los niños.

—¡Caray con los niños!

—¿Es que no se puede jugar?

—¡Vaya usted en coche!

Esteban aprieta un poco el paso.

—Es que no se puede jugar (o broncas y jaleo, diversión y cachondeo).

Pero Pascuala le espera en la pensión con la pescadilla más gorda y fresca entre las piernas. Las demás las está repartiendo, pero para Esteban hay algo especial. Esteban anda otra vez a paso normal.

—Llegas a la hora que quieres, y siempre el mejor servido; ¡vaya vida!—dijo la mujer con su mejor gesto.

Esteban no pudo comprender la amabilidad de la criada de la pensión. La Pascuala se había marchado nada más hablar. La patrona, vigilante, le impedía pararse. La clientela reclamaba continuamente cosas: pan, agua, el cuchillo; este cuchillo no corta; este tenedor está sucio, etc. Son dos únicamente para el servicio de comedor y hay mucha gente siempre. La comida es escasa y mala y, por tanto, los pensionados, hambrientos, comen de prisa. Esteban es uno de toda la mitad que Pascuala tiene a su cargo. Algunas veces Esteban no se sienta en la zona de Pascuala, pero ella le sirve; la otra, que está en el ajo, comprende la maniobra.

—Estaba por ese lado y me sobraba una pescadilla...—se disculpa ante quien sea por haber alterado el orden.

Todas son razones para que disimulen: los ojos están atentos, los oídos viciosos, las lenguas deseando hablar. Un chisme es bueno para que cada uno olvide la comida y todo lo que quiera olvidar.

—¿Estás tristón?—preguntó Pascuala al pasar.

En la mesa, sentado con el profesor, hay un vejete muy sordo y alelado. Come y no mira ni habla. Come del plato, y su poquita vida allí mismo se centra. Su entender no va más allá del círculo del plato. Desde lejos la mujer busca la contestación en alguna cosa del hombre. Ahora se rasca la ceja, pero Esteban no miraba. Ese gesto no debe de querer decir nada. Después quizá beba agua, o mire el techo, o mire y sonría al viejo. Pascuala espera apoyada en el aparador en un instante de tranquilidad; levanta las cejas—este hombre está tonto—, hace un qué esforzado con la boca. Esteban arruga el entrecejo, pregunta—ah—, mueve la cabeza, nada. Pero es un nada estúpido que no responde a la otra, a su pregunta, que no quiere decir nada—broncas y jaleos, etc.—. Pascuala desiste, contrariada: un vaivén especial de la cabeza.

La naranja del postre está prohibido escogerla. La patrona se lo ha exigido así a las criadas al repartirlas (porque si no las reparte ella) a los clientes. El vejete echó la mano al cesto y sacó una.

—¿Qué pasa?—dijo Esteban.

—Nada; a ti, qué, ¿qué te pasa?

Esteban escogía la naranja. El viejo miraba.

—Na...

—Sí, algo.

Pero se tuvo que ir. El viejo se encaró con Esteban.

—¿Con qué derecho escoge usted las naranjas?

Esteban, azorado, contestó moviendo los labios, pero sin hablar. A Pascuala, de camino hacia el aparador, se le encogió el corazón. El viejo haciendo una de las suyas. La criada se llevó un dedo a la frente y explicó a la concurrencia que al viejo le faltaba un tornillo y ladeó la cabeza con una gran pena. Sólo tres, y uno a medias—que luego completó su conocimiento como todos los demás, menos el viejo—, se dieron cuenta del asunto en el momento que ladeó la cabeza con pena. Todo el acontecimiento fue una cadena de sensaciones, de arreglos, preguntas.

El primero se sonrió.

El segundo dijo: ¿De qué ries? De eso, ¿verdad?, de la Pascuala y el viejo y el dibujante.

El primero contestó: Sí, de eso.

El segundo dijo otra vez: Protesta el viejo, pero ¿de qué?

El primero volvió a contestar: La historia de las naranjas.

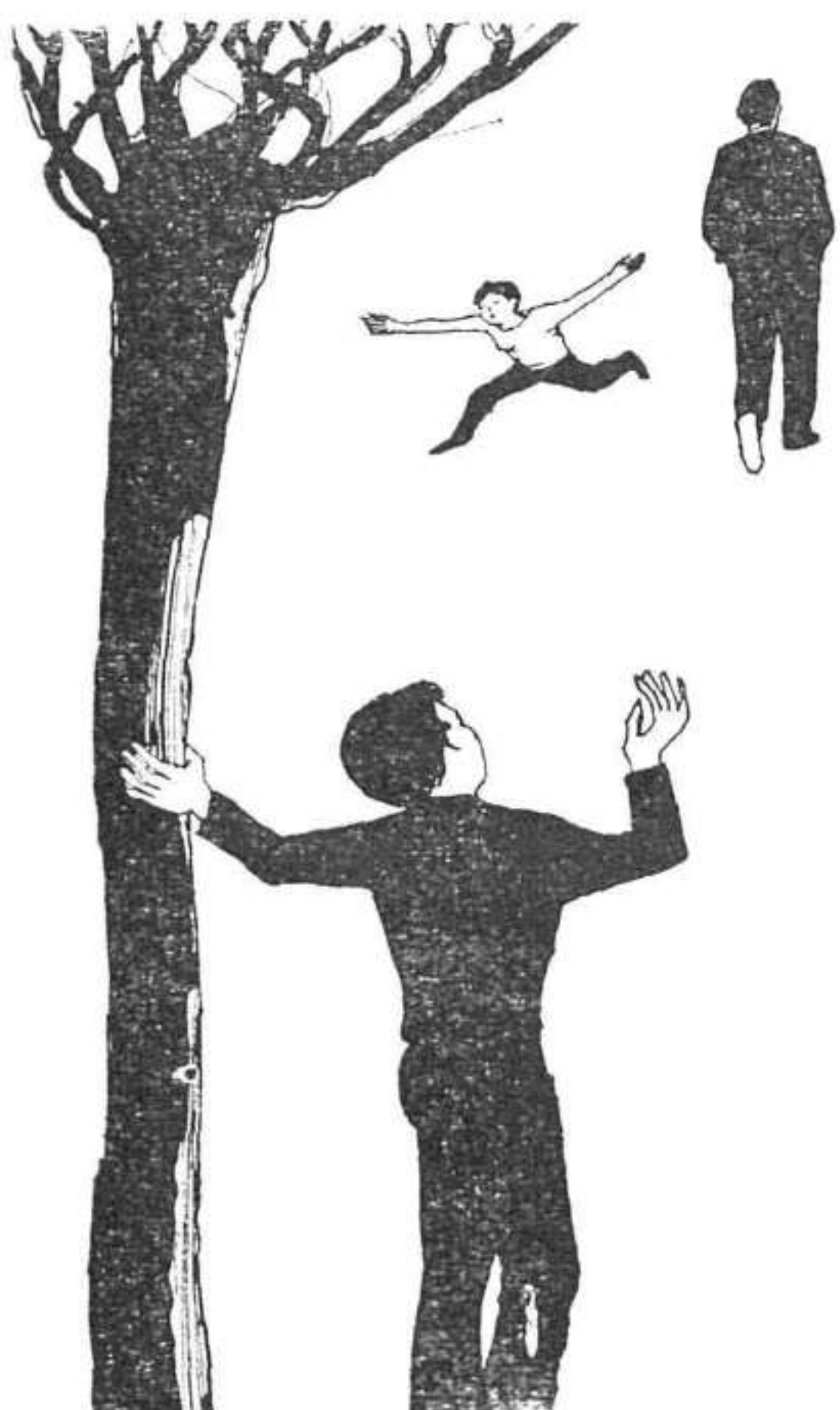
El segundo: Hem.

El tercero entró en el juego después de escuchar algo, o de comprender (que se estaba hablando de un asunto de orden interno, que no parecía que la cosa le pillaba muy lejana, que podía tener cierto interés aunque fuera estúpido el asunto, el interés y etc.), y dijo: Ya me estaba dando a mí que las naranjitas otra vez.

Entonces Pascuala ladeó la cabeza con pena cuando iba hacia el aparador de frente a ellos. Y los tres rieron; ya estaba claro el problema del día.

El cuarto, que se empezó a inquietar cuando el segundo dijo otra vez: Protesta el viejo, pero ¿de qué?, preguntó: ¿qué es lo que ha pasado?

El tercero, intentando aparentar más antigüedad en el conocimiento, contestó, dándose la impresión de ser él el primero (con voz



atropellada seguramente por su cretino comportamiento), y explicó:

El cuarto: tiene gracia.

El quinto, desde otra mesa, después de terminar su frase de fútbol se metió en el vaivén de la bola.

El sexto, el séptimo, el octavo, el noveno, el décimo, etc., comentaron, indagaron, escucharon.

El origen —la mesa del viejo y del dibujante— recibía las miradas y los pensamientos. El viejo murmuraba por lo bajo: Jo, co, así, calq escogiendo..., naranjitas. Y Esteban. Broncas y...

Después, hasta el vigésimo octavo.

La patrona, en un rincón, callaba y no comentaba; después de todo podría ser un estúpido invento del viejo, y la Pascuala bien la está resultando y bien lo ha demostrado.

La otra, la compañera, se mordía los labios para calmarse, pero se hacía daño y soltaba y le entraba el temblequero. ¡Si se descubre el pastel! Pero todo ha pasado ya, de pronto. El tema aburría y se ha escurrido por la puerta del comedor a la cocina, sólo a que se entere la gorda cocinera y la flaca pinche. Nada más.

Esteban se levantó de la mesa oliendo a naranja. Se palpó el bolsillo; todavía lleva en él el cuaderno para apuntar las faltas y las notas de los niños. El otro, el del otro grupo, está en el cajón de la mesilla de su cuarto, en un sobre blanco con el membrete del colegio impreso atrás.

En su habitación abrió inconscientemente la mesilla. Allí estaba la libreta que le faltaba, la del otro grupo. Se tumbó en la cama. No sería extraño que viniera Pascuala a la habitación; eso sería lo normal. Tiene que tener cuidado con tantas idas y venidas a la habitación. No se vaya a enterar todo el mundo, no vaya a venir un hijo; lo primero es lo más fácil.

Esteban se fue olvidando del colegio, los alumnos fueron desapareciendo, borrándose el aula plácidamente a través del color sucio de su habitación; después, los pequeños detalles concretos y sobresalientes de la calle, el niño del avión, Matilde desapareciendo a lo lejos, fueron pasando de la nada sensible (la que todavía se padece algo en forma de olor quizá, o de irisación hasta cierto punto como un débil vaho) a la insensible, aunque el recorrido no fue progresivo y definitivo, ya que hubo saltos de avance y de retroceso. La órbita de su cabeza hacia el sueño tocó también las naranjas, y el viejo, y cosas de la pensión. Dentro del sueño tuvo un doloroso retroceso, el último estertor despierto; una infinita parte de segundo imposible de recordar; ya está dormido.

—¿Quieres ir pronto?

—Mujer, tú verás.

—No; si te lo digo bien..., me parece natural...

—Pero luego. Ahora lo de aquí, luego... La patrona...

—A la patrona que más le da. El caso es que la cocina se haga, poco le importa a ella cómo.

—No, no.

—Bueno.

Ya ha hecho bastante la amiga porque se vaya. Si Pascuala no lo hace será por tonta. El ofrecimiento ha sido sincero, sólo que al final la alegría de la compañera ha sido demasiado grande. Ella misma, cuando pudo hacerlo todo—apenas le quedaba lo más fácil—perfectamente bien lo estropeó, y se alegró de que la otra se quedara. Es la alegría con que está entramado el muro de cualquier traición. El muro es fácil que llegue la ocasión de levantarlo (mire usted, yo no es por nada, vamos, que quiero decir que esto debe ser una suposición mía..., ¿comprende? No, yo no comprendo nada. Y echaba hacia atrás los ojos para señalarla. ¿Qué? Señora qué—los gestos—. No, sigo sin comprender. Se lo diré más claro, venga usted aquí a un aparte, por Dios no vaya a ser que me oiga, que la Pascuala está..., bueno, liada con el pintor. ¿Me comprende?)

Las dos secan los platos, vasos y cacharros de la cocina. Nadie habla; sólo los ruidos. La gorda cocinera empieza a cantar. Las comidas le dan musicales. La garganta suelta algo que siempre recuerda a alguna canción; las palabras las va inventando al compás de sus pensamientos. (Pensión «La Razón», cocina esmerada, cocinera letrista de canciones de moda.)

Pascuala fue a empezar a hablar.

—Vete ya, anda...

—Calla, espera; ahora voy. ¿No le has visto hoy como preocupado?

—¿Preocupado? No, qué va. Anda, hija; los dedos se te vuelven huéspedes. Pues no estás tonta también.

—Bueno.

Pascuala se puso mustia.

—Ya estamos.

—No; ya estamos, no. Es que... tú, claro.

—Pues no; la verdad, no le he visto así como tú dices.

—Yo sí le veo. Ya ves...

—Bueno; anda, vete. Y no te lo digo más.

—¿No te importa?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Qué buena eres! Esta noche me dejas todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Adiós.

—Gracias. Adiós.

Pascuala se había ido quitando el delantal. El nudo de atrás. La cinta descansando en el cuello por atrás. Empujó la puerta con el pie y se llevó las manos a la cabeza. Antes de que hubiera pasado la puerta, entre cocina y pasillo, se cambió una horquilla de lugar. De todas formas, no hay que ir de prisa, y pensar una respuesta rápida

y buena a la patrona, que, aunque dedicada a su gato, su sueño y su café, puede inventar cualquier disculpa para hacerse levantar de su hundida butaca.

Pascuala entró sin llamar; de prisa.

—¡Ay! No sabía...

Está durmiendo. Pascuala se quedó quieta, mirando.

—¿Duermes? Esteban, Esteban...—decía con voz muy queda, casi un susurro.

Duerme, y su cara da sensación de un dormir tranquilo. El colegio se ha ido hasta de los sueños. Durante este rato, hasta que se despierta o hasta que Pascuala aguante la espera, cada vez más intranquila o más deseosa de que se acabe. Pascuala está que se larga o no se larga. La verdad es que aguantar con él dormido es una tontería.

—Esteban, Esteban—dijo un poco alto esta vez.

Esteban se removió. Quizá hasta algún sueño le vuelva a su cabeza. Para eso es mejor despertarse y la Pascuala. Además es conveniente que se despierte para que le prepare la salida a ella; si no, lo mismo se tropieza con la jefa en el pasillo. Gruñó y volvió a dormir pausado (aparentemente o efectivamente), pero abrió a poco los ojos.

—¡Ah! Estás ahí.

—Sí. Ya ves...

Se puso de lado.

—¿Hace mucho que has llegado?

Hablaba suave. Las interrogaciones, las preguntas, apenas son perceptibles. Una leve inflexión de la voz apenas lo indica.

—No, un ratito... ¿Qué te pasa?

Esteban se levantó, y luego se sentó en la cama.

—Nada. ¿Qué me va a pasar? Nada. El colegio. Es una mierda.

—Hombre, pero podrás ir viviendo.

—Sí, claro. ¡Pero vaya vida!

Los niños saltan de banco en banco, de la mesa al suelo, del suelo a la cabeza y a los hombros del señor profesor. De ahí al suelo. Los aullidos, que ya no gritan, rebotan por las paredes de la clase, y él, Esteban, el único que tiene oídos para ellos en la habitación, es el que los oye, el que los recibe. Rodeado de ruidos y de niños, ahogado, espera que el bedel, el simpático señor Jesús, le libere. Cualquier día se piensa que va a ser diferente de los otros. En la calle, cuando la clase no es más que un recuerdo matinal, la rota esperanza se recompone un poco, y el pensamiento de pura molición acaba en unos niños sencillos, disciplinados, amantes de su buen comportamiento y del dibujo si llega el caso. Estas aventuras mentales, siempre mentirosas, se esperan, se desean cuando van llegando; se quieren, se guardan al tenerlas ya uno apresadas; pero también se sufre al pensar que inevitablemente se perderán, que ya se han empezado a perder. Todo esto ocurre fuera del colegio. En él es tonto pensar en esas cosas; el presente es tan poderoso, que lo único querido es que la realidad no sea demasiado dura con uno, que pase, si no de prisa, al menos con cierta rapidez, ese rato del tormento que aún queda.

—Hombre, también me tienes a mí.

—Sí, claro; eso, sí.

—¿Y el colegio?

—Nada.

—¿Nada?

—Hombre; los niños, que saltan de banco en banco y gritan. Son el mismo diablo.

—Ja, ja, ja—Pascuala rió—. Los niños son los que te preocupan.

—No te rías. Ni la patrona podría ser tan mala, te lo aseguro.

—Los niños. Pero ¿tan malos son?

—No malos; insoportales. Y todos con una leche...

—Pero los niños...

—Te aseguro que hay momentos en que los mataría a todos.

Pascuala dudaba, pero creía a Esteban.

—Señor profesor, ¿puedo irme, que estoy aburrido?

—¿Quién ha sido?

—Señor profesor, ¿quiere que le cuente un chiste?

—¿Quién ha sido?

—Señor profesor, ¿puedo patear?



Las risas, los gritos, venían desde todos los niños, pero a nadie podía considerarse culpable. Todos empezaron a patear. El gesto amable, el cuerpo inocente, las piernas galopando. La tormenta, tanta para tan poco cielo, machacaba la habitación. Esteban miraba absorto a la nada. Hasta podía pensar que el ruido algunas veces era bello, que contenía en su bestia resonancia de algún compás digno de escucharse. Los niños se empezaban a aburrir y olvidaban el juego. Había que empezar algo nuevo a partir de entonces, más divertido. Los niños, tiranizados, atados a su propia estupidez, igual que cualquier hombre, alimentan y engordan los malos parásitos del mal: un legendario bichito que se enquistó, amparado, requerido, soportado, amado, por la imbecilidad, por la cretinez, por la tontería, por el embrutecimiento, por la memez, en el hombre, en su cabeza, para no poder salir, aunque se quiera, aunque lo desee el mismo parásito. Se tapa uno los oídos, se escucha la radio, se mira la televisión y se leen los libros, y a vivir tranquilos, y cuando el presente es duro, aguantar y llorar. Los niños que tienen su garrapata particular desde siempre, la empiezan a engordar, a ejercitar; mañana serán unos perfectos cabrones.

Temprano, quizá Tarde

MEDARDO FRAILE

Ilustra: PLANS

PASO por la calle un carro o un coche y la luz en el balcón era fresca, nueva, como el primer chapoteo de un pájaro. El huésped salió de su cuarto en pijama, oyó, nada más abrir, un murmullo en la sala y, al

atravesar ésta, vio en camión, acurrucada junto al teléfono, a doña Librada Ribalta y Sotomayor, la dueña de la casa. Esbozó un saludo inclinando la cabeza y siguió, por un pasillo largo, hasta el cuarto de baño. En el reloj de una

torre sonaron las siete. Doña Librada, al pasar él, había dicho a su interlocutor con suavidad y mezcla de resignación y esperanza: «Bueno, entonces, ¿qué?». No oyó más. Parecía ella en situación apurada. Sus ojos—durante el día fuertes y oscuros—eran ahora—le pareció—como dos nubecillas rosa, sin carácter, en el maquillaje pasado de la cara. Creyó entrever una faja negra bajo el camisón. Doña Librada no parecía escuchar, sino extraer, recoger palabras del auricular. Estaba sentada al pie del teléfono en una postura a la vez pesante y en vilo. Y, junto al teléfono, Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, abogada de las causas difíciles y desesperadas, que, días antes, había visto él.

Doña Librada, de distinguida familia, viuda, tenía, desde la muerte de su padre—un político—, huéspedes recomendados para ayudarse y, todos los días, entraba en su otra ayuda por recomendación, una oficina del Estado, a las nueve y media. Tenía doña Librada la voz de los torrentes que viven con alegría y se estrellan y, en algunos recodos, bajan la voz domados, pero con agua y fondo. La llamada, en la frontera del día, parecía secreta.

En el lavabo del baño había agua, ligeramente sucia, y flotando en ella, el dedil de espuma de un dedo del pie, con un orificio para liberar un callo, quizá una dureza. El huésped lo miró y, de repente, aquella conversación de teatro que aún suponía en la sala, al final del pasillo, le pareció patética, fuera de lugar, grotesca como un pie deforme. Miró a su alrededor y vio prendas no muy limpias que, abandonadas de cualquier forma, parecían exhalar un vaho cálido: una combinación y un sostén negros en el toallero del baño. Dos o tres batas de casa, con pátina de suciedad, y un camisón manchado, detrás de la puerta. Dos bolsas llenas de rulos para el pelo colgadas de dos escarpas. Y en tres repisas junto al espejo, «Oftalmol» para los ojos, «Odamina» para la boca, y, con la suciedad, el amontonamiento y el descuido de un taller de pintor, laca para el pelo, champú para cabello graso, crema contra las impurezas de la piel, lociones de Helena Rubinstein y Elisabeth Arden, polvos, rimmel negro y verde, horquillas, pinzas y, en el lavabo, en el lugar del jabón, un cenicero con dos colillas manchadas de carmín.

El huésped volvió de nuevo por el pasillo, atravesó la sala—sin nadie ahora, en penumbra—y antes de entrar en su cuarto, doña Librada salió del suyo afectando naturalidad, ligeramente pálida, pero con su voz fuerte y fácil y la resolución de mentir:

—He pasado una noche fatal y estaba llamando al dentista para pedir hora. Un dentista muy bueno que hay aquí en el avenida del Río, y, a veces, tiene su casa llena hasta las diez de la noche. No sé qué será, pero tengo dolorida toda esta parte. Puede ser una muela que me molestó este invierno. No sé esta temporada qué me pasa, pero no estoy bien...

Doña Librada sabía poner, súbitamente, gesto de encontrarse mal, muy mal.

El huésped aparentó creer la explicación, lamentó lo que oía con unas palabras y se metió en su cuarto. Recordó que, días antes, vio desde el vestíbulo a doña Librada con un hombre en su cuarto, y, en la mesa, aparitivos, copas, botellas. Ella también le vio desde dentro y con voz que no parecía la suya se apresuró a darle las buenas noches para alejarle. El hombre parecía «de la casa», despreocupado y dueño. Otra mañana, al salir, le volvió a ver al volante de un coche hablando con doña Librada, de pie, en la acera, junto al portal de la casa...

El huésped se había vestido ya, estaba listo, y se dispuso a salir. Abrió su puerta, atravesó el vestíbulo hacia la del piso y, de pronto, del cuarto de la dueña, oscuro, con la puerta entornada, oyó la hiposidad de un llanto frenándose hasta el silencio. Abrió la puerta y salió... Por la calle, iba pensando en el dedil de espuma con su agujero ominoso, en el agua sucia del lavabo...



APUNTACIONES al DESGAIRE de PEDRO PEREZ PIEDRA y connotaciones de su inconstante amigo Ponce de León

UNA TERNA DE DIAS A VIDA O MUERTE



No es verdad que nos estemos jugando el tipo todos los días, a pesar de las estadísticas florecientes en tropiezos y derrumbaduras de automóviles, a pesar de los bombardeos y tiroteos donde menos se piensa, a pesar de las prisas. Estamos expuestos a todo, pero sin nuestra voluntad y sin nuestra conciencia. Jugarse el tipo, lo que se dice jugárselo, a la cara y cruz de las creencias, apuntando la vida a una carta, eso se hizo por última vez los días 18, 19 y 20 de julio de 1936. Tuvimos que hacerlo todos: hombres, mujeres, niños y ancianos, y hasta animales domésticos, vehículos y enseres. Hasta las aves de corral y las nidadas de pájaros silvestres, sobresaltados por el insólito estruendo de la pólvora y la dinamita.

La vida en un tris, la suerte en un hilo, la muerte en menos que un decir Jesús, y todo esto amenazando a todos y cada uno sin excepción, es cosa que no ha vuelto a producirse.

En seguida los campos y los bandos estuvieron marcados, se formaron las líneas quebradizas de los frentes y las anchas zonas de libre cambio y de tráfico mercantil, donde no llega la sangre al río. En todas las guerras cuaja una delimitación de dominio: aquí, éstos; allá, los adversarios. Y en las plegueras internacionales, la cualificación estaba establecida de antemano: los alemanes, por ejemplo, todos los alemanes, contra los franceses, todo los franceses; si alguno se singulariza, es un traidor.

Quien vea la guerra española, nuestra guerra, como una lucha entre dos bandos contendientes, no la ve como es. Buena prueba de esto es que ni siquiera se sabe cómo llamar a las fuerzas en pugna. Si el protagonista autobiográfico de Rabinad dijese que a su padre le habían dado el paseo los republicanos, los republicanos como Angel María de Lera se indignarían, porque quienes daban el paseo eran, en todo caso, los rojos, o los incontrolados. Apellidar facciosos, insurgentes o rebeldes a los que desde los primeros días contrastaban por su orden y disciplina con los llamados gubernamentales, que jamás supieron o lograron gobernarse, es una irrisión. Hablar de fascistas y antifascistas, una tontería. Los buenos y malos es definición muy clara en aquellos tiempos, y muy elemental y sincera y popular; sólo que los malos eran los malos, y los buenos, los buenos, según

cuál fuese la devoción de la beata, ya que la beatería de derechas y la de izquierdas eran idénticas, y siguen siendo, y siguen constituyendo una importante mayoría beatesca en el capital sentimental de la población rural.

Con tanto desgaire, estoy perdiéndome. Lo que quiero decir es que, durante tres días por lo menos, la Guerra Española se riñó en diez o quince millones de campos de batalla. Que cada español en edad de voluntad y en uso de razón, riñó por dentro de su alma su guerra, atirantado por múltiples tentaciones contendientes. Parodiando a Federico, tan famoso por motivos que también él seguramente tuvo que reñir entre sí aquellos días, diría yo, en honra de aquella Guerra Española que no tiene por qué avengonzar a nadie, sino enorgullecer a todos:

Viva contienda que nunca se volverá a repetir.

Ya se ha convenido —más por parte de los victoriosos que de los vencidos, justo es confesarlo— en dejar de ver Nuestra Guerra como gesta, como Cruzada, como triunfo colectivo y general. Los historiadados extranjeros siguen mirándola en plan de dualidad. Es comprensible en ellos, que se morirán inocentes como la abuelita, muy convencidos de que los niños vienen de París y no de Estados Unidos; muy convencidos de que el Mal se denomina Hitler y el Bien atiende por Roosevelt; convencidísimos de que en la guerra mundial siempre ganan los buenos y pierden los criminales.

Pero los españoles de hoy y de mañana estamos obligados a sentir la enorme categoría de los días y símbolos de Julio, que hay que escribir con mayúscula porque no fue asunto de rebaños ni de manadas ni de bloques ni de nacionalidades siquiera. Fue dentro de cada alma. Acabo de leer el libro de Luis Romero y me gusta señalar que, entre los muchísimos personajes que viven y vibran en sus páginas, no hay un solo imbécil; y no hay una masa informe y deforme, salvo en la portada. Y aun ahí, la masa puede mirarse con lupa y adivinar las almas de los individuos.

Los libros a que Pedro alude en el texto son "Tres días de julio", de Luis Romero; editado por Ariel, Barcelona, en este año; lo comentó Emiliano Aguado en el número 370 de LA ESTAFETA LITERARIA. Y "El niño sombrero", de Antonio Rabinad, editado también este año por Seix Barral, del cual no se ha publicado crítica por descuido mío, me parece, aunque de él hablé por radio. Pedro insinúa que al padre de Rabinad lo asesinaron los rojos. Así lo he visto yo mismo en "El niño sombrero". Iba a decir que me asombró, pero lo cierto es que no me asombra, recordando lo que yo mismo he visto con mis ojos de chaval. El padre del protagonista de "El niño sombrero" se ve que es un buen hombre, tranquilo, sencillo, honrado y trabajador, familiar y humilde. Y, sin embargo, lo matan. ¿Lo matan a causa de esto? ¿Lo matan los milicianos de Barcelona a causa de que era todo lo contrario de un militante o de un anarquista?

El niño protagonista vive y soporta ese "despertar de la sexualidad" que tantísimas veces significa perturbación, desesperación, impotencia, vicio, degeneración o enfermedad y locura. La estampa del confesor que con-

fiesa al niño Rabinad es atroz, pero es verdadera. Un médico, un padre y un creyente —circunstancias que reúne— tiene muchísimo que decir frente a la monstruosidad indiferente en el desempeño del oficio sacerdotal. El terrible y verdadero testimonio de Rabinad se parece mucho al de la película "Fellini, Ocho y Media". También Barral ha publicado el guión de este libro, dentro de sus co-

lecciones, que ya van siendo innumerables. Recomiendo al lector la experiencia de ver la película y leer después el guión, o al revés. El sufrimiento adolescente de Rabinad y de Fellini corren parejas con el de muchos millones de seres humanos. Fellini lo expresa en imágenes cinematográficas geniales. Rabinad, en unas pequeñas páginas de un pequeño libro al cual puede llamarse azoriano.

El Federico mentado por Pérez Piedra es García Lorca, claro está. En el verso, Pedro cambia una sola palabra: en vez de "moneda" pone "contienda". Lo que más me gusta es que Pedro Pérez Piedra llama la atención sobre el combate íntimo que tuvo que reñir Federico García Lorca dentro de su alma los días 18, 19 y 20 de julio de 1936. Sobre esto, nadie ha llamado la atención, que yo sepa. En cambio, "hunnos" y "ottros" han manejado al poeta y su alma como un muñeco de guiñoles políticos. Un alma es singular. ¡Qué desconsideración bandearse con ella! ¡Muy bueno todo lo que dices, caballero Pérez Piedra!—LUIS PONCE DE LEÓN.

DIGAN USTEDES SU NOMBRE Y APELLIDOS



ME LLAMO **gabriel celaya**

«Me llamo Gabriel Celaya.» No habiéndole oído nunca hablar, no sé si su voz se parece a la del disco, pero entiendo que con su dicción nada gana su poesía. Incorrecciones fonéticas, que tal vez se deban al vasquismo del autor (un principio que suena prinicipio, un casi convertir magnética en manéctica, un vocablo que se parece a absoluto, un derrobamiento que no entiendo en absoluto), desmayan la atención, y no por vascas ciertamente, sino por feas, o al menos feúchas. En cuanto a decir Celaya que su verdadera poesía «brotó de la mala conciencia» que le producían las condiciones de vida de los obreros, puede ser una confesión o un remordimiento en el caso de que él, ingeniero y gerente, fuese un opresor implacable y cruel del proletariado. Pero más bien parece un disparate de orden lingüístico: la mala conciencia debe de querer decir, aunque no lo dice, amargura, descontento, sinsabor, ánimo de tristeza y rebeldía. ¿Por qué se deja hablar a los poetas?

Tampoco entiendan mal esta pregunta. Quiero decir que los poetas suelen ser tan malos decidores o recitadores de sus versos como malos declarantes o defraudadores de su personal teoría estética. El idioma que les es propio es precisamente el de la poesía; cuando hablan otro, fácilmente nos desencantan o nos aburren, o manifiestan algo distinto de lo que quieren. Por ejemplo, añade Gabriel que la idea de que una independencia económica le permitiría ser escritor libre ha sido funesta para su vida y para su obra. En su vida no me meto. Pero su obra—que, gracias a Dios, no ha terminado todavía, a pesar de los treinta y tantos años que lleva escribiendo y publicando—, ¿resulta de veras funesta?

Claro es que lo que él ha querido decir es otra cosa. Oírlo en disco es lo

que confunde, lo que equivoca al desprevenido auditorio. Por otro lado, los versos que elige no son los mejores suyos, puesto que selecciona los más adecuados para desarrollar una tesis. Quizá venga de aquí la monotonía de la recitación, aunque es de agradecer que no juegue con trémos ni teatralismos de recitador al uso. Interesa mucho oírlo, pensarlo y volverlo a oír. Es el servicio que presta el disco.



ME LLAMO **LUIS-FELIPE VIVANCO**

«Me llamo Luis Felipe Vivanco Bergamín, y nací veraneando en El Escorial...» Diría yo que de Celaya a Vivanco hay tantas leguas como desde Hernani a San Lorenzo de El Escorial. La voz de Vivanco suena más afectuosa, y comienza por estar prendada del idioma que pronuncia y sus primores. Nacer veraneando. Sentir con San Juan de la Cruz: «lo que fabrica la memoria con su imaginación son láminas de plata» y que, «si la nieve me ordena figurarme una lámina de plata, es porque Dios me necesita». Advertir que el descampado es el campo. Y que, por tanto, estar en el campo es estar en Dios, sin necesidad de nombrarle. Pasarse a lo temporal para darse cuenta—al revés que Nieremberg—de su semejanza con lo eterno. Tener miedo del niño de que le tomen por mentiroso cuando ve el arco iris. Y no ser sordo a la verdad, a la dulce y honda verdad de que oyes cantar al aveca porque estás en prisión; si no, no la oirás.

El campo de Vivanco no es el de las mieses ubérrimas, los prados feraces, la rica dulcedumbre de las pomaradas, los naranjales, las palmeras de dátil, la berza pomposa y las rijstras de panchos, de pimientos, ajos, cebollas, membrillos. Es el campo de roca y chaparra de este arroyo Voltoya, de Avila, que serpea entre las piedras de mi apellido y las nubes duras y frías como piedra de estos

cielos de la Castilla altanera y humilde, terrena semejanza de lo terrenal con lo eterno.

En las laderas, en las caderas y pechos por donde el Voltoya discurre, amigo Ponce, he sentido más de una vez llorar el corazón, llorarse y cansarse, buscando, «como los animales enfermos, moribundos, un rincón de hojas secas donde morir a gusto». Quizá por esto me llega más la voz de Vivanco que la de Celaya. Aunque aquél hable de su «equivocada vida de poeta» y éste juzgue funestamente incluida su obra y su vida.

Pero si Gabriel es ingeniero, Vivanco es arquitecto, y su primer libro data de

cuando, arquitecto ya, iba a la recién estrenada Facultad de Filosofía de la Ciudad Universitaria de Madrid para oír a Zubiri. Cuando quiera hacer oír a mis amigos estos discos del «Me Llamo...», pondré siempre emparejados los de Luis Felipe y Gabriel. No para enfrentarlos como gallos de pelea, sino porque, al lado una de otra, sus voces se entienden mejor. Se sobrentienden.

Habla Pedro de la serie "Me Llamo", que forma parte de la discoteca "La Palabra", que edita, imprime, graba, o como se llame, la fabricación de discos gramofónicos la empresa Aguilar, calle de Juan Bravo, 38, Madrid. Los de esta serie son de "alta fidelidad", con un cuarto de hora de duración entre las dos caras, y cuestan 125 pesetas. En la misma colección han salido ya bastantes otros, de corta o larga duración, que

Pedro o yo mismo iremos comentando. Sea cual fuere su éxito comercial y el acierto de la selección, y no obstante la abrupta pregunta "¿por qué se deja hablar a los poetas?", debe alentarse la iniciativa de que al mercado discográfico concurren los escritores con su propia garganta, de viva voz. Y que el punto de zafiro de los picús—graciosa versión popular de los "pick-ups"—gire sobre la palabra humana como lo hace sobre los ruidos, sobre la música y sobre las horrosas "letras" de los cantables.

A propósito de lo que Pérez Piedra menciona sobre la influencia de San Juan de la Cruz en el sentir de Luis Felipe Vivanco, y para contemporizar un poco, deseo recordar que Celaya, en sus ensayos "Exploración de la poesía", incluye un estudio sobre San Juan de la Cruz, que, no obstante estar en desacuerdo con alguna de sus conclusiones, es-

timo de grandísimo valor, originalidad y hondura. Nuestro santo poeta, mirado por un poeta naturalmente vasco y aparentemente socialista, alumbró facetas de singular interés. Personalmente, creo que el socialismo de San Juan de la Cruz es más hondo que el de Celaya: como que consiste, nada menos, en la auténtica comunión de los santos.

Tampoco quiero dejar de registrar en esta connotación a propósito de discos, la sección titulada "La letra con disco entra", que firma Gay en "La Codorniz". En la especialidad de reseña y crítica de discos, que insertan hoy tantos periódicos y revistas, el crítico Gay es verdaderamente señero. "Señero", aunque no todos los que lo escriben lo saben, es un vocablo que quiere decir solitario, único, impar. La crítica "codorniza" de discos es la más inteligente y la más culta, con toda su aparente sencillez.—L. P. de L.

EL CARACTER DE MARCEL PROUST

Aunque la reseña crítica de la obra de Painter, a cargo de Borobó, la encuentre el lector en la página 28, en ésta publicamos el trabajo que nos ha enviado espontáneamente Manuel de la Torre Campoy. Se trata de una consideración interesante acerca del autor de *En busca del tiempo perdido*.

Dentro de este año la Editorial Lumen, de Barcelona, ha publicado los dos tomos de la biografía de Marcel Proust, de George D. Painter. El tomo segundo está recién aparecido. Todo Proust ante nuestra mirada. Pero resulta curioso observar cómo los primeros biógrafos de un autor desbrozan el camino para los sucesivos, y además les dan la imagen del biografiado, que se repetirá la misma a lo largo de los años y los siglos. El Proust de Painter es el mismo de Maurois, sólo que con gran número de detalles nuevos, algunos de una crudeza excepcional—de esos que hacen detenerse al lector, paralizada incluso la respiración por un instante—, como cuando Painter nos dice que Proust—recuérdese su homosexualidad—, ya maduro, invitaba a sus compañeros de placer a profanar las fotografías de sus padres muertos, constituyendo ello parte del rito observado en sus diversiones. Maurois, al parecer, acostumbraba a detenerse ante detalles de esta índole, por un pudor personal, que no impedía una definitiva comprensión del ser humano. Painter escribe de una manera despersonalizada, fría; Maurois, al tratar de Proust, es emotivo y artista. Sin embargo, la labor erudita de Painter produce admiración. No existe personaje en el gran libro de Proust del que él no nos dé la clave.

Proust, producto de cruzamiento de madre hebrea y padre francés, es una de las personalidades más complejas del complejo mundo literario. Complejidad, misterio, sensibilidad suprema y rebeldía se aúnan en Proust. La vida de Proust—nacido en 1871—se divide en dos períodos: antes y después de la muerte de sus padres. Probablemente, cuando ellos murieron y quedó en posesión de la libertad y el dinero, Proust—¡no tuvo más remedio!—respiró, por muy inmenso que fuera su dolor—y lo fue—ante la muerte de su madre.

La maravilla de *En busca del tiempo perdido* queda explicada por la inmensidad del sufrimiento de Proust, por el verdadero martirio de su vida real. A la enfermedad, el homosexualismo y la capacidad para sentir afectos definitivos se unía desgarradoramente en Proust una absoluta inercia ante la vida. ¿Podría él trabajar? ¿Podría él ir cada día a la Universidad, a la oficina? Y él se contestaba que no; la insistencia de su familia porque se aplicara a un trabajo debió ser para Proust motivo de desesperación. Pasaron los años y Proust jamás trabajó; y a pesar de

su familia adinerada, nos imaginamos a Proust sintiendo hondamente el desaire de su situación e incapaz, a la vez, de explicar, de defenderse. Y Proust conoció el odio, lo mismo que años, muchos años antes había conocido el amor.

El libro de Proust es menos desgarrado, infinitamente menos, que su vida. Maurois ha hecho conocer la opinión de quienes creen que Proust se traicionó a sí mismo al no hacer a su Narrador partícipe de sus mismos vicios de Sodoma; el dedicarse, en suma, a esa transposición que convierte a los numerosos proustianos masculinos de la vida real, en la Prisionera de la novela. El martirio del verdadero amor proustiano queda así mitigado en un amor normal, de hombre a mujer. Porque sólo los mejores homosexuales—mejores en el sentido de la calidad espiritual—saben que la pérdida que representa ser homosexual no posee reparación ni pago: es el infierno en la tierra. Para una minoría—si no para todos—es una perpetua agonía, algo que les hiere en el alma, por lo inexplicable. Un cáncer se explica mejor su cáncer o un ciego su ceguera que un homosexual su homosexualismo, por la sencilla razón de que esto atenta contra su esencia. Proust, por estar narrado su libro en primera persona y no por ser su Narrador homosexual, no ha podido describir los aspectos más terribles del uranismo.

Sí; repetimos que la obra de Proust es obra del sufrimiento; Proust vio la trampa que es la vida, y al sentirse hervir de amor y de deseo de normalidad, se agarró a su obra como a una tabla de salvación. En los últimos años de su vida, con desesperación y angustia, ante la duda de poder concluirlo. La valentía de aquel aparente débil que fue Proust al acometer una obra de tan vasto aliento produce asombro. ¿Qué es cualquiera de las novelas que todos escriben ante el propósito conseguido de Proust? Pero no nos hagamos ilusiones—¡ojalá pudiéramos hacérselas!—. Proust no es para todos: es demasiado grande. De ahí que tan a menudo oigamos a muchos que leen: «No he podido leerlo.» La minuciosidad genial en el desentrañamiento de la mecánica de las relaciones sociales y del amor verdadero—éste descrito en los mil y un detalles del martirio que es—será siempre uno de los mayores y más profundos consuelos literarios para los mejores espíritus.

Manuel de la Torre Campoy

NOVELAS Y RELATOS

MARÍA CRUZ BESCOS: *¡Que no se lo lleve el viento!* Zaragoza, 1953. 190 págs. Ø13,7×19,7Ø. Sp. *Cara a la vida*. Zaragoza, 1967. 167 páginas. Ø11,5×19Ø. Sp.

Estas dos obras, precisamente al confrontarlas en el transcurso del tiempo que las separa, demuestran la persistencia de María Cruz Bescos en sus puntos de vista emotivos y su delicadeza para conjugar el realismo de la vida humana, de la ciudad y del campo, ese enfrentamiento de la persona ante el ambiente de las pequeñas urbes y el de la naturaleza, con visión inspirada por una espiritualidad de fondo, que hace pasar la clara observación objetiva, a veces rotunda, a través del tamiz idealista y poético de la misma autora.

En el conjunto de narraciones que presenta María Cruz Bescos en *¡Que no se lo lleve el viento!* anotamos ya su primera línea como un anticipo de su pensar y sentir: «No mide el tiempo la vida, sino su empleo». A través de toda la obra, hay como una esencia bravia que evoca el alma de ese alto Aragón, que tiene la singularidad de ser recio y poético al mismo tiempo, como son los planteamientos de la autora: rotundos, positivos, realistas, pero dados con una incitación romántica a reconsiderarlo todo con profunda emotividad.

Cara a la vida es una novela para la juventud, con el viejo planteamiento aventurero de la evasión, hasta sufrir sus personajes la forja del transcurrir de la vida mientras pasan de la niñez a la adolescencia y se hacen hombres. No es el argumento, aunque se halle dotado de amenidad y dinamismo, lo más atractivo, sino la delicada matización de las situaciones rotadas de la fina sensibilidad de la autora con intención de un acusado realismo moralizante en el juego de la actitud opuesta de sus dos personajes: el positivista y el idealista, cuyos caracteres innatos prevalecen a través de toda la novela, conjugándose unas veces y enfrentándose otras en sus dos ideologías para lograr un gran sentido humano, como antagonismo y complementación vital de valores espirituales y positivos.

Las descripciones de las ciudades tienen valor pedagógico, sobre todo en su contenido histórico; pero resultan más literarias, más emotivas y personales de la autora, esas pequeñas descripciones, quizá menos trabajadas por ella, pero de una encantadora espontaneidad cuya delicadeza es indudablemente el reflejo inconsciente de la autora al ver los ambientes y las situaciones con alma soñadora, pero soñadora de realidades.

Rectitud de criterio, limpieza literaria, contenido constructivo, en el aspecto social, psicológico y moral, alcance pedagógico y formativo para la ju-

ventud, son las características más acusadas de esta novela que hoy nos ofrece María Cruz Bescos.

LUIS BONILLA

ANTONIO SERRA: *Marius (camino hacia la horca)*. Palma de Mallorca, 1967. 163 páginas. Ø13,5×19,7Ø. 100 ptas.

El autor de la novela *Destinos publicada el pasado año, ofrece hoy con la titulada Marius un inquietante planteamiento centrado en el personaje Marius, profesor de Filosofía, y en torno a cuanto interfiere la vida, el pensamiento y la acción del estrambótico profesor, en cuya enajenación hay un idealismo redentorista donde el autor pone en juego un duro pero claro artificio de recursos psicológicos, morales y sociales, para enfrentar al lector a la antinomia de lo verdadero y lo falso en el acontecer de las relaciones humanas.*

En esta novela hay algo más que una serie de anécdotas entretenidas y bien hilvanadas, porque sus asociaciones de ideas al describir ambientes, así como la presentación de los problemas mentales de sus personajes y los cuadros sociales, poseen un fondo de angustia humana que apunta más a una trascendente colaboración de pensamiento en el lector, que a la amenidad con propósito de distraerlo; aunque Antonio Serra consiga ambas cosas.

El problema mental del profesor Marius, el de su hijo, los planteamientos freudianos de sexualidad, la sesión de espiritismo, las reacciones sociales de mediocridad en unos, de insatisfacción y hasta de sublimación en otros, hace de todos los personajes y escenas de la novela un juego de realismo en la raya donde lo objetivo y lo subjetivo se funden vitalmente o se interfieren con angustia.

El rudo enfrentamiento de las ideas expresadas y las sugeridas con acierto, tienen un gran fondo romántico, aunque la expresión de ellas parezca de un fuerte positivismo. Es un arte que maneja Antonio Serra, éste de presentar con dureza problemas corporales para evocar una recóndita ansiedad del alma, como presencia ineludible; utilizar la palabra y la idea de un realismo de materialidades para llevar a un fondo de espiritualidades, donde alienta un idealismo que muchas veces deja entrever una intención ética y crítica.

Todos los personajes de la novela Marius viven una significación psicológica, un destino humano, que Antonio Serra hace «descubrir» por sí solo al lector con sencilla claridad, hasta situarle en un terreno de pensamiento que predomina sobre la indudable facilidad narrativa, dinámica, que transcurre en toda la novela.

LB

LEYENDA Y FANTASIA

IGNACIO ALDECOA: *Parte de una historia*. Editorial Noguer. Barcelona, 1967. 219 págs. Ø13,5 x 20Ø. 150 ptas.

Los buenos catadores de novela española esperaban (esperábamos) la anunciada de Ignacio Aldecoa, que la verdad ni se prodiga, ni le importa el tiempo; sus razones tendrá. Quizá sean esas tan importantes de escribir una cuartilla o un folio, que da lo mismo, volverlo a escribir, romperlo y volverlo a escribir de nuevo. Sí; una buena razón y después su público, que también los escritores lo tienen, aunque le extraña a alguien, se sorbe la obra, se la lee de un tirón, que ya es decir y que es bastante significativo.

Ignacio Aldecoa nos había acostumbrado a lo bueno con toda una extensa bibliografía que puede citarse: «Cuadernos de Godó», «Todavía la vida», «Libro de las algas», «Caballo de pica», «Espera de tercera clase», «Visperas de silencio», «El corazón y otros frutos amargos» y sus tres trascendentes novelas «El fulgor y la sangre», «Con el viento solano» y «Gran sol», amén de «Los pájaros de Baden-Baden», tres fabulosas novelas cortas reunidas. El ha sabido culminar una etapa, una época o un momento de su vida (extraordinario por otra parte) con su última novela «Parte de una historia». Ahora, el vasco afincado en Madrid, anda metido entre astados y toreros, lo que muy bien puede significar que nos va a entrar en la fiesta española, cosa interesante; pero a lo que íbamos, con «Parte de una historia», novela al parecer que forma parte de su trilogía del mar, muy al estilo del maestro Baroja, apreciado y citado por el joven a su vez, maestro Aldecoa, es algo distinto a su obra anterior, aunque naturalmente con el bagaje que siempre Ignacio le pone a lo que hace.

Es este un libro destinado a ser «best-seller» aunque se haga lentamente, como hace el lector con los escritores nacionales. En él, Aldecoa ha entregado su saber hacer en todos los sentidos, desde la exquisita prosa digna de ser analizada por los muchachos de instituto, hasta la emoción puesta en sus personajes, en los que ahonda hasta presentárnoslos desnudos, con una habilidad que para sí quisieran los más expertos psicoanalistas.

Por otra parte, el asunto, la anécdota, la trama, es bien sencilla: una isla de poco más o menos una docena de millas cuadradas, los pescadores en su ambiente realista: comen, beben, piensan; se mueven en el paisaje duro del mar, le arrancan sus riquezas y mueren si es preciso. El mar para ellos es la vida. La más pura realidad fluye de las páginas como lo ha hecho de la pluma del escritor. El narrador, Ignacio Aldecoa, del cual conocemos que es viajero infatigable, retorna a una isla cuyo nombre no se conoce, pero por no se saben qué razones, está circunscrita a las Canarias, retorna a la isla, cuenta, minuciosamente, lo que ve. Tiene amigos que se alegran de verlo, de que vuelva a estar con ellos; todo sigue lo mismo con la excepción de que hay un matrimonio inglés dedicado a la pesca, un tanto alejados del mundo de los indígenas. Hay algo más: la tranquilidad de la isla se ve quebrada al naufragar el yate de unos americanos, tres hombres y una mujer que hacen hervir la sangre a todos los que viven allí. Por una razón, porque se aburren, necesitan vivir, piensan de una manera distinta, celebran grandes bacanales a las que se unen algunos isleños. Todo se serena cuando uno de ellos aparece ahogado porque se ha emborrachado; aquí finaliza todo; el mar está en calma, también los pobladores y el narrador que ya ha dicho lo que tenía que decir, apunta: «Mañana, poco después de que amanezca, dejaré la isla.»

¿Qué significa el hecho de que la novela parezca corta? Se ha acabado demasiado pronto; esto es importante. El lector quería más; es significativo: ha interesado, ha gustado, ha sabido a poco, lo cual debe apuntarse Ignacio Aldecoa y volver a repetirlo inmediatamente.

RAUL TORRES



PEDRO SÁNCHEZ PAREDES: *La gran apostasia*. Marte. Barcelona, 1967. 358 págs. Ø11 x 19Ø. 150 ptas.

El autor se dio a conocer en el mundo literario a través de nuestra revista. En el número 274 se le publicó el relato *Teluria, un país de tinieblas*. Según Pedro Sánchez Paredes se trata de una síntesis de una novela de acción coloquial titulada *La tercera Edad Media*. «A mi juicio, lo mejor que he escrito y que, por tanto, nunca encontrará editor.» Posteriormente les hemos ofrecido sus cuentos *La verdad en el fondo del río*, *Una historia sin tiempo* y *Un profeta*. Después del primer relato mencionado, salió en 1963 su novela *Dios ha pasado sobre los bosques*. La siguieron *La ley viva* y *Siete apocalipsis*. Ahora es *La gran apostasia* la muestra más madura de este autor que lucha denodadamente en un difícil terreno. El año pasado fue galardonado con el premio «Temas», por un artículo sobre las drogas alucinógenas. Nació en Mataró (Barcelona), en 1926. «Allí pasé mi infancia. Viví varios años en Lérida y me licencié en Derecho por la Facultad de Madrid. Un buen día salí de España con quinientas pesetas en el bolsillo, rumbo a París. Recorrí varios países europeos buscando un lugar donde me apeteciera quedarme. No lo encontré. Realicé varios oficios. Fregué platos, descargué en puertos y mercados, acompañé turistas hispanoamericanos, cuidé niños, di clases de español, fui leñador, vendí periódicos, repartí octavillas, pegué carteles, hice de traperero. Y conocí hombres y mujeres de todos los países. Nunca encontré a nadie que poseyera la verdad. Nunca conocí a nadie completamente equivocado.» En la actualidad reside en Madrid. Dedicado también a las traducciones ha hecho, recientemente, una magnífica del libro *La caverna de los antepasados*, de Lobsang Rampa. Indudablemente, la traducción y versión de Paredes supera con creces el original del misterioso autor que escribe en inglés.

Tal vez sea Pedro Sánchez Paredes el escritor más alejado de cualquier círculo literario y el creador del que no cabe pensar una manifestación de frivolidad para llegar así al éxito. A ese éxito tan efímero porque está basado en hechos que resultan intrascendentes y que únicamente dan a conocer la poca confianza que el autor tiene depositada en su propia obra. Pedro Sánchez Paredes, a la par, es un hombre que está claramente alejado de cualquier compromiso o servilismo. Solamente se siente responsable ante sí mismo. Y persevera aguda e

inteligentemente en un tipo de novela alejado de los ya muy desgastados clichés que, por desgracia, sumergen a nuestra literatura actual en un mar de insipidez y falta de originalidad. Pocos son los que se salvan y, por tanto, con el paso del tiempo, pocos son los que perdurarán. Uno ya comienza a estar muy fatigado de la lectura de libros en los que se cuentan matemáticamente las copulaciones, las chabolas de un barrio, los rostros demacrados o los grupos que intentan renovar ideas políticas. Y digo fatigado porque, para que un libro con esos temas u otros cualquiera, presente verdadero interés, se tiene que beber ingentes cantidades de páginas que narran lo mismo y no dicen nada, absolutamente nada. Pedro Sánchez Paredes es un buen ejemplo de lo que se debe hacer y de lo que no se debe seguir sobando.

La gran apostasia está localizada en un futuro que suponemos, de llegar a existir, bastante lejano. Pero no por ello es una obra de ciencia ficción, aunque, en líneas generales, sea muy superior a la que nos ofrecen escritores enclavados dentro del mencionado género. Tampoco se trata de una novela perteneciente a la literatura fantástica. Es, opino, como la denuncia de una sociedad actual por medio de un futuro que puede ser consecuencia de la forma de pensar del presente. El mundo está encadenado a una religión que predica el odio. El Amor, siempre con mayúsculas y en todas sus manifestaciones, no existe. Mejor, está prohibido. Una secta compuesta por Siete Grandes Redentores, cada uno de ellos dueño y señor de un monasterio, es la que gobierna y la que persigue la destrucción de Dios y el llegar a la Nada absoluta. La obra está escrita con belleza narrativa. La obra contiene mucho aliento poético. Y, el

estilo, de cuando en cuando, cambia con frescura: «Algo extraño le sucedía. Algo extraño. Algo extraño. Había llegado a. Pero no sabía a dónde. Ni se daba cuenta de que su deseo era averiguar cómo. Porque no sabía cómo. Ni sabía. Ni sabía que no sabía. Su pensamiento había cruzado una frontera, pero él no podía sospecharlo.» Kundal, un joven monje de uno de los monasterios, recibe la proposición de convertirse en uno de los Siete Grandes Redentores: «Es algo más que un honor... Es la felicidad sobre la tierra transitoria antes de caer definitivamente en la nada... Manjares, vinos y mujeres todo el año. El poder absoluto sobre tus semejantes. Ser el verdadero dueño de uno de los grandes estados del mundo. Tener en tus manos el orbe entero con todas sus riquezas, y que todos los hombres y mujeres sean tus esclavos... Y realizar el gran Mandamiento del Odio a través del dolor de tus semejantes, evitando cuidadosamente los dolores que puedan aquejarte a ti.» El monje acepta. Pero en su interior existen graves dudas, confirmadas por aquel al que tiene que matar para ocupar su puesto. Y será durante el mes del desenfreno cuando conocerá a Jéscica, una muchacha cristiana. Y con ella huirá a la comunidad de cristianos que habitan en un apartado lugar del monasterio, buscando a Dios.

En cuanto a novela religiosa, es ésta la que más nos ha sorprendido últimamente. Porque plantea los problemas desde su base. Las disquisiciones de tono filosófico que existen entre los principales protagonistas, apasionan; al igual que las circunstancias en que se mueven. Es una buena novela, de las que hacen pensar detenidamente. Una novela toda puro interés.

JUAN JOSE PLANS

PLASTICIDAD Y MUSICA

RICARDO ULLOA BARRENECHEA: *La Virgen María en el Museo del Prado*. Editora Nacional. Madrid, 1967. 242 páginas. Ø17 x 24Ø. 300 ptas.

El propósito del autor se resume en estas líneas de la introducción: «He querido insistir en dos formas de apreciación: una estrictamente formal y, digamos, pictórica, y otra, de análisis filosófico o del sentido. Una intuitiva, subjetiva y si queremos, literaria; otra objetiva, estilística y formal.»

El empeño es generoso por difícil, sobre todo emprendido sobre el tema de la Virgen. Creo que tan sólo el de Cristo puede igualarle quizá, no superarle en dificultades. María puede ser vista y sentida por el artista muy diversamente, no sólo en virtud del complejo cultural reflejado en toda obra de arte, sino en el particularísimo humano del propio artista. Y también en el del crítico. La historia de la iconografía mariana refleja, por otra parte, la evolución de la mentalidad religiosa, a la cual no han sido ajenos ni pintores ni el autor del libro.

Viene dividido en tres partes: pintura flamenca y holandesa, escuela española y escuela italiana y cada una de ellas subdividida en primitivos, renacimiento y barroco. Particularmente interesante es el prolegómeno a la pintura española en sus apartados: contenido de la pintura religiosa, características y temas de la pintura española, contenidos constantes religiosos y otros contenidos.

Cada uno de los pintores es estudiado no sólo en los cuadros del museo, sino en otros de tema idéntico, y cada estudio completado con una «nota técnica», a veces con las tituladas «digresión» o «nota sociológica», etc., sin ligarse a ningún esquema totalmente rígido. Este proceder es gran acierto al permitir abarcar el cuadro

en todas sus posibles dimensiones espirituales. En conjunto, creo que un gran acierto es toda la obra, desde su concepto hasta cada una de sus páginas. Un solo pero: la escasez de los índices y el que todas las láminas sean en blanco y negro. Por lo demás, la edición, de alta calidad.

ARCADIO DE LARREA

VICENTE SALAS VIÚ: *Música y creación musical*. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1966. 318 páginas. Ø11 x 18Ø. 100 ptas.

Una colección de ensayos que, pese al tema general común de la música, mantienen una independencia de contenido y orientación. La labor crítica alterna con la histórica y con el análisis de situaciones concretas. Tal vez, para empezar, debería decirse que se trata de una colección que se lee con interés pese a que algunos de los temas han servido de fundamento a muchos otros libros. Con este comentario queda ya establecido que Salas Viú, que conoce perfectamente los temas que trata, ha sabido encontrar el ángulo de novedad con el tratamiento de cada uno de ellos.

Abre el conjunto el titulado Cristóbal Morales y el desconocimiento de los clásicos españoles para intentar y lograr demostrar un hecho que afortunadamente está mejorando en los últimos tiempos al despertarse gran interés por la música anterior a Bach. El proceso es lento, y este ensayo viene a puntualizar los extremos de la situación.

Pasa al estudio de la vida y la obra de Tomás Luis de Victoria y, en otro posterior, al de Victoria y el manierismo, siguiendo un orden cronológico

en la ordenación del índice. Ambos preparan el camino a las Raíces del estilo de Juan Sebastián Bach, y es en estos primeros donde se advierte más claramente la unidad de intención para ofrecer un análisis de una época menos conocida por la mayoría de los aficionados a la música.

Genio y figura en el teatro de Mozart demuestra su conocimiento de la ópera mozartiana y, sobre todo, su trabajo en la consideración del tratamiento de los personajes y su evolución dentro del conjunto. Sigue con Chopin y Schumann para en el primer caso ver al compositor dentro de las posibilidades de su época y escuela. En Schumann recorre los diferentes jalones de sus lieder y de su música pianística con el mismo sentido analítico de su evolución en el tratamiento del material sonoro.

Berlioz es para Salas Viú motivo de un examen de «irregularidades» que contrastan los grandes aciertos con los lugares comunes. La admiración por los compositores tratados a lo largo del libro no le ciega a la hora de analizar sus errores o sus ligerezas. Berlioz y el ensayo a él dedicado es quizá el mejor ejemplo. En la misma línea, con pequeñas variaciones, está La imaginación sinfónica de Franz Liszt.

Un capítulo de especial interés es el

dedicado a «Ramón Carnicer, música liberal». La simpática figura de Carnicer, poco conocida, se presta a referir las anécdotas de este español, liberal y rebelde, que llevó una vida agitada y que tan sólo se conoce—y poco—por el ser autor de la música del himno nacional de Chile.

«La formación de Claude Debussy» cierra el libro en su recorrido, que pese a los grandes saltos, toca puntos esenciales en la historia de la música, lo que presta al libro un sentido de unidad que justifica plenamente el título.

Vicente Salas Viú dedica el libro «a la memoria de Manuel de Falla, el maestro y el amigo» y todo su sentido de devoción por la música de «otros tiempos» se condensa en sus frases del prólogo: «Pesa sobre la música de nuestro tiempo, como sobre las demás artes, una profunda crisis. Crisis de raíz que se entrelaza con la de nuestra cultura, conmovida también en sus fundamentos». No estamos conformes con este criterio, no podemos compararlo, pero el mundo que ha vivido el autor justifica sus palabras y, fundamentalmente, para nada interviene en el excelente desarrollo de la temática, ya historia, en que se basa su Música y creación musical.

CARLOS-JOSE COSTAS

Y estudia el fenómeno propagandístico desde su perfil democrático al imperialista, pasando por diversos aspectos sumamente ligados al anuncio, entre los que descuellan la libertad de prensa, la función social, el desarrollo económico, el éxodo rural, la política fiscal y las inversiones extranjeras, todo ello con detenimiento y con la visión capacitada de un auténtico especialista.

Creemos que *La publicidad, un arma política* es un volumen que no solamente interesará a los expertos y profesionales de la propaganda, sino que, igualmente, merecerá la atención de una buena parte de lectores atraídos por cuantas manifestaciones psicológicas se producen, y son prototipos de nuestro tiempo.

MANUEL RIOS RUIZ

MANUEL RUIZ LAGOS: *Liberales en Avila*. Publicaciones de la Diputación Provincial de Avila. Serie Ensayos, 1967. 130 páginas. Ø15x19Ø. 100 ptas.

El joven catedrático jerezano Manuel Ruiz Lagos dio muestras muy tempranamente de su capacidad investigadora y crítica, con varios análisis históricos plenamente cumplidos; algunos de ellos datan de sus tiempos de estudiante y se publicaron en Jerez de la Frontera, en la colección «Estudios Históricos Jerezanos», que fundó y mantuvo Tomás García Figueras. Después fue en Granada, allí se licenció Ruiz Lagos en filosofía y letras, donde aparecieron nuevas obras suyas. Ahora es en Avila, en cuyo Instituto de Enseñanza Media desempeña la cátedra de lengua y literatura, donde se estampa su última producción, bajo los auspicios editoriales de la Diputación Provincial, que le ha nombrado director de la Institución «Gran Duque de Alba», entidad de investigación y estudios avilenses.

En «*Liberales de Avila*» recoge el historiador la crisis del antiguo régimen durante el periodo de 1790-1840, haciendo una aportación interesante al estudio de nuestra historia patria, pues como bien escribe Ramón Esquer Torres, en el prólogo del libro, una obra de síntesis siempre necesitará monografías y estudios parciales y concretos que permitan llegar paulatinamente a la integración.

Ruiz Lagos ha reunido y comenta una serie de hechos y datos que señalan la evolución de una época, en cuanto a pensamiento e ideología, que tuvo insospechada repercusión y cuyos aleteos no se han detenido todavía, sino que influyen en el presente.

Nombres como los de los Cuesta, Tapia y Larra, son auscultados a través de una exhaustiva documentación manejada con acierto hasta proyectárnoslos con nuevas perspectivas, rodeados de otras figuras menos conocidas pero que también tuvieron vital importancia en la configuración de un tiempo.

MRR

AL

IGNACIO H. DE LA MOTA: *La publicidad, un arma política*. H. de la Mota, Ediciones. Madrid, 1967. 186 págs., Ø14x19,5Ø. 125 ptas.

«En el fondo, este libro es la crónica entusiasta de la publicidad, y su noble denuncia de triunfo», escribe Emilio Romero en el prólogo de *La publicidad, un arma política*, tratado que ha llevado a cabo un joven periodista, Ignacio H. de la Mota, dedicado al estudio, planificación y realización de la publicidad impresa y radiofónica, autor de otras obras sobre el tema, entre las que destaca *La publicidad en la prensa*.

Ignacio H. de la Mota enfoca esta vez el tema publicitario desde el ángulo de fuerza política que lleva consigo, dedicando capítulos de su ensayo específicamente a las campañas electorales, lo cual no deja de tener en nuestro país significativa actualidad.

bosidad ni brizna de barroquismo. Es decir, que la amplificación resulta siempre de los datos y cifras útiles. Un Niágara de documentación valiosísima.

Si alguien sigue dudando de la complejidad y trascendencia del «turismo» sobre estas páginas tendrá la convicción rotunda y definitiva. Como se dice en la introducción, bien balconada sobre la temática, se trata del fenómeno social «más significativo de nuestro tiempo». Luis Fernández Fuster lo justificará abundantemente, antipoda como es de las afirmaciones eufóricas o gratuitas.

Otra de sus virtudes es el poder «panorámico». Y el instinto de las coordenadas. Así fija el fenómeno como «evasión» de las aglomeraciones y angustia urbanas, con sus factores del impulso: la multiplicación de las comunicaciones y la elevación de niveles económicos (vacaciones retribuidas, etcétera). El imponente cúmulo de datos que seguirá no tendrá sentido de dispersión, sino que aparecerá bien engavillado, apretado en la unidad trascendente.

En el primer capítulo se cumple con la ritual sistemática en la disquisición sobre si es «ciencia propia» el turismo y en la exégesis del término. Con fibra filosófica suficiente y más se analizan nociones e interpretaciones de los varios autores y escuelas (porque se ha llegado al «escuelismo») extranjeros. Pero más que una precisa definición «per genus proximum et ultimam differentiam» interesa la determinación de una sociología, psicología, economía, política, geografía, climatología, estadística, etc., «propias» del turismo.

Entre docenas de sutiles observaciones destacaríamos la que se refiere al impulso del subconsciente y ancestro del «nomadismo». Se barajan otros mil aspectos, como la estacionalidad, civilización y filosofía del ocio, seducción del Mediterráneo, condicionamiento de la paz, «quinta libertad», evolución histórica, democratización del turismo, relación con la cultura y con la religión, contenidos positivos y negativos, etc. El poder panorámico se evidencia en la cita de los pioneros del turismo, perfecto abanico en la demostración de la complejidad del turismo con el paradigma-hombre de los viajes, hoteles, monumentalidad, guías, urbanizaciones, locomoción y teoría. Una sintomatología cabal.

Otra de las coordenadas precisas es la que divide el turismo en núcleo emisor o visitante y receptor o visitado, que cambió la pasividad antigua por la tremenda dinámica. En el campo estadístico se expone su sistemática y procedimientos varios que investiga el turismo «golondrina» y el de pasaporte, estancias y estacionalidad, índices interiores y exteriores, motivaciones, reclamaciones, corrientes y hasta previsiones, todo ello con aportación de cuadros sinópticos, con desmenuzamiento implacable.

Idéntica multiplicidad y hondura en el capítulo de la economía. La gran cuestión de si es o no fenómeno «coyuntural». Y la respuesta categórica: en la misma medida de tantos otros... Se revela su intrinsecación con las rentas, balanza de pagos, efecto multiplicador, tirón de inversiones, movilidad bancaria de travellers cheques y otras fórmulas, el seguro proteico y muy ventajoso, etc. Con observaciones agudas sobre la influencia del precio del carburante, etc.

Por el lado económico llegó y se justificó la intervención política. Se hace historia de la misma. Luego descripción de los organismos oficiales, nacionales e internacionales. También de los paraestatales. Desfile de todos los países y de los altos organismos. Documentación valiosa. En el capítulo V la intervención legislativa del Estado o Estados. Normas prácticas y jurídicas sobre aduanas, matriculas, documentación varia y hasta nosología turística.

Sobre las corrientes turísticas y su

HISTORIA Y TECNICA

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS. Tomo II. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1967. 596 págs. Ø17,5x24,5Ø. 300 ptas.

En este segundo tomo de la miscelánea que, con el título de Anales, viene publicando el Instituto de Estudios Madrileños, encuentra el lector, agrupados en cinco secciones, los trabajos cuya relación sucinta, en algunos casos mera titulación pueden dar idea del interés ofrecido.

Tras reseñar el Patronato y Junta Directiva, los miembros honorarios y numerarios y transcribir el reglamento regidor de la institución, viene la crónica de las actividades desarrolladas durante el año 1966 y unos apuntes para una futura bibliografía del Instituto, debidos éstos a Mercedes Agulló, aquella a Francisco Arquero Soria.

La sección de Estudios es, con mucho, la más copiosa. La Dehesa de Amaniel; la Archicofradía Sacramental de San Isidro y sus corridas de toros; los orígenes de San Sebastián de los Reyes y Torrejón de la Calzada; los castillos de Manzanares el Real y Buitrago; la Cofradía Sacramental en tierra de Buitrago; algunos aspectos del Madrid de Felipe II; dos manuscritos de British Museum referentes a la historia de Madrid; Noticias de impresores y libreros madrileños; el Colegio de Doña María de Aragón y un retablo del Greco en Madrid; el sotillo de Madrid; las Ferias de Madrid en la literatura; notas geográfico-históricas de pueblos de la provincia; un madrileño prefolclorista; el padre Feijoo y Madrid; Boccherini y Brunetti; dos vistas de Madrid de 1837; de Ricardo de la Vega a Tamayo y Baus; el rey José y las plazas de Santa Ana y San Miguel; el teatro de Carlos Arniches; la Gran Via, datos sobre su historia y construcciones; labor bibliotecaria de la Diputación Provincial; producción y eliminación de residuos urbanos en Madrid y el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos son tratados con extensión distinta, ya originada por los documentos o el tema, bien forzada por la excesiva que su completa exposición merecería, y así algunos son continuación de anteriores. Dar la nómina de autores, muchos de ellos harto conocidos en trabajos de

desglose en ferrocarril, automovilismo, aviación, red marítima y fluvial, idéntico pulverizado de noticias y datos. Información densa sobre las grandes líneas y compañías, las tarifas de niños o el auto-stop, los cruceros y el Hovercraft, etc. Nada escapa a su despierta atención. Ni la nueva serie acreditadísima de mapas «turísticos» de Firestone ni otros mil detalles. Amén de las claves de siglas.

En el capítulo XII giro hacia el núcleo «receptor». Perfectamente vertebrada la problemática hotelera desde el crédito y legislación vigente, a los paradores, asociaciones, camping, residencias religiosas, etc., siempre en ámbito nacional e internacional. Otro tanto las agencias de viajes, informadores y guías con la utilísima hermenéutica de las siglas.

Hasta aquí el tomo I. En el tomo II se añaden ilustraciones y graficismo oportunos en adecuación al tema: arte, monumentos, castillos, museos, santuarios, folclore... Jamás se incurre en la catalogación fría o el árido ficherismo. Lo hilvana todo un sutil interés inquisitorio, se siente la palpación de un empeño vital de nuestro tiempo. La gastronomía, los toros, los festivales, la climatología, las playas, los paisajes, el deporte, el comercio, los congresos y otros mil capítulos de valoración turística encuentran aquí su relación trascendente y práctica, su perfil, su peso, su definición precisa. Problemas tratados son los de planificación y urbanizaciones, la polifacética propaganda y la información, el turismo social y universitario, su investigación científica y su enseñanza, su historia y su bibliografía. No faltan las efemérides turísticas y el índice final de siglas.

Con buen tino, Luis Fernández Fuster concluye en clave historicista y sugestiva—coronación de tantos aciertos soberanos—con la pequeña historia del turismo. Lo que realiza con empaque de investigador. Advertir el uso incorrecto del latinismo «versus» para expresar contraposición y competencia es pararse en el lunarejo olvidando la belleza esplendente del conjunto. Entre sus esplendores se encuentra el instinto poético, la certidumbre y la sutileza con que el autor ha seleccionado las citas que abren y esmaltan los capítulos.

No hay un solo problema relacionado con el turismo que no tenga cabida en esta obra enciclopédica y subyugante, portentosa y monumental. Dicho así sin compromiso, sin empacho y sin hipérbole. Es justo que de la eminencia turística de España nazca una otra eminente: «Teoría y técnica del turismo».

SABINO ARNAIZ

JUAN DE ARESPOCHAGA Y FELIPE: *Turismo y desarrollo*. [Documentos Económicos-2]. Servicio Informativo Español. 64 págs. Ø 14 x 21Ø. 40 ptas.

Hace tiempo se arrumbó el concepto simplista o providencialista del TURISMO. No es maná del cielo, no lo explica todo el sol, no basta la baratura. Hay una prieta urdimbre de factores, esfuerzos, cálculos inteligentes, trascendencias. Lo de la flauta de la fábula no sirve para música tan acordada. En una palabra, el fenómeno del Turismo español, tan asombroso, tiene sus hechos y sus HOM-BRES.

Entre estos hombres ocupa puesto de primera línea Juan de Arespachaga y Felipe, autor de esta obra «TURISMO Y DESARROLLO». Una voz en plenitud de autoridad por sus doctorados en Ciencias Económicas e Ingeniería de Caminos, su denonado quehacer, sus investiduras, cargos y encargos en el Ministerio de la especialidad.

Adelantemos que se trata de una obra densa y clarividente, sintética y enjundiosa. El tema del Turismo está insertado e injertado, vitalmente, en la gran órbita del Desarrollo. La economía es cosa seria y más el Desarrollo

lo que la implica y trasciende, aunque sólo sea por su proyección hacia el futuro. Esa relación alta y profunda se nos va a explicar con lucidez estu-penda y con poder didáctico...

Ya en la introducción y planteamiento se nos orienta definitivamente bajo esa luz envolvente y convincente. El Turismo como «factor desencadenante» de la expansión. En una doble dimensión interjerida: regional y nacional. Los países subdesarrollados lo buscan como elemento decisivo en la estrategia del desarrollo económico. Los organismos internacionales lo han reconocido largamente. A la condición «exportadora» se añade la autonomía y espontaneidad del fenómeno económico en su ámbito extenso de la construcción, explotación, manutención, transportes, comercio, pormenorista...

Se explica luego la mecánica del proceso. No puede decirse «coyuntural» más que cualquier otro sector económico. Bastará el ejemplo de España: su ritmo de crecimiento (segundo mundial) paralelo—y determinado—con y por el del Turismo. Ha alterado el normal proceso del sector primario o agrícola, secundario o industrial, terciario o de servicios. Estos se han precipitado y han impulsado a los otros.

La estadística requiere su interpretación y exégesis. Es así como los porcentajes impresionantes del Turismo en la construcción, transporte, compras, orden financiero y su apéndice de la promoción social y turismo interior, integran la tesis, corroboran el aserto y alcanzan la mayor fuerza suasoria en nuestro autor Arespachaga. Nada menos que el 10% de la entera construcción, el 7% de la total inversión nacional, el 10% del tráfico nacional (en zonas litoráneas el 25% y en días de punta el 50), el 6% del total de renta generadora en comer-

cio, el 8% del empleo laboral en activo. De verdad que el Turismo «no es broma...» Ningún otro sector laboral alcanza tal porcentaje.

Esta incidencia cobra mayor relieve en el ámbito regional al registrarse el fuerte impulso turístico en el 80% de las provincias subdesarrolladas frente al 20% de las otras. Se provoca una distribución de bienes vasta y compleja. Una serie de gráficos anejos revelan los índices diversos por cauces de parangones esclarecedores. Crecimientos demográficos, de electrodomésticos y comercio, la banca, etc., superiores a los de toda promoción industrial. El autor conduce a través de los datos y gráficos con exégesis segura.

En cuanto a la Balanza de Pagos el Turismo «con una oportunidad que ronda en lo providencial» viene a romper el dogal y «casi fatal estatismo». Su acción es determinante en el volumen de negocios con el extranjero, en la renta nacional, en las exportaciones (las del reino vegetal en 1965, tradicionalmente sostenedoras del mayor peso, no alcanzan el 25% de los ingresos del Turismo), en la financiación de bienes de equipos y otras partidas negativas. El Turismo se evidencia—siempre sobre los precisos datos y sabia disquisición—el motor del entero desarrollo.

Se cierra esta obra con una «anaquelalaysis» que es aldabonada potente para todos los economistas y para todos los españoles conscientes. Un libro luminoso, con calidades de «oráculo» en la materia, superación de otros que precedieron. Con la advertencia docta y clara del presente se apunta al horizonte ancho y esperanzador del futuro.

SA

VIDA Y OBRA DE MARCEL PROUST

GEORGE D. PAINTER: *Marcel Proust*. Editorial Lumen, Barcelona, 1967. Dos volúmenes de unas 600 páginas cada uno, Ø13x18Ø, 425 pesetas cada volumen. De la colección «Palabra en el tiempo».

La grandiosa obra de Marcel Proust constituye un extraordinario monumento, dedicado a la sociedad fine-secular y levantado en el primer tercio del presente siglo. Por su trascendencia en las letras de esta centuria, ha sido motivo de numerosos estudios, desde los efectuados por André Maurois y François Mauriac hasta los de los profesores Vigneron y Feuillerat, que a menudo llegaron a conclusiones divergentes e incluso diametralmente opuestas. Coronación de todos los estudios realizados sobre el exquisito novelista francés viene a ser la biografía, casi exhaustiva, que de él ha escrito el bibliotecario inglés George D. Painter.

La profunda admiración que en Painter despertó la lectura de *A la Recherche du Temps Perdu*, en sus días de estudiante universitario en Cambridge, le indujo a dedicar largos años a la afanosa búsqueda e implacable análisis de datos; a la agotadora labor de reconstrucción del pasado, paralela al estudio de su huella en la obra de Proust. Fruto de esa prolongada tarea ha sido la biografía, considerada mundialmente como la más completa y reveladora que existe del autor de *El mundo de Guermantes*.

George D. Painter nació en Birmingham el año 1914. Cursó estudios secundarios en la Aston Grammar School, de la cual su padre era, y continúa siendo, profesor. Prosiguió sus estudios en la King Edward's School, y, luego, ingresó en el Trinity College de Cambridge, donde obtuvo, en 1937, la licenciatura en Letras, especializándose en el estudio de los clásicos. Durante los dos años siguientes

llevó a cabo trabajos de investigación en su Universidad, y, hasta 1938, ocupó el puesto de bibliotecario adjunto en el Departamento de Libros Impresos del Museo Británico. Actualmente está al frente de la Sección de Libros Impresos del Siglo xv, tema en el que se ha especializado, así como en el vasto campo de la literatura inglesa y francesa de los siglos xix y xx. Ha publicado un libro de poemas bajo el título *The Road to Sinodum* y una biografía de André Gide, de quien ha adaptado al inglés tres obras teatrales. Asimismo, ha traducido *Prometeo, mal encadenado*, de Gide, y *Marcel Proust. Cartas a su madre*. Valga añadir a esta escueta referencia biobibliográfica de Painter el interesante dato de que el biógrafo de Gide y de Proust está casado, desde el año 1942, y es padre de dos hijas.

Tan íntima y sutilmente están entrelazadas, e influidas reciprocamente, la vida y la obra de Marcel Proust, que Painter, al relatarla y analizarla, va describiendo las relaciones del novelista con sus familiares, con los círculos aristocráticos, artísticos y literarios de su época, con los seres—de uno y otro sexo—a quienes amó, al mismo tiempo que sigue, paso a paso, el nacimiento y desarrollo de *A la Recherche du Temps Perdu*.

Los acontecimientos históricos que conmovieron a Francia, desde el «affaire» Dreyfus hasta la primera guerra mundial; la deslumbrante vida de las inefables duquesas de la gran Europa; las relaciones del escritor con la comunidad judía; sus amores con las «muchachas en flor»; su hundimiento en el mundo de los sodomitas; la tenebrosa y dulce pasión por su madre; las torturas de su enfermita hipersensibilidad; todo cuanto formó la vida del delicado narrador francés y quedó registrado en su obra, se refleja en la biografía escrita por Painter. Ofrece éste en ella soluciones—a

veces de crudeza y crueldad increíbles—de multitud de enigmas no resueltos hasta que él los examinó con una minuciosidad asombrosa.

Painter demuestra, basándose en abundantes pruebas, que es posible descubrir y conocer detalladamente, en la vida real de Marcel Proust, los acontecimientos, los lugares, todos los personajes principales y la mayoría de los secundarios de su novela. Al poner de relieve los aspectos de los personajes reales que el autor aceptó y los que rechazó; al saber cómo combinó diversos tipos reales en cada uno de los personajes ficticios, y el modo en que alteró la realidad material a fin de adaptarla más ajustadamente a la realidad simbólica, podemos contemplar el funcionamiento de la imaginación del escritor en el momento de crear la obra literaria.

Los proustianos que consideran *A la Recherche du Temps Perdu* como un «sistema cerrado», tan sólo pretenden conocer el significado que la obra de Proust tiene para ellos. Pero también es importante averiguar el significado que la novela tenía para su autor; comprender el especial mensaje que, por formar parte de su vida, los diversos personajes y episodios transmitían a Proust, y que, en esencia, no sufrió variación al transformarse en materia novelística. Dicho de otro modo, poco sabrá de *A la Recherche* quien sólo conozca *A la Recherche*. Y colmar ese vacío es lo que ha pretendido y conseguido, precisamente, George D. Painter con su completísima y reveladora biografía del autor de *Sodoma y Gomorra*.

BOROBO

EL ARTE DE CONTAR

AURORA MURCIANO Y LASSO DE LA VEGA: *El cáliz de cristal y otras narraciones*. Escelicer, Sociedad Anónima. 210 págs. Ø13,5x19,5Ø. 75 ptas.

Hace pocos años Luis Jiménez Martos, nuestro crítico de poesía, publicó un sustancioso libro titulado *Leyendas andaluzas, basado en un género poco usado en estos tiempos. Ahora nos llega otro volumen con cierta semejanza, salvando las naturales diferencias de estilos y enfoques de los temas. Se trata de El cáliz de cristal y otras narraciones, fruto de la pluma y dedicación de Aurora Murciano y Lasso de la Vega.*

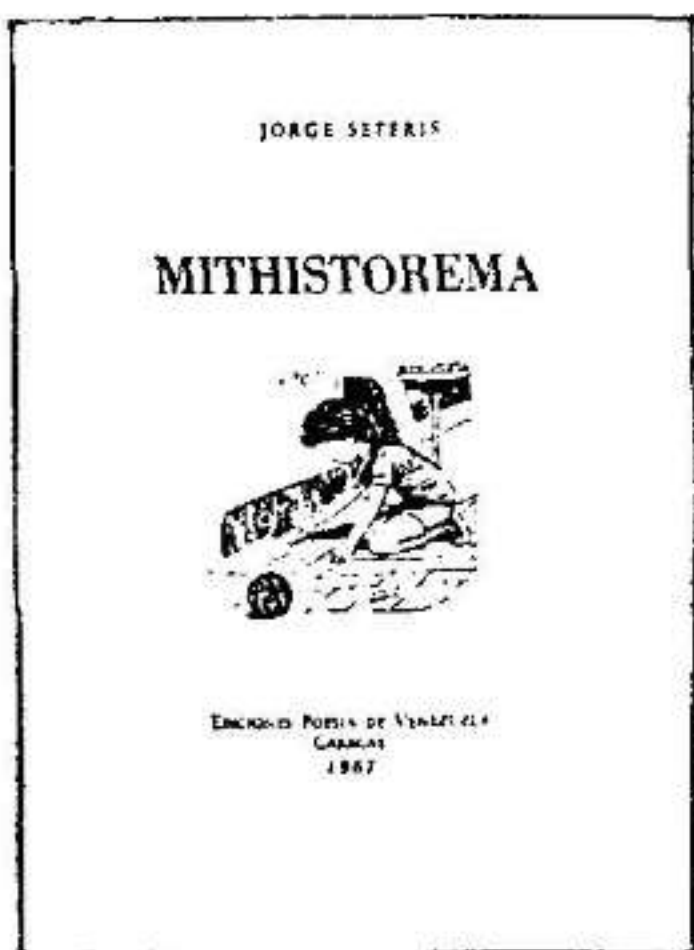
La leyenda es el natural manantial de toda la narrativa a través de los siglos. El arte de contar lo que en realidad pasó o lo que la imaginación configurara ha sido, ya lo explicaba Carmen Kurtz en el número 376 de *LA ESTAFETA LITERARIA*, el principio de toda la literatura. Pemán, que prologa las páginas de Aurora Murciano, escribe: «yo veo la leyenda, tal como la cultiva la autora de *El cáliz de cristal* y las siguientes narraciones, una solución armoniosa entre una densidad de tradición y una depuración de modernidad, porque asegura, y es verdad, que «la leyenda no se evapora, como el cuento, hacia el poema lírico», sino que, aun reduciendo las proporciones novelísticas, continúa tras la esencialidad lírica.

La leyenda que abre y da título al conjunto se remonta a los siglos XII y XIII, como *Tres alminares* y *Joyas de dicha* y *desdicha*. El collar y el astrólogo, El libro de las horas y El manto bordado, son del XIV; del XVI *La rosa de los vientos*, *La espada sevillana* y *La tinaja encantada*, del XVII, y, finalmente, *Figuritas de barro*, del XVIII. Un total de historias que la tradición oral fue transmitiendo generacionalmente y que han quedado ya fijadas con la exactitud de la letra impresa en este volumen escrito con paz, deleite y devoción.

MRR

LOS VERSOS, HOY COMIENZAN POR SEFERIS

LUIS JIMENEZ MARTOS



JORGE SEFERIS: *Mithistorema*. Ediciones Poesía de Venezuela. Caracas, 1967. Ø12,5x17,5Ø. 24 págs. 2 bolívares.

Cuando, en 1963, Jorge Seferis ganó el Premio Nobel de Literatura, apenas si se sabía entre nosotros algo de su obra. Pronto aparecieron algunas traducciones, coincidentes en su aparición con la visita a España del poeta. Seferis pertenece a la estirpe de esa poesía que arranca del fenómeno Erza Pound y tiene en Eliot su representante más al gusto europeo. En ella, el horizonte de la historia remota se aproxima hasta ser presente, sirve para darle una intención nueva, en la que hay algo del «eterno retorno».

La historia actual a que se refiere este libro es la lucha entre turcos y griegos, contemplada desde el mito homérico de Odiseo, con lo que la trasposición temporal se hace fascinante y oportuna. El andamiaje ha de ser, por partida doble, épico, pero en Seferis prevalece el lírico exquisito capacitado para fundir la tradición antigua y la exigencia de la poesía

contemporánea. Su procedimiento es concentrar, precisa y cuidadosamente, resumir a veces en una sola frase, darle calidad mediterránea a lo dicho. Hay, en este juego donde la inteligencia se hace suave emoción, algunas resonancias realmente clásicas. Parece oírse a Tíbulo cuando leemos: *Me apeno por haber dejado pasar un largo río / sin beber siquiera una gota*, y en todo el poema, dividido en pequeñas partes, está visible el sufrimiento por las peripecias históricas habidas y una convicción que convierte a Seferis en deseante profundo de la paz. *Nosotros que nada teníamos, les enseñaremos la paz*, afirma concluyendo.

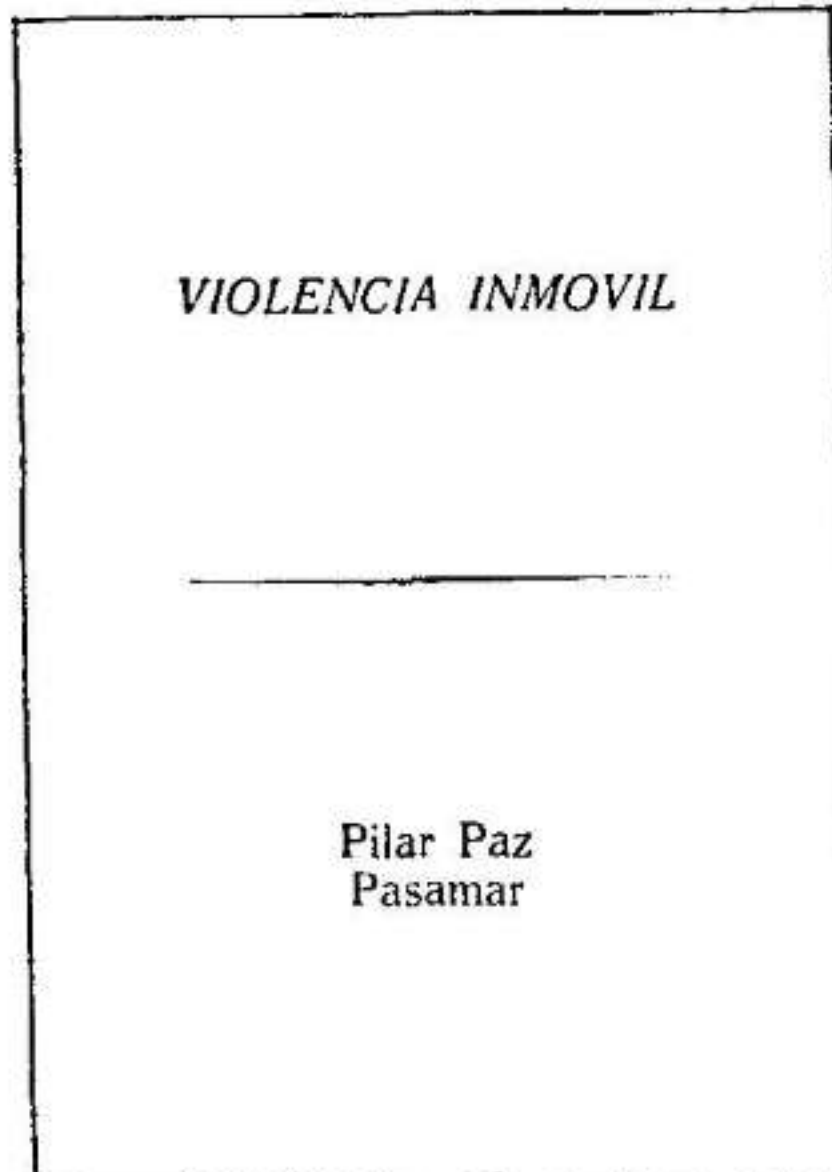
Es indudable que hubiesen hecho falta algunas notas para situar mejor *Mithistorema*, y opino así contra el criterio del traductor, Fernando Arbeláez, que, por otra parte, ha cumplido su tarea perfectamente y a quien hay que agradecer esta versión de Seferis, así como a Pascual Venegas Filardo haberla incluido en su interesante colección poética.

PILAR PAZ PASAMAR: *Violencia inmóvil*. Agora. Madrid, 1967. Ø15x22Ø. 74 págs. 65 ptas.

Pilar Paz Pasamar hizo pronto su primer aprendizaje poético—el último no se acaba nunca—y destacó enseñada en la poesía joven, con puesto seguro. Quizá por ello han tenido que pasar unos años antes de decidirse a presentar la continuación de su tarea, sabiendo de antemano que, por lo antes conseguido, habría de exigírsele otro nivel.

Esta poetisa gaditana vive habitualmente al nivel del mar; no es extraño

que al mar aluda el título y el sentido de su libro. Ya a primer toque, se adivina producto trabajado, sujeto a previo esquema más o menos, con sus tres partes, mayor nutrida de poemas la primera y tercera.



Se inicia con una referencia al misterio y al esfuerzo del hombre para transitarlo. Emplea una combinación de versos endecasílabos y octosílabos, rimada en asonante, igual que la pieza siguiente de medida endecasílabo. Al principio de ésta, dice: *Sólo me queda el corazón. Palabras / ya no me bastan. Sobra el pensamiento*. Y, sin embargo de esta declaración, es visible que Pilar Paz quiere darle a su poesía algo más que la interioridad de costumbre, algo más que ese corazón al que mienta. *Hoy he sabido ver la historia de otro modo / porque al fin he sabido que no existen historias / sino un instante único en el que somos todos / creados, aunque no lo entendáis, al mismo tiempo*.

En el poema que ocupa la página siguiente, se nota el influjo de Salinas, aunque sin su complejidad de expresión; poco más allá leo: *No te envíes tus ángeles / al dolor. Que me duela, / que me llueva la lluvia / del dolor, que me empape*. No le sobra el pensamiento a Pilar Paz, naturalmente, no le sobra a nadie, y este grupo de poemas atestigua, con diversos recursos y formas, un sentir que luego de pasar por lo racional—entiéndase lo racional de un poeta—torna a su principio: *porque esto que me vuelve es el misterio, / porque afirmo mi fe de nuevo ahora / con más amor que nunca hacia la vida, / con menos miedo que antes a la muerte*... Esto es, la interiorización aparece reforzada por una búsqueda, enriquecida por otro propósito al que Pilar Paz aporta, según acostumbra, el buen hacer.

Es en la segunda parte donde reaparece, digamos, el tono más personal de la autora, aquí expresándose desde la mujer. *Mercado, praderío matinal* me recuerda, por su deliciosa plástica, *La alacena*, de ella misma, y en los dos se observa un cierto toque a lo Neruda de *Odas elementales*. Encuentro en *La señora* una gracia que no puede ser más que gaditana, y creo que *Reprocho a las cosas que le entretienen* es una pieza de primerísima fila, en la que lo encantador conmueve. Insiste con fortuna en el tema del esposo, —*me inundaste de sueño junto al tuyo / y me dormí junto a tus costillares*—, y en el último poema de esta parte, otra vez el apoyo en Salinas da su buen resultado. Qué bien entiende Pilar Paz lo que es el poema de amor, ahora lleno de equilibrio apasionado.

Redondea *Violencia inmóvil* una serie de composiciones de motivación religiosa. Hallazgo de invención se observa en *Si te pido un milagro y Gracias por conservármelo en mayúscula*; arranque lírico auténtico en los sonetos, que se cierran con el que lleva igual título que el volumen: *que eras como ese mar pacífico de al lado / y me acerqué esquivándome de su salpicadura*.

De esta disección, ya ven que por memorizada en lo posible, se concluye lo siguiente: Pilar Paz confirma que, aparte su excelente oficio de poeta, es capaz de esforzarse para añadir nuevas dimensiones a su obra, lo que consigue, exigiéndose, además de una cierta hondura, la calidad formal de siempre, nunca por sí misma. Sin negar el interés y algunos aciertos de tal valiente, es en piezas más puramente de sensibilidad y gracia donde encuentro lo mejor, así como en algunos sonetos, en los que también aparece renovada una poesía que, con esta entrega, pasa, a mi juicio, su examen de doctorado, con buena nota, y no sólo referida al quehacer femenino.

ANDRÉS QUINTANILLA BUEY: *Rogelio*. Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1967. Ø15,5x22Ø. 54 págs. Spm.

En un anterior libro suyo, María Soltera, comentado aquí, ensayó Andrés Quintanilla la biografía poética que ahora repite. Convendrá decir quién es Rogelio: un hombre de la tierra palentina, Labrador de oficio, casado, de fe en Dios, dueño de un perro y buena persona, que se murió de repente. Como ven, sus características entran en las del uo mo cualquier concretado a Tierra de Campos. Algo así había ya expresado José María Fernández Nieto, poeta residente en aquellos pagos, como algunos miembros del grupo «Rocamador».

Quintanilla entendió que de un ser muy sencillo había que hablar muy sencillamente. Eligió la forma del soneto, y son cuarenta y tres de éstos los que ha empleado. La sencillez suele originar grandes problemas, y no digamos si a ellos se añade el de sumar bien endecasílabos. El Premio Boscán 1965 usa, supongo que deliberadamente, un tono gris y narrativo

Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Un Nobel de Literatura—repiquemos gordo—, una poetisa gaditana que confirma y acrece su calidad, un Premio Boscán al que, honestamente, juzgamos, se reparten esta página, la penúltima del año, lo que tiene más gracia que ser la última.

Se abre de nuevo la herida de mi pecho cuando las estrellas declinan y se unen a mi cuerpo, cuando el silencio cae sobre los pasos de los hombres. [bres.]

¿Hasta dónde me llevarán estas piedras que se hunden en las edades? El mar, el mar, ¿quién podrá agotarlo? Veo en cada mañana las manos que hacen un signo al halcón ligada a esta roca que se ha hecho mía a fuerza de sufrimiento, veo los árboles respirar la sombría calma de los muertos y la sonrisa inamovible de las estatuas.

(De *Mithistorema*.)
JORGE SEFERIS

VIOLENCIA INMOVIL

Tú sabes la verdad del mundo, Loco mío, y cómo has de entregarla lejano y maniatado, en Cruz, como las aspas de un molino empinado en solitaria cama y aparente desvío.

De lejos parecías un aquietado río incapaz de abarcarnos con tus brazos atados, pero de cerca fuiste un viento desatado, blandiendo las espigas e incendiando el estío.

De lejos parecías quieto, sin movimiento, que eras como ese mar pacífico de al lado y me acerqué esquivándome de su salpicadura... Y entonces me abarcaste, me cegaste violento... ¡Gracias, Señor, te doy por haberme golpeado! ¡Gracias por derribarme de la cabalgadura!

(De *Violencia inmóvil*.)
PILAR PAZ PASAMAR

¡AZUL!

Kilómetros de azul. Leguas de espacio azul, azul, azul, con avaricia... Azul sin más ni más, que se desquicia, azul que aplana, que convierte en lacio

el trabajar del hombre en el reacio suelo en contraste que huye la caricia. Azul que desorienta, azul que envicia a ver deprisa y caminar despacio.

Rogelio, que era muy dado al ensueño, en tanto azul sentíase pequeño tan pegado a la tierra a uñas y dientes.

Y en más de una ocasión, quieto el arado, el cielo recorrió, de lado a lado, envuelto entre fantásticas corrientes.

(De *Rogelio*.)
ANDRÉS QUINTANILLA BUEY

(lo último es lógico), tan gris que no consigue, a mi juicio, dar con la poesía, lo cual supongo que entraba en sus cálculos. Cuando quiere salirse de lo corriente y moliente, recurre, por ejemplo, a según se mira a Dios a la derecha o a Era Rogelio, mozo de muy nobles empeños / un palurdo importante, que embebido en sus sueños / donde veía cardos, imaginaba rosas... Como nada de esto se puede tomar en sentido irónico, no queda sino expresar el desconcierto que, a mi al menos, me ha producido leer esta obra, premio importante, en la que se habla de un tipo, que no deja de ser falso, con un lenguaje voluntariamente prosaico y simple en el peor sentido. Yo creo que el lenguaje de la poesía, incluso con sus prosaísmos, debe ser otra cosa. Y siento no haberla hallado en Rogelio, de lo que dejo constancia.

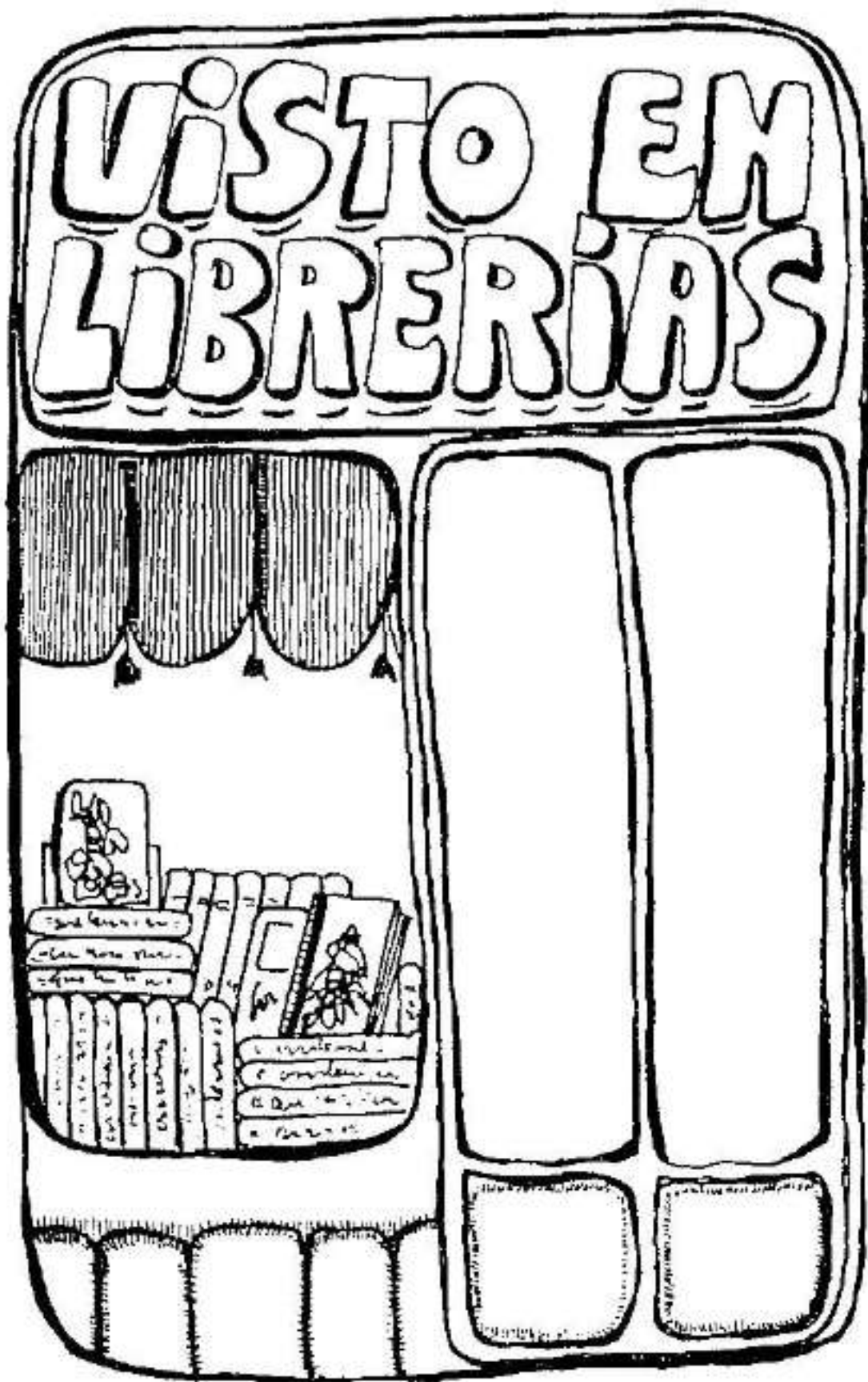
Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

MERIDIANO PRESENTE, de Mauricio Fernández (*Cuadernos del Hombre Libre*, 5), poema en el que hay una preocupación por el mundo real y una tendencia al lenguaje suprarreal, ceñido y vigoroso. El autor dirige la colección en que este cuaderno se publica.

PRIMAVERA DE COBRE, de Julián Lanchas Jiménez, cuyo subtítulo —«Poemas de la ciudad, el hombre y el amor»— indica una amplia temática. Este poeta toledano tiene a flote y en abundancia una serie de sentimientos, pero no se ha planteado con algún rigor que eso no es nunca suficiente y, por ello, sus versos se agolpan, bullen y quedan reducidos a sentimentalismo. El problema es de depuración.

PAZ Y DESPUES GLORIA, de Mario Angel Marrodán (Bilbao, 1967). Un poemario pacifista —así lo titula el responsable de ello— extraído de entre distintas obras del autor, tan frecuente en sus publicaciones, pero no más que otros que carecen de fama de pródigos. Marrodán intenta, y a veces consigue, dar una cierta grandeza a sus imprecaciones, apoyadas en alguna ocasión en el Apocalipsis. Ay, si los que gobiernan el mundo oyeran a los poetas...

El número 2 de **REDONDEL**. Es una revista poética que nos llega desde el seminario claretiano de Loja (Granada). Está impresa en multicopista y contiene colaboraciones de Francisco Gil-Bermejo González; Martínez Salmerón; Pedro J. Barroso; J. López Hernández; Jacinto Rivera de R.; Manuel Díaz Corral; Laurentino Heras Montoya y Eduardo Santiso Aira. Como piden opinión, se la doy: El tono es digno, inquieto. Sería conveniente que insertasen colaboraciones de poetas no seminaristas. A ser posible, deberían cuidar todo lo posible la impresión de la multicopista. Animo, muchachos.



NARRATIVA

Heinz G. Kosalik
BAJO EL CIELO DE KAZAKSTAN

PLAZA & JANÉS
BARCELONA, 1967

430 PÁGS. Ø10 x 18Ø. 50 PTAS.

Con esta novela, el autor nos recuerda a los alemanes de Volhinia, que vivían agrupados en pequeñas comunidades perdidas en la estepa rusa, siendo posteriormente llamados por Catalina la Grande, afincándose así en territorio eslavo.

Alba de Céspedes
EL REMORDIMIENTO

PLAZA & JANÉS
BARCELONA, 1967

512 PÁGS. Ø10 x 18Ø. 50 PTAS.

Francesca es una mujer casada que se confía, por medio de una relación epistolar, a una compañera de juventud. En el argumento se contraponen dos concepciones diferentes del mundo: una, religiosa; otra, laicamente recelosa.

Joyce Cary
EL CURANDERO

PLAZA & JANÉS
BARCELONA, 1967

495 PÁGS. Ø10 x 18Ø. 50 PTAS.

Un pecador arrepentido se dedica a la curación de enfermedades por la fe. Logra algunos resultados positivos y fracasa dramáticamente en otros. Es acusado por sus actividades.

Paul Hoffmann
EL FUEGO ETERNO

PLAZA & JANÉS
BARCELONA, 1967

438 PÁGS. Ø10 x 18Ø. 50 PTAS.

Moisés y su tiempo dan pie a un argumento bíblico e histórico en el que, naturalmente, está muy presente la ficción.

Dolores Medio
BIBIANA

DESTINO
BARCELONA, 1967

289 PÁGS. Ø12 x 18Ø. 150 PTAS.

La novela es la primera parte de la trilogía «Los que vamos a pie». Trata el argumento acerca de las peripecias de una honesta madre de familia en el Madrid de hace unos años. Un humorismo suave y una delicada ternura matiza las escenas ásperas de la novela.

Azorín
LA AMADA ESPAÑA

DESTINO
BARCELONA, 1967

289 PÁGS. Ø12 x 18Ø. 125 PTAS.

José Martínez Ruiz ha sido, amén de un gran escritor, un gran perio-

disto. J. García Mercadal ha realizado una selección de artículos que rebasan el interés emotivo de la descripción y descubrimiento del paisaje español al presentarnos una verdad íntima de esta España a la que Azorín dedicó sus mejores escritos.

J. L. Castillo-Puche
HICIERON PARTES

DESTINO
BARCELONA, 1967

297 PÁGS. Ø12 x 18Ø. 150 PTAS.

Con esta novela el autor obtuvo en 1957 el premio Laurel del Libro y en 1958 el premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes. El argumento une a seis familias humildes que se desunen y odian a causa de una importante herencia. El principal personaje es, digamos, el dinero.

Christopher Isherwood
ADIOS A BERLIN

SEIX BARRAL
BARCELONA, 1967

231 PÁGS. Ø13 x 20Ø. 200 PTAS.

El Berlín de los años treinta es el escenario de la acción, en la que interviene personalmente el autor.

Miguel Signes
PANTANO

CAJA DE AHORROS DEL
SUDESTE DE ESPAÑA
ALICANTE, 1967

271 PÁGS. Ø14 x 21Ø. S/p.

Con esta novela el autor quedó finalista de los premios Planeta y Ciudad de Sevilla. Igualmente, mención honorífica en el concurso para el primer premio Gabriel Miró, en 1956.

ENSAYO

Roland Barthes
ENSAYOS CRITICOS

SEIX BARRAL
BARCELONA, 1967

330 PÁGS. Ø11,5 x 18Ø. 150 PTAS.

El volumen agrupa treinta y tres artículos y estudios publicados por el autor a lo largo de diez años. Trata de clásicos y de contemporáneos. Analiza las diversas formas del «nouveau roman».

Mary Mc Carthy
AL CONTRARIO

SEIX BARRAL
BARCELONA, 1967

313 PÁGS. Ø13 x 20Ø. 200 PTAS.

Política y sociedad, mujer y literatura y arte son los tres temas que engloban un total de veintiún ensayos.

Hayes Baldwin Cole
HISTORIA DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

RIALP • MADRID, 1967

619 PÁGS. Ø15,5 x 22,5Ø. 500 PTAS.

El análisis histórico da comienzo con la cuna mediterránea de la civilización occidental y tiene su continuación en la reducción del Imperio Romano y la expansión de la Iglesia cristiana, la Edad Media y los comienzos de la época moderna. El autor llega hasta el año 1950. Es el primer volumen de la serie.

Galo Hann
LIBERTAD E HISTORIA

EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

65 PÁGS. Ø12,5 x 19Ø. 40 PTAS.

La presencia de la libertad en la Historia y la Historiografía como género literario son las dos conferencias de Hann comprendidas en este folleto.

Paul Werrie
SITUACION Y DIFUSION DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL EXTERIOR
EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

27 PÁGS. Ø11,5 x 20Ø. 20 PTAS.

Texto de la conferencia pronunciada por Werrie en el Ateneo de Madrid, el 17 de enero del presente año.

Angel González de Mendoza
LA PAZ Y LA DEFENSA NACIONAL

EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

533 PÁGS. Ø17 x 24Ø. 300 PTAS.

El concepto actual de la defensa nacional, la situación mundial y la guerra y previsiones sobre el futuro son las partes que comprende la obra.

Julián Juderías
LA LEYENDA NEGRA

EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

391 PÁGS. Ø17,5 x 24,5Ø. 350 PTAS.

Quince edición de esta obra famosa.

Francisco Wais San Martín
HISTORIA GENERAL DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

375 PÁGS. Ø17,5 x 25Ø. 300 PTAS.

Interesante periodo (1830-1941) de uno de los más importantes medios de comunicación y su trascendental significación para la sociedad en nuestro país.

Flórez Estrada
EN DEFENSA DE LAS CORTES
CIENCIA NUEVA
MADRID, 1967

168 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 60 PTAS.

Edición e introducción de Jesús Muñárriz Peralta. El libro contiene también «Reflexiones sobre la libertad de la imprenta» y «Discurso en defensa de las Sociedades Patrióticas».

Marx
FORMACIONES ECONOMICAS PRECAPITALISTAS

CIENCIA NUEVA
MADRID, 1967

226 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 60 PTAS.

El prólogo es de Juan Carlos Rey Martínez y la introducción de E. J. Hobsbawm.

Jovellanos
DIARIOS

ALIANZA EDITORIAL
MADRID, 1967

289 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 50 PTAS.

Edición, selección y prólogo de Julián Mariñas. La figura más importante del siglo XVIII en España, en el aspecto intelectual, queda vivamente reflejada por medio de esta selección.

Sigmund Freud
INTRODUCCION AL PSICOANALISIS

ALIANZA EDITORIAL
MADRID, 1967

496 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 100 PTAS.

Freud intentó acercarse al gran público para darle a conocer las ideas centrales de la concepción psicoanalítica.

Scientific American
FISICA Y QUIMICA DE LA VIDA

ALIANZA EDITORIAL
MADRID, 1967

309 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 50 PTAS.

Dieciséis científicos exponen temas como el origen de la vida, la fotosíntesis, la fijación del nitrógeno, la insulina, la química de la herencia, la estructura de la sustancia hereditaria y el código genético, entre otros.

AL PAÑO



PIRANDELLO,
EN CATALAN

También en Barcelona se ha representado a Pirandello en ocasión del centenario de su nacimiento. En el teatro Romea, la compañía «Adrià Gual», que dirige Ricard Salvat, estrenó *Questa sera si recita a soggeto*, en versión catalana de Maria Aurèlia Capmany, titulada *Aquesta nit improvisem*. Para el estreno, la formación ha publicado un folleto en cuya portada figura la fotografía de Pirandello con Josep M.^a de Sagarra en una de las visitas del dramaturgo siciliano a Barcelona, que reproducimos. En este folleto, la traductora publica un lúcido ensayo sobre la significación de *Questa sera si recita a soggeto* en la obra y en la vida de Pirandello. En el citado trabajo, Maria Aurèlia Capmany reconoce de entrada la dificultad de su empeño: «Acercarse a Pirandello no es fácil; conviene desprenderse, si se quiere ser justo con este temerario hombre de teatro, de la mitificación que le precede, de las iras que esta misma mitificación ha provocado.» Y continúa: «Su obra nos llega precedida de todo un aparato interpretativo que, más que hacérselo conocer, lastra con un excesivo peso los pensamientos en los cuales se debaten sus personajes y llenan de significación cada una de sus actitudes: política, estética, metafísica.»

Después de *Aquesta nit improvisem*, la compañía «Adrià Gual» ha estrenado en el Romea barcelonés el espectáculo de Ricard Salvat *Adrià Gual i la seva época*, que, en versión castellana, fue dada a conocer el año pasado en el teatro María Guerrero, de Madrid.

PREMIOS

En el Marquina se ha celebrado la entrega de premios del XIX Concurso Provincial de Cuadros Artísticos de Educación y Descanso. Con guión y dirección de José Félix García y con interpretación de los premiados, se estrenó luego una recopilación en forma biográfica del teatro de Tennessee Williams, muy aplaudida.

NUEVAS SENDAS PARA EL TEATRO INFANTIL

MAURICE MAETERLINCK: *El pájaro azul*. Adaptación: Ricardo López Aranda. Dirección: Angel Fernández Montesinos. Teatro María Guerrero. Principales intérpretes: Angela María Torres, José Luis Lespe, Selica Torcal, Manuel Galliana, Emiliano Redondo, María Paz Ballesteros, Venancio Muro, Conchita Goyanes, Gaby Alvarez, Lola Lemos, Margarita Calahorra, Antonio Cerro y María Rus. Decorados: Sainz de la Peña. Fecha de estreno: 26 de noviembre de 1967.

Los niños, tanto tiempo olvidados por el arte escénico—quizá fuera más exacto decir por los profesionales del teatro—, están siendo objeto ahora de gran atención, como lo prueba el hecho de que tres salas de Madrid representen, simultáneamente, espectáculos dirigidos a la gente menuda. De uno de ellos—*La imaginación de Pepito*, de Jorge Audiffred—se hizo ya el comentario crítico en el número 283 de LA ESTAFETA LITERARIA. Se agrupan hoy los dos restantes, por orden cronológico de estreno, que coincide con el de antigüedad de los grupos, pues fue la Sección Femenina quien, con su Teatro Nacional de Juventudes «Los Titeres», trajo las gallinas en esta plausible dedicación al teatro para niños. La veteranía siempre es un grado, y especialmente en el teatro, donde tantos pabillos hay que tocar y son tan varios los elementos que es preciso conciliar hacia el logro de un todo armónico.

La experiencia adquirida y el gran amor depositado en la tarea por cuantos constituyen «Los Titeres» han hecho posible el lisonjero resultado de prueba tan nada baladí como ésta de representar una de las mejores obras del teatro simbolista, en versión que para los chicos ha realizado Ricardo López Aranda, limándola de algunos pasajes poco adecuados para los miniespectadores y sin restar un ápice de cuanto de poesía, imaginación y vigorosa inventiva puso Maeterlinck. Angel Fernández Montesinos consigue una eficaz coordinación de todos los factores que el Teatro Nacional de Juventudes ha puesto en sus manos, y la sensibilidad de que siempre había dado testimonio el joven director escénico tiene en esta oportunidad los mejores mimbres para manifestarse, en un espectáculo que es prodigio de agilidad, ritmo, colorido y toda suerte de armónicos contrastes. Sainz de la Peña ha ideado una escenografía modelo de expresiva sencillez, en decorados bien realizados por la viuda de López Muñoz.

Para los figurines de Cortezo hay que hacer punto y aparte. No siempre sigue las indicaciones de Maeterlinck, pero cuando se aparta de ellas es para superarlas en gracia y fantasía.

La extensión del reparto impide el detenido examen del trabajo de todos los intérpretes, pero no quiero silenciar el hecho de que entre ellos figuran muy descolantes figuras de nuestra escena, por lo que tiene de significativo. Resulta emocionante ver cómo M.^a Paz Ballesteros acepta un papel de gata y a *gatas* anda por el escenario durante toda la representación... Algo semejante cabría decir de Emiliano Redondo en su perruno cometido. Y elogiar como es debido el desinterés de otros muchos intérpretes.

Y ahora la cuestión de fondo. ¿Es realmente obra para niños *El pájaro azul*? ¡Naturalmente! Vamos a dejarnos de garambainas y ñoñeces: cuando el autor ha acertado a poner poesía, humor, imaginación y humanidad en dosis tales y tan bien distribuidas como en *El pájaro azul* lo están, su mejor público será el infantil. Ni siquiera importa que no cale en el verdadero sentido de alguna escena, porque siempre advertirá la belleza general del texto, el jubiloso cromatismo de la representación y, en fin, la dignidad del espectáculo. Satisface ver arrumbadas las fábulas entontece-

doras y ridículas que antaño se suministraban a los niños sin el menor respeto para su futuro mental. El teatro para niños ha de tener, en proporción muy similar, realidad y fantasía. Ni tanta fantasía que induzca a los espectadores al olvido de su condición de alevines humanos, ni tan cruda realidad que los desprovea de ignorancias de golpe y porrazo. Más o menos, algo así como *El pájaro azul*, donde, como quien no quiere la cosa, se les enseña a perseguir ese difícil pájaro llamado felicidad.

CHARLES DICKENS: *David Copperfield*. Versión teatral: Marcel Dubois. Traducción y dirección: Antonio Guirau. Teatro Español. Intérpretes: Margarita Calahorra, Encarna Paso, Ramón Corroto, Lola Lemos, Luis María Hidalgo, Antonio Soto, Pedro del Río, María Dolores Cerdón, José Miguel Ariza, José Luis Coll, Antonio Requena y Francisco Marsó. Decorados y figurines: Matías Montero. Fecha de estreno: 7 de diciembre de 1967.

En el *David Copperfield*, representada por el Teatro Municipal Infantil en el Español, se da también, aunque en diversa proporción y desde muy otra perspectiva, la dicotomía realidad-imaginación que acaso sea la más idónea para atraer a los niños hacia el teatro.

Marcel Dubois se ha limitado a elaborar una versión escénica de la conocida novela de Dickens, podándola de algún que otro exceso folletinesco en los que incurriera el novelista inglés, y con atinada humanización de los personajes más radicalizados en el original.

Por ruta distinta, el Teatro Municipal Infantil—como «Los Titeres»—se muestra decidido a seguir una andadura propia y divergente de los trillados caminos hasta aquí seguidos por el teatro para niños. Pese a la discrepante concepción de *El pájaro azul* y *David Copperfield*, el simple hecho de que los dos grupos escénicos hayan pensado en obras procedentes de escritores renombrados en la literatura universal es bien expresivo del viraje que se está produciendo en el entendimiento de lo que ha de ser un teatro para los niños.

Los decorados y figurines de Matías Montero dan a la trama el cabal ambiente de la época de Dickens. Antonio Guirau mueve con soltura a los intérpretes y maneja muy hábilmente los efectos luminotécnicos. De los intérpretes merecen ser citados Pedro del Río, Encarna Paso, Ramón Corroto, Margarita Calahorra y José Luis Coll, junto al niño Luis María Hidalgo.



NOTAS DE ACTUALIDAD

HAN continuado las actuaciones regulares de la Orquesta de la Radio Televisión dentro del Club de Concierdos y en las nuevas sesiones matinales en el Palacio de la Música. El segundo concierto estuvo en la misma línea de ofrecer novedades, obras de rara presencia en los programas.

La *Sinfonía número 5*, llamada «di-tre-re», de Honegger, pertenece de lleno a ese apartado, pese a que ofrece un doble interés. Por una parte, no es nada despreciable el hecho de su concepción técnica de extraordinario interés. Honegger, que ha hecho numerosas experiencias en el campo armónico, nos da un buen ejemplo en esta sinfonía. Por otra, su contenido es grato, aunque este adjetivo no parezca «ajustarse» a lo que parece ser portador de una dolorosa impresión del mundo en que vivimos.

Delicioso el *Concierto de clarinete y orquesta*, de Mozart, y fieles orquesta, con Markevitch al frente, y el solista Máximo Muñoz. Magnífico esfuerzo el de este último que fue valorado, con una sola excepción fuera de tono, por los aficionados que de nuevo llenaban el auditorio del Ministerio de Información y Turismo.

En la segunda parte figuraba el *Psalmus Hungaricus*, de Kodaly, como homenaje al autor fallecido en este año, que participa del brío y de la gracia que intervienen en todas sus obras. El coro fue colaborador eficaz en ella y en las *Danzas del Príncipe Igor* de frecuente audición, pero en la que raramente se incluye la parte coral.

Como actividad extraordinaria de esta orquesta, se anuncia un concierto homenaje en recuerdo del infante don José Eugenio de Babiera. Ocupará el *podium* Odón Alonso y participará también el coro en la *Misa Solemne*, de Beethoven.

La presencia en Madrid de Arturo Rubinstein ha sido el gran acontecimiento de la quincena. El paso de los años no ha reducido ni sus cualidades de pianista, ni su calidad como tal. Su éxito estaría ya justificado, pero no es posible olvidar que la vigencia de sus energías, aunque sea regalo de la Naturaleza, es también virtud que cuenta a la hora de valorar sus presentaciones, esta vez con la Orquesta Nacional.

Para las sesiones de los jueves del club se ofreció la actuación del cuarteto Pfeifer, con obras de Mo-

zart, Debussy y Dvorak. Siempre se dice, precisamente porque es cierto, que la música de cámara exige una mejor preparación o, si se quiere, una mayor «vocación» musical, y se comprueba en todas las ocasiones ante una cierta frialdad general que no expresa una posición desaprobatoria frente al conjunto, sino un conocimiento menos profundo. Pensemos en las reacciones de entusiasmo, como



Stravinsky ayer, retratado por Picasso. Hoy es objeto de un encargo por parte del Comité del premio «Alhambra»

contrapartida, tras los estruendos finales de ciertas sinfonías.

Con el cuarteto Pfeifer sucedió una vez más, pero estamos seguros que la causa no está en el propio cuarteto, que presentó las obras con un acabado concepto y labor de conjunto.

Otro triunfo que satisface comentar es el de Enrique García Asensio, al frente de la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington. No hace mucho tuvimos ocasión de escuchar a esta agrupación con motivo del II Festival de Música de América y España y, ahora, es el público de la capital norteamericana el que aplaude al director español, que alternará la batuta con el maestro Howard Mitchell. Los críticos han acogido con entusiasmo a García Asensio, quien ha ofrecido en su presentación *El Mesías*, de Haendel.

Igor Markevitch figuraba como autor en el programa siguiente de la Orquesta de la Radio Televisión. Ofrecía el estreno en España de su «ballet» *Icaro*. Con él, la *III Sinfonía*, de Schubert; *Canciones*, de

Mussorgsky, también estreno en España, y *Fiesta Polaca*, de Chabrier.

La doble vertiente de compositor e instrumentador de Markevitch tuvo el interés de conocerle, ya sea en parte, puesto que su *Icaro* fue escrito en 1932 y desde entonces ha llovido mucho, incluso, por supuesto, en el perfeccionamiento musical del autor. *Icaro* es brillante y simpático, adecuado para

Bernaola y Rodolfo Halffter, por otra. La sesión fue presentada por Enrique Franco. No es preciso insistir en la importancia de la existencia de una nueva orquesta y menos aún en destacar el interés de que haya nacido de las Juventudes Musicales, cuya preocupación por lo contemporáneo y español, ya ha quedado suficientemente clara.

Tomás Marco, compositor y cri-



Ramón Barce y Juan Hidalgo miran atentos una partitura del primero, del que su obra «Alfa» ha figurado en el primer concierto de la Orquesta de Cámara de las Juventudes Musicales de Madrid

«ballet», pero se ha quedado un tanto en su tiempo, lo que ya significa mucho en su favor considerando la edad de Markevitch en 1932, cuando fue escrito.

En la versión orquestal de las *Canciones*, de Mussorgsky, ha puesto todo su empeño y ha logrado ser fiel al original, cuidando «su» ambiente y su estilo. En este sentido Mussorgsky ha sido un compositor de suerte. La repetida labor de instrumentaciones o de «terminaciones» de sus obras ha ido condensándose en versiones llenas de amor por su música en las que el instrumentador ha preferido ser él mismo lo menos posible. Estas *Canciones* han pasado ya, tras su estreno, a formar parte del conjunto, en el que Ravel mantiene un puesto con sus *Cuadros de una exposición*.

De la *Fiesta Polaca* podríamos decir una frase que solía repetirnos Jardiel Poncela y que le dijeron unos tramoyistas comentándole un estreno, para demostrar su falta de interés por la obra: «Asunto polaco, cuestión de etapas...»

Con orquesta y director, intervino Halina Lukomska, que sirvió en excelentes medida y calidad las canciones.

Las Juventudes Musicales de Madrid han presentado su recién nacida Orquesta de Cámara, que dedicará su atención a la música clásica y a la española, y en esta última está incluida, naturalmente, la contemporánea. El primer programa estaba integrado por ambos grupos como prueba de sus intenciones. Corelli y Mozart, por un lado, y Ramón Barce, Carmelo A.

musical de la revista SP, ha comentado con justificada desilusión el hecho del encargo a Stravinsky de una obra que será costeada con el importe acumulado, por declararse desierto, del premio «Alhambra». No hay duda, el asunto es más bien desalentador. Analizando el caso con la mayor frialdad posible, suponiendo que todos los compositores españoles de algún mérito no han acudido, suponiendo aún que lo han hecho, pero que sus obras no merecían el importante galardón; suponiendo, en fin, todo lo que se quiera, no es posible comprender la «salida» del asunto. E insistimos en ello porque somos viejos defensores de Stravinsky, pero, precisamente por eso, sabemos muy en detalle—como señala Tomás Marco—que el compositor ruso no precisa dinero ni más fama o prestigio. Sin embargo, los compositores españoles sí necesitan de una mayor y mejor ayuda. ¿Por qué, pues, recurrir a una solución tan «extraña»? Cualquier orientación, incluido el sorteo, habría sido más lógica, siempre que se hubiera dirigido dentro de España. Habríamos aceptado hasta un encargo a un compositor extranjero de entre los jóvenes, pero pedirselo a Stravinsky es posible que incluso a él mismo le haya producido un asombro semejante al nuestro, aunque no lo llegue a decir.

Al concluir en esta ocasión, ya se ha difundido el programa del próximo concierto de la Radio Televisión, consagrado a la música rusa. Shostakowitch, Prokofieff y Mussorgsky, tres generaciones dentro de un nacionalismo más o menos acusado.

Sergio Lifar en su versión de «Icaro», con música de Szyfer



ESTAFETA BREVE DE LAS PROVINCIAS



CIUDAD REAL

EVOCACION DE AZORIN EN LAS LAGUNAS DE RUIDERA. — Las Reuniones Literarias en La Colgada —Lagunas de Ruidera— han dado comienzo a su curso 1967-68 con una evocación de Azorin. Es éste el primer acto cultural que se ha celebrado en la Ruta del Quijote en recuerdo de José

Martínez Ruiz, después de su muerte.

Azorin visitó La Mancha a principios de siglo, recogiendo sus paisajes y sus gentes en un maravilloso libro de viajes, *La ruta de don Quijote*. Todos los estudiosos, eruditos o turistas que han recorrido esta región con posterioridad tuvieron siempre que acompañarse del libro de Azorin.

José Martínez Ruiz, en su viaje manchego, se asombró ante las Lagunas de Ruidera, encantadas y encantadoras. Es por esto por lo que ahora, en este mismo lugar, se ha evocado la figura literaria de Azorin, recordando al mismo tiempo su paso por La Mancha.

Intervinieron en esta evocación José Antonio García Noblejas, que hizo la presen-

tación. El joven poeta manchego Pascual Antonio Beño, que no había nacido cuando Azorin visitó La Mancha, supu evocar y revivir esta visita, y la escritora uruguaya Blanca Torre Viera — premio nacional de Literatura en su país — hizo la semblanza cálida y poética de un Azorin entrañablemente querido y sentido en la América hispana.

SEGOVIA

CINE CULTURAL. — La Caja de Ahorros, a través de su Obra Cultural, ha organizado unas sesiones de cine cultural que tienen lugar todas las semanas los jueves y los sábados. Se proyectan películas documentales sobre los más diversos temas, cedidas por embajadas de diversos países, y estas sesiones han encontrado una gran aceptación por parte del numeroso público que siempre llena el salón de la Caja.

EXPOSICIONES. — También en la antedicha entidad de crédito popular, en su sala de exposiciones, se ha celebrado la del paisajista segoviano Jesús Unturbe. Presentaba el pintor una muestra de óleos y acuarelas. El elevado número de personas que recorrió la sala manifestó su agrado por la obra expuesta. Jesús Unturbe, artista veterano y muy conocido, ha revalidado una vez más su éxito como buen dibujante y pintor colorista y amable.

Por su parte, «La Casa del Siglo XV» ha mostrado recientemente una selección de óleos y esmaltes de la pintora leonesa, con residencia en Madrid, Aurora de La Puente, y en estos días expone dibujos, aguatintas y grabados del granadino, también residente en Madrid, José H. Quero. Ambas exposiciones han llamado poderosamente la atención.

CONCIERTOS. — La Sociedad Filarmónica Segoviana ha presentado en su concierto mensual al recientemente constituido Trío de Cámara de Madrid, agrupación que integran el violín Eduardo Hernández Asiain; Antonio Campos, violoncello, y Pedro Lerma, pianista.

El programa, eminentemente de carácter formativo, comprendía el trío núm. 1, opus 1, de Beethoven, y otro de Mendelssohn. En todo momento el Trío de Cámara de Madrid puso de relieve su condición de agrupación perfectamente solvente, que viene a llenar un vacío sensible en el panorama de la música de cámara española, así como la calidad individual de cada uno de los solistas.

RB

TERUEL

ACTIVIDADES DE LA TERTULIA MUDEJAR. — La Tertulia Mudejar celebró reunión extraordinaria para imponer las insignias a los componentes de la misma en un sencillo y emotivo acto literario, al que asistieron todos los miembros de la misma. Entre otros temas tratados en la tertulia, fue adoptado el acuerdo de felicitar a la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja por su decidido apoyo a la ciudad en pro de los Amantes de

Madrid

JOSE BLAS VEGA: PREMIO NACIONAL DE FLAMENCOLOGIA

MANUEL RIOS RUIZ

Flamencología. ¿Ciencia nueva? Al menos si un nuevo tipo de investigación folclórica. De una investigación no solamente basada en el rebuscamiento de archivos, fijación de datos cronológicos y otras erudiciones. La investigación acerca del cante y el baile andaluz va acompañada de la anécdota y, ¿por qué no?, de un cierto sentido lírico para adivinar lo que durante todo un hermético tiempo quedó en el olvido, lo que nadie se preocupó de registrar. Hay que aceptar la tradición oral, hay que ir al pueblo, hay que interrogar a los campesinos, a los viejos gitanos de Jerez, Triana, Málaga..., hay que oír los cantos de los supervivientes de la gran época del flamenco, estudiar la discografía existente de aquellos años, de cuando el fulgor de los cafés cantantes, ¡bullanqueros tiempos de El Burrero sevillano o de la Primera de Jerez! Y para ello hay que tener una exquisita sensibilidad y una cabal afición. Ser flamencólogo no consiste simplemente en saber escuchar — esto es elemental —, sino que además hay que saber distinguir, cosa difícilísima si nos atenemos a las palabras de Ramón Sender: «Hay en el cante hondo, como en cada palabra humana, multitud de sonidos que la gama musical no tiene.»

Valga entonces la parrafada anterior para poner de relieve la capacidad artística y sensorial que se necesita para dedicarse a la flamencología — vocablo creado por Anselmo González Climent —, y para dar una idea de la personalidad de José Blas Vega, joven investigador madrileño, reciente Premio Nacional de la cátedra de Flamencología del Ateneo de Jerez, por su libro *Las tonás*, comentado en nuestro número 374.

José Blas Vega está ante nosotros. Hablamos, como siempre, de cante y cantaores. Nos remontamos a veces a los anales de Tío Luis el de la Juliana y de Frasco el Colorao, dándonos cuenta de que es casi imposible configurar con la idea sus míticas figuras o el legendario eco de sus voces, que debieron ser sobrecedidas. Pero sabemos también que es importante retroceder hasta ellos, aunque sea desandando el camino que abrieron los ecos de cuantos les sucedieron. Así casi los alcanzamos. Entonces surgen otras



preguntas: ¿Y los que les precedieron? ¿Quiénes eran? Insondable cuestión, dilema, misterio...

— Debemos atenernos a lo cierto — asegura Pepe Blas —. Poco adelantariamos haciendo conjeturas. Lo importante es salvar lo que queda, edificar sobre ello, no dejar que se hundan las bases. Tenemos las medidas de Chacón, ya que no su voz, porque sus discos no corresponden a su mejor momento. Mas la mejor voz está en Manuel Torre, en sus grabaciones. Tenemos igualmente los vivos testimonios de Pepe el de la Matrona, Manolo el de Huelva, Piñana, Tío Parrilla y otros artistas conscientes de la importancia de nuestro trabajo, de nuestra desinteresada entrega para salvaguardar los valores espirituales y humanos de un folclore inaudito. Sobre todo esto tenemos que apoyar nuestras posiciones, valorizar lo pasado y encauzar el presente del cante.

José Blas Vega está escribiendo, ahora, un libro importante al respecto: *Vida y arte de don Antonio Chacón*. Para ello ha sido becado en la pasada Semana de Estudios Flamencos de Málaga. Sabemos que es un difícil empeño, pero es la

persona más indicada para llevarlo a buen término.

— Sobre don Antonio Chacón se ha escrito bastante, lo sé. No obstante, siempre incompletamente y sin calar en su verdadera proyección artística y humana. Incluso se falsearon varios aspectos. Quedan en su biografía muchos cabos sueltos que me propingo atar. Y, sobre todo, realizar un estudio exacto de su importante aportación al cante jondo, así como una visión del ambiente en que se desarrolló su vida. Fue un andaluz tan representativo en su arte como en lo característico de las gentes de su tierra. tuvo señorío, auténtica originalidad.

Al llegar aquí recordamos algo escrito por Ernesto Giménez Caballero: «La Tierra más apetitosa de España, más querenciada por todas las culturas rapaces de la Historia.» Sí, eso es Andalucía. Por eso seguimos hablando de cantes y escuchándolos. Ligamos en nuestra charla los nombres de Estébanez Calderón, Rodríguez Marín, Machado y Alvarez, Pepe Carlos de Luna, Emilio García Gómez, Manuel de Falla, Carlos Clavería, Ricardo Molina, Fernando Quiñones, etcétera, con los de mis paisanos Tío Diego el Picaó, Paco la Luz, Curro Frijones, Juanichi el Manijero, Paco el de la Remeló o Anica la Piriñaca y el Termeto, porque en ninguna otra faceta de las artes se mezclan mejor intelectualidad y pueblo.

Y ahora, al querer transcribir nuestras palabras, me doy cuenta de cuánta razón tenía Eugenio Noel cuando puso en boca de uno de sus personajes — *Matin el de la Paula* — la siguiente sentencia: «Er cante hondo no cabe en er papé», pese a ser tenido, nuestro gran escritor, por un acérrimo antiflamencólogo. Aunque ya «Azorin», en Los valores literarios, escribió, enjuiciándolo, las siguientes palabras: «Nadie como él nos informa tan bien de las cosas y lances del flamencismo.» Y es que, según Rubén Darío, no se puede ir acontra el bronce secular de la más inmovible de las costumbres». José Blas Vega va en favor con verdadera pasión y sentido de su importancia. El cante flamenco cuenta, pues, con un investigador nato, con un enamorado fiel.

Teruel y su posible instalación en un marco más majestuoso del que hoy los acoge.

EXPOSICION EN LA CASA DE CULTURA.—La artista valenciana Amparo Moliner nos obsequió con una expresiva exposición formada por una notable colección de su obra artística, consistente en 18 óleos, varios dibujos y pirograbados. Su pintura, llena de luz y fuertes tonalidades, ha sido trabajada con esmero y minucia. Unos paisajes de la ciudad de Albarracín nos traen una nueva versión muy personal de la ciudad de los Azagra. Los dibujos, vigorosos e interesantes; y en los pirograbados nos muestra su hacer femenino en varios temas florales, de gran efecto decorativo.

¿QUIERE TERUEL UNIVERSIDAD?—Bajo este *slogan*, el diario local *Lucha* ha iniciado una campaña para pulsar el ambiente en la ciudad y provincia e implicar a las fuerzas vivas a hacer llegar a los poderes públicos el deseo unánime de esta tierra sobre una posible universidad en la Ciudad de los Amantes. Son multitud de personas las que han contestado, llevando sus más variadas opiniones y sugerencias a las columnas de *Lucha*.

APG

VALENCIA

CARTELES.—En el concurso de carteles anunciadores de la 46 FERIA Muestra Internacional han sido galardonados con el primer premio y accésit los artistas Rafael Ros y Jesús Insausti.

HOMENAJE Y CERAMICA.—El Ayuntamiento de Manises dedicó un sentido homenaje a su hijo, y hoy famoso pintor retratista afincado en Barcelona, Luis García Oliver.

En esta misma ciudad tan artesana por su industria del barro, se ha convocado el II Concurso Provincial de Cerámica.

MUSICA

En el concurso de guitarra celebrado en Lieja, ha regresado a Valencia con el segundo premio el joven concertista Miguel Barberá.

Comenzó la serie de conciertos la Orquesta de Cámara de Valencia bajo la batuta del maestro Daniel Albir.

La Sociedad Filarmónica ha inaugurado el presente curso con un concierto homenaje al maestro Manuel Paláu. En el mismo actuaron los maestros directores Ramón Corell y Eduardo Cifre, la solista Emilia Muñoz, la Agrupación Vocal de Cámara que dirige María Teresa Oller y la Orquesta Municipal, todos ellos identificados con la obra y el espíritu del maestro Paláu, de quien fueron destacados alumnos y colaboradores.

Se han publicado los Cuadernos de Música Folclórica Valenciana números 12 y 13, del Instituto Valenciano de Musicología, de la Institución Alfonso el Magnánimo, de la Diputación Provin-

cial de Valencia, que siguen exactamente la trayectoria y el servicio de los anteriores. En ellos se trata de «Canciones y danzas del valle de Albaida». Colectora y comentadora de esta música popular es María Teresa Oller, que con tanto acierto ha colaborado diversas veces en las tareas propias de los «Cuadernos».

CONFERENCIA.—En la I Escuela de Relaciones Públicas, el director del diario «Levante», don Adolfo Cámara habló del compañero de letras—periodista, poeta, historiador y cronista de la ciudad—, don Francisco Almela y Vives, del que hizo

un estudio cabal, tan cordial como objetivo y sinceramente sentido.

«CAFE-THEATRE».—Este espectáculo tan parisiense y popular en toda Europa va a inaugurar sus actuaciones españolas en Valencia, El «Café-Téâtre», no es un «show» como otro cualquiera, sino más complejo, selecto, directo y variado. Se trata de una totalización del caos luminoso de la «nuit», cuya base principal es el teatro. las breves, agudas y divertidas representaciones. Para la gala inaugural se están ensayando «En familia», de Prévert y «Los dramas del palacio Borgia», de

Cami. Junto a las obras teatrales habrá variedades complementarias, aprovechando lo mejor de la actualidad artística valenciana. Se ha vinculado al aula de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras y estará en conexión con las diversas entidades culturales.

ESG

Valladolid

FESTIVALES DE ESPAÑA: TEATRO NUEVO.—Se han celebrado en Valladolid los Festivales de España

1967, organizados por la Comisión Provincial de Información, Turismo y Educación Popular, con la colaboración de la Universidad, Diputación y Ayuntamiento, y la promoción de Cultura Popular.

El primer día, en el Aula Magna de la Universidad, pronunció el pregón literario, elocuente y brillantemente, el escritor y crítico teatral Enrique Llovet.

Entre los actos celebrados cabe señalar un recital de guitarra por Manuel Carrión; la exposición de pintura castellana de Santiago Montes; un concierto por la Orquesta Sinfónica de Valladolid, dirigida por el maestro Ro-

Asturias

HONRANDO A CAMPOAMOR

CARLOS MURCIANO



Ante el monumento a Campoamor, en Navia, cuna del poeta: Carlos Murciano, F. Serrano Castilla—delegado de Información en Asturias— y Francisco Campoamor, alcalde de Navia

Don Ramón de Campoamor nació en el otoño de 1817. Acaban, pues, de cumplirse los ciento cincuenta años de su nacimiento, ante la general indiferencia de los medios literarios españoles. También Zorrilla y García Tassara nacieron en 1817. Pero la figura gigante—y actualísima—de Rubén borró, con sus celebraciones, la oportunidad que brindaba esa fecha redonda para airear un tanto a este trío de poetas, grande también en su tiempo. Así eclipsó Lope, cinco años atrás, el recuerdo del menor de los Argensola, nacido como él en 1562.

Hemos querido, sin embargo, que la figura y la obra de don Ramón, tan denigradas y olvidadas, tuviesen en estas fechas su homenaje, modesto—por nuestro—, pero sincero. Primero en Valladolid, luego en Las Palmas, pronunciamos conferencias en torno al proceso revisionista que la obra campoamoriana viene experimentando, desde hace unos veinte años. Proceso lento, difícil, pero cierto. Mas quedaba Asturias olvidada también de su poeta. Y en gira patrocinada por la Subdirección General de Cultura Popular, de la Dirección General de Información, allá nos fuimos, animosos.

Asturias nos recibió con un festival de lluvias sobre sus verdes admirables. Con Francisco Serrano Castilla, con Víctor Alperi, salimos el primer día de Oviedo hacia Navia, cuna del autor de las *Doloras*. Ciento veinte kilóme-

tros de carretera serpenteante desde la que, a veces, se veía olear, recio, el Cantábrico. Cruzamos pueblos y ríos, en el atardecer ceniza. Navia había convocado gozosamente a sus dos mil habitantes a este acto en honor de su poeta, que tendría lugar en el teatro Fantasio. Mis datos biográficos, llegados con retraso a manos del alcalde (apellidado Campoamor, por una feliz coincidencia), se habían repartido, en copias mecanografiadas, por las pizarras anunciadoras. Y el patio de butacas del teatro se llenó de un público atentísimo, que oyó con recogimiento hablar de las veleidades de la gloria para con su poeta. Luego, al pie del monumento que en el parque de su nombre le alzarán los asturianos de dentro y fuera de España, honramos sencillamente su memoria. Seguía lloviendo sobre las calles del pueblo, sobre los árboles oscuros, sobre el bronce del poeta, sobre la piel de la ría que él cantara en su adolescencia, cuando regresamos.

Al día siguiente repetimos nuestra conferencia en El Entrego. (Como en Navia, Serrano Castilla haría una introducción generosa en torno a Campoamor y a quien esto escribe.) Luego, en Gijón, en su Ateneo Jovellanos. Allí los poetas Adolfo Gustavo Pérez y Cipriano Acosta—quien haría la presentación del acto—me acompañaron, en un recorrido por la ciudad, hasta ese complejo impresionante, diríamos apabullante, que es la Universidad Laboral. Otro poeta, el P. Victoriano Rivas, se unió a nosotros, afectuoso y cordial. Buen público en el Ateneo gijonés. Y numeroso.

Por último cerráramos este ciclo en el Ateneo ovetense. Antes, con Víctor Alperi, habíamos andado los rincones más hermosos de la ciudad, bebido sidra y comido queso de Cabrales y sardinas del Cantábrico, en los lugares de más solera. Y, en un grato paréntesis, habíamos visitado a la pintora Carmina Casal—una abuela sorprendente, por joven y guapa—. Carmina tiene en casa, en pleno otoño asturiano, la primavera misma. Las flores pueblan sus paredes, se agolpan en las puertas, recubren los muebles, nacen en los lugares más insólitos. Pienso que los pinceles de Carmina florecerán de noche, mientras ella descansa.

La sesión del Ateneo ovetense no resultó menos brillante. Respondió un público selecto, que cubría la sala, y prensa, radio y televisión se encargaron de sembrar por las tierras astures la semilla reivindicadora que nosotros portamos. Ojalá que se multiplique y don Ramón tenga pronto el reconocimiento de quienes se obstinan todavía en negarle, ignorando que nadie le podrá quitar el sitio que en nuestras letras, por derecho propio, le corresponde.

*Canté, si, mas canté tanto,
que al fin me mató el cantar,*

lamentóse él en una de sus *doloras*. De su propio cantar renacerá, está ya renaciendo. Sepamos verle y juzgarle desde hoy, pero en su hoy. «No estamos aún preparados para hacer justicia a Campoamor—escribía, años atrás, Dámaso Alonso—. La reacción, primero violenta, después despectiva y al fin de mera ignorancia, contraría a él, alcanza ya (con los sucesivos matices indicados) a tres generaciones. Espero que llegará un día en que se reconozca cuán original fue su posición dentro del siglo XIX español, cuán desigual fue la lucha entre su propósito (el poema filosófico en tres dimensiones: mínima, normal y larga) y los medios estilísticos que supo o pudo allegar para ello.» Queden aquí, resumidoras, las palabras del ilustre académico. Resumidoras y proféticas.

driguez Camacho, con la intervención especial del pianista Esteban Sánchez; proyecciones cinematográficas en torno a la figura de Don Juan y una conferencia del crítico de cine Félix González Ferrández sobre «Don Juan en la pantalla», ilustrada con secuencias cinematográficas.

Constituía la parte principal de los Festivales el ciclo de Teatro Nuevo, habiendo actuado, en la sala de Lope de Vega, el Teatro de Cámara de Zaragoza, que presentó *Woyzek*, de Georg Büchner, y *La dama del olivar*, de Tirso de Molina; el «Bululú», Mimo-Teatro Español, con *El sabio y el aduanero*, de Brecht, así como *La excepción y la regla*; el grupo de «Los Goliardos», de Madrid, que presentaron primero a Julio Castronuovo en *Acto sin palabras*, de S. Beckett, y ofrecieron después *Strip-Tease*, de Slawomir Mrozek; Akelarre, de Bilbao, poniendo en escena *El rehén*, de Brendan Behan; Tabanque Teatro Universitario de Sevilla, con *Vida y muerte severina*, de Joao Cabral de Melo Neto; el Grupo Experimental del Instituto de Teatro de Barcelona, con *Moncho y Mimi*, de Jerónimo López Mozo; el Grupo Teatral Bambalinas, representando *Milagro en el Mercado Viejo*, de Oswaldo Dragún, y *Las ratas roen la sogá*, de Gregorio G. Corral.

Como clausura, en el teatro Carrión se ofreció la actuación del famoso «Living Theatre» de Nueva York, con *Antígona*, de Sófocles, en adaptación de Brecht y en la versión de Judith Malina, espectáculo polémico que suscitó los más encontrados comentarios.

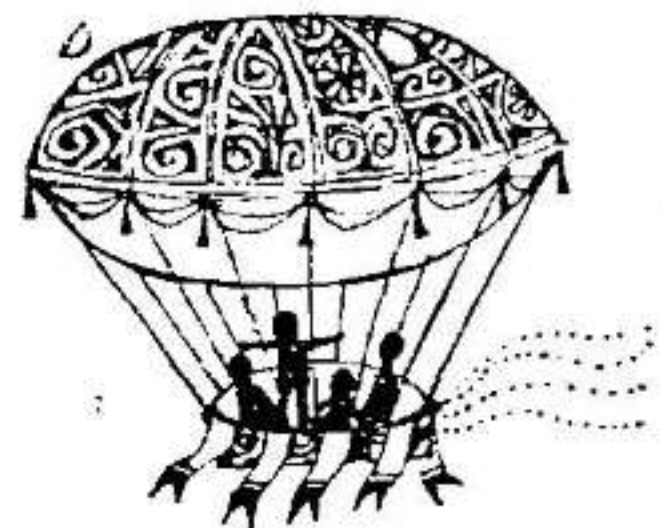
Todos los días, por la tarde, se celebraron en el Colegio Mayor «San Juan Evangelista» animados coloquios en torno a las obras representadas en el día anterior.

OPERACION CULTURAL «OTOÑO 1967».—Con un extraordinario concierto de guitarra de Manuel Carrión, celebrado el 24 de octubre en Olmedo, dio comienzo la Operación Cultural «Otoño 67», organizada por la Comisión Provincial de Información, Turismo y Educación Popular y con el patrocinio de Cultura Popular, en la que colaboran la Universidad, la Diputación, el Ateneo, la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid y los ayuntamientos.

Alcanza a 27 pueblos de la provincia, en los que se celebran coloquios, conciertos, conferencias literarias y sobre arte, charlas con ilustraciones musicales, exposiciones de fotografía y pintura, proyecciones de cine, recitales poéticos y representaciones teatrales, con la intervención de ilustres personalidades, catedráticos, escritores, periodistas, poetas y artistas.

Todos los actos tienen lugar en los respectivos teleclubs, y se desarrollan durante el mes de noviembre y hasta la primera quincena de diciembre, interviniendo, entre otros, Alfonso Candau, Agustín Díez Herrero, Francisco Fadón, Félix Antonio González, Angel Guillén Zanón, Felipe Heras, Virgilio Peña, Máximo Regidor, Juan Pascual, Carmelo Romero y José Delfin Val.

RC



vueltecilla al mundo en 14 días

JULIO CESAR CHAVEZ EN LA UNIVERSIDAD LAVAL, DE QUEBEC

El historiador y político paraguayo, gran hispanista, Julio César Chávez ha desarrollado una positiva labor cultural hispánica en la Universidad Laval, de Quebec. Entre estas actividades destacan un ciclo de grandes conferencias que versaron sobre «La revolución paraguaya de los comuneros», «La guerra del Paraguay», «Visión unamunesca de América» y «Rubén Darío y Antonio Machado». Profesó igualmente unos cursillos en la Facultad de Letras sobre «Temas de historia paraguaya», «Relación de Antonio Machado con los grandes de las letras españolas» y «Miguel de Unamuno y la América Hispana». Estos dos últimos cursillos fueron acompañados, respectivamente, por los siguientes trabajos de seminario: «Relación de Antonio Machado con Juan Ramón Jiménez» y «Unamuno y Sarmiento».

El profesor Chávez disertó fuera de programa sobre: Valle Inclán y la justicia social, Rodó: *Ariel*; Zorrilla de San Martín: *Tabaré*; Larreta: *La gloria de don Ramiro*; Gálvez: *Nacha Regules*; Güiraldes: *D. Segundo Sombra*; Roa Bastos: *Hijo de hombre*, y Vargas Llosa: *La ciudad y los perros*.

EL CINE ESPAÑOL EN FORMOSA

Con material enviado por la Dirección General de Relaciones Culturales, en colaboración con Noticiarios y Documentales españoles han tenido lugar en Formosa una serie de proyecciones cinematográficas. La primera en el Tien Educational Centre seguida de otras en el Colegio Blessed Imelda, Universidad política de Cheng Chi, en el día dedicado a España dentro de la serie organizada por las diversas misiones extranjeras acreditadas en Taipei, con 800 asistentes; otra en los estudios de la televisión Kwanchi, ante un grupo de especialistas de cine y televisión, en la Universidad católica de «Fujen», en la Universidad Nacional. Próximamente serán proyectadas igualmente en la TV Nacional China, en el Colegio Americano, así como en otros centros docentes particulares.

LA SEMANA HISPANICA EN NUEVA YORK

Como en años anteriores, se ha desarrollado en la ciudad de Nueva York la Semana Hispánica, con la colaboración en aquel país del First National City Bank, a través del Consulado General de España. La Semana Hispánica ha sido patrocinada y organizada por la Dirección General de Bellas Artes, el Instituto de Cultura Hispánica y la Dirección General de Relaciones Culturales. Una de las más valiosas aportaciones ha sido la exposición del retrato al óleo del pintor italiano Perovani, de Jorge Washington, regalo de éste a Godoy y único cuadro de cuerpo entero del citado presidente existente en el mundo. El cuadro, propiedad del Museo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, cedido a este fin por dicha entidad, será expuesto igualmente en la capital de los Estados Unidos,

así como en la ciudad de Boston—y posiblemente en otras—, dado el interés que ha despertado. Como en años anteriores, la Biblioteca Nacional y el Archivo de Indias prestaron, para ser expuestos en Nueva York, una serie de manuscritos y documentos de extraordinario valor e importancia durante la Semana Hispánica. La Dirección General de Relaciones Culturales, contando con el apoyo de grandes editoriales españolas, envió un gran lote de libros, cedidos por dichas editoras, para ser expuestos en la Universidad de Nueva York y en otras entidades.

OTRAS NOTICIAS

- La reciente bibliografía española ha sido comentada en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde se han dedicado artículos a varios autores y obras. Así, el suplemento literario del *New York Times* ha publicado un artículo referente al libro de don Luis Bolin *Los años vitales*, debido a la pluma de Estanley G. Ayne. El comentarista considera el libro como útil, especialmente por las referencias de experiencia personal y por los documentos presentados, aunque previene se lea con cuidado, debido a los prejuicios nacionalistas del autor.

- El libro de don Fernando Díaz-Plaja ha merecido igualmente comentarios de la revista antes citada, debido a las plumas de John Inderwick Palmes y de James Morris.

- El suplemento literario del *Times* de Londres reseña las siguientes obras: José María Castellet: *Un cuarto de siglo de poesía española*, de Seix y Barral; *Poesía catalana del segle XX*, de Edicions 62, y *Poesía, realisme, historia*, prólogo de Francesc Vallverdú, de Edicions 62. Francisco Briones: *Palabras a la oscuridad*, de Insula. Juan Goytisolo: *Señas de Identidad*, de Editorial Destino. Juan Valera: *Artículos de «El Conmortiz, Méjico»*. Vicente Soto: *La zancada*, de Editorial Destino. Juan Valera: *Artículos de «El Contemporáneo»*, de Editorial Castalia. José Alberich: *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, de la Editorial Alfabeta. Y Alejandro Ramírez: *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, de Editorial Castalia.

- Acaba de publicarse en Francia, por la Editorial Hachette, la *Historia de España* de Jacques Chastenet, de la Academia Francesa. La obra, magníficamente editada y con gran lujo de reproducciones, algunas de las cuales fueron facilitadas al autor por la Dirección General de Relaciones Culturales a través de la Embajada de España en París, constituye una importante aportación a la bibliografía hispánica francesa. El libro es un esfuerzo inteligente para dar a conocer mejor, de forma evidentemente sintética, la historia de España al público francés no especialista. La obra consta de 269 páginas. El autor divide su libro en los siguientes apartados: «Nota geográfica», «Prehistoria y antigüedad», «La España visigoda y la conquista mora», «La España medieval», «La ascensión», «Grandeza y decadencia», «El Siglo de Oro», «La España de las "luces"», «La tormenta», «La España romántica» y «Siglo xx». El libro presenta un índice muy completo de nombres y lugares. Los temas menos tratados son los fundamentos económicos de la historia de España y los sociales.



CRONICA SOCIAL

NOVIEMBRE - 1967

28

Acompañados por ALFREDO AMESTOY, ese joven comentarista de la pequeña pantalla, emprendimos el camino hacia el restaurante en el que se ha celebrado el homenaje a LUIS DE CASTRESANA. El caso es que, como no suele ocurrir, ha sido necesario instalar precipitadamente varias mesas más, ya que el número de comensales ha superado con creces al calculado por la organización.—Luis de Castresana, de quien ya hemos dicho que se trata de un tímido incorregible (a lo vizcaíno) ante los halagos, ha dicho en un aparte a JUAN JOSE PLANS que no sabía tener tantos amigos, que resultaba una agradable sorpresa.—Recibe pipos de RAFAEL DE PENAGOS (emotivo), MANRIQUE DE LARA (concreto), JUAN LUIS CALLEJA (serio), GASPAR GOMEZ DE LA SERNA (humorista), MANUEL ALCANTARA (sensible).—A los nombrados, a todos los presentes y a todos los ausentes, Luis contesta diciendo que, así, se le ha adelantado la NOCHE DE REYES (con mayúsculas).—Naturalmente, de lo que más se ha comentado es de *El otro árbol de Guernica*. Y varios de aquellas tierras decidieron emprender excursión sentimental, prólogo de la que harán en la realidad el día 8 de diciembre.—ZUNZUNEGUI, pues, estaba también en su elemento.—MINGOTE no pierde nunca el tiempo, y mientras escucha, hizo una graciosa caricatura.—FEDERICO MUELAS ha lanzado la idea de organizar muchos homenajes para tener la oportunidad de alabarnos los unos a los otros.—RAMON SOLIS rubrica oralmente el hecho de que MIGUEL ANGEL ASTURIAS disertará en el Ateneo de Madrid.—Mientras todo esto ha ocurrido bajo el cielo madrileño, la obra *Melocotón en almíbar*, de MIGUEL

MIHURA, era presentada en la televisión italiana, en la emisión que todos los martes dedica al teatro extranjero. El veterano director ALESSANDRO BLASETTI ha sido el encargado de la realización. Mihura ha tenido un cálido éxito, por lo que dicen nuestros colegas; aplausos que ya esperábamos, por lógica.

29

En el Instituto de Cultura Hispánica, organizada por la cátedra Ramiro de Maeztu, se ha celebrado la clausura en homenaje a RUBEN DARIO. Intervinieron EDUARDO GENER («El mar en Rubén Darío») y EDUARDO CARRANZA («La gran lección de Rubén fue su hispanismo, él se consideró siempre español por esencia»).—SANTIAGO LOREN ha visto ya las pruebas de su libro *Historias que conté en familia*. Se trata de un repaso a la historia de la medicina, atendiendo principalmente a las penalidades por las que tuvieron que pasar los que posteriormente se llamarían médicos, desde los tiempos del hombre de Cro-Magnon.—FERNANDO PONCE, que no abandona el sombrero, y cuya hija va ya por los nueve meses en este mundo, ha escrito un ensayo sobre VALLE-INCLAN.—A la edad de ochenta y cinco años ha fallecido en Sevilla el popular imaginero ANTONIO CASTELLON LSTRUCCI, autor de numerosas imágenes que desfilan, procesionalmente, en la Semana Santa de la mencionada ciudad.—ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO ha dado a conocer la segunda parte de su tetralogía sobre Semiramis: *Sol de Babilonia*.—A TICO MEDINA le está entrando un venenillo encomiable. En su diario, los nombres de profesionales de las artes y de

las letras aparecen día tras día. Bien está, porque bien es, porque hace bien. Siguen siendo envidiables los títulos de las obras de ALVARO DE LA IGLESIA. El último: *Cada Juan tiene su Don*.—PILAR SALCEDO, directora de *Telva* y monitorea de la irrupción mujerial en la vida de la cultura, presenta a Mme. HUGUETTE DEFOSSÉ, presidenta de la Association Internationale de la Presse Feminine et Familiale, en la plaza de Alonso Martínez, número 3, 2.º, Madrid; bonito domicilio de *Telva*. La Asociación agrupa 300 periodistas, 15 países, 70 millones de lectores. Huguette, interrogada, manifiesta no poseer ningún idioma más que el suyo nativo: belga de nacimiento, francesa de lengua.

30

Para empezar, estadística. El Instituto Nacional del Libro nos comunica que los libros más vendidos en el mes de octubre son los siguientes: 1, *Rusia, mi padre y yo*, de SVETLANA STALIN; 2, *Tres días de Julio*, de LUIS ROMERO; 3, *Doctor Zhibago*, de BORIS L. PASTERNAK; 4, *Esos curas que sufren*, de MICHEL DE SAINT PIERRE; 5, *España. Los años vitales*, de LUIS BOLIN; 6, *A tientas y a ciegas*, de MARTA PORTAL; 7, *La impaciencia de Job*, de JOSE MARIA CABODEVILLA; 8, *Cinco horas con Mario*, de MIGUEL DELIBES; 9, *Diálogos con Pablo VI*, de JEAN GUITTON; 10, *La zancada*, de VICENTE SOTO.—MANUEL RIOS RUIZ prepara un disco con sus poemas *Cante y poesía de Jerez*. Su voz será acompañada por la de destacados artífices del arte flamenco.—Para celebrar el número 1.000 que ha alcanzado hoy desde la fecha de su publicación el diario *Tele-Expres*, la empresa ha inaugurado oficialmente la conclusión de su edificio e instalaciones, en las que se acoge a un grupo periodístico, del que forman parte *Mundo Deportivo* y el semanario catalán *Tele-Estel*.—Nos encontramos a EVARISTO ACEVEDO, que comenta la devaluación de la peseta. Seguramente encontrará en el caso muchos temas para sus artículos.—MANUEL SUAREZ CASO, que es un magnífico periodista, le han servido en bandeja una exclusiva. Salió de su casa y se encontró con que su «Citroën» amarillo no estaba en donde debía estar. Ha resultado ser el coche utilizado por los atracadores de la sucursal del Banco de Aragón. ¿Cuántas cosas habrán sucedido en el interior del vehículo, cuántas palabras se habrán pronunciado? Manuel Suárez Caso, para su *Gaceta Ilustrada*, tiene

un gran reportaje. Caso recuperará el coche, que le han sustraído los atracadores, con todo su fugaz historial.

DICIEMBRE - 1967

1

Nos visita JOSE ALBERTO MARIN MORALES, juez municipal de Yecla, uno de los finalistas del premio «Urriza» 1966. Su novela *El orzuelo* acaba de serle aceptada por CARLOS BARRAL para editarla con todos los honores que corresponden a sus relaciones internacionales, en castellano y en varios idiomas. Por solicitud de Carlos, no conserva el título originario—«resulta excesivamente simbólico y de una fonética desagradable, pero, sobre todo, parece demasiado emparentado con ese vicio de intitulación que padecieron hace cuatro o cinco años, en pleno auge de la poética llamada del realismo social, los escritores celtibéricos, artículo más sustantivo (la piqueta, la mina, la zanja, etc.) y sugeriría al lector de que su novela se inscribe en esa familia de obras literarias a las que las últimas corrientes del lustro no favorecen». La obra se publicará con el título *Carril de un cuerpo*. Pero no hay más variación que la del título.—CONCHA ALOS publica nueva novela: *La madama*. Seguirá una línea semejante a su primera obra, la que le hizo famosa: *Los enanos*.—En el día de hoy los dos periódicos compostelanos, *El Correo Gallego* y *La Noche*, aparecen refundidos con el título que abarca los dos «antiguos» títulos, los dos «antiguos» diarios. Mientras en unas partes de nuestra geografía salen nuevos periódicos, en otras se unen los existentes. El periodismo, siempre en constante movimiento.

4

La Asociación de Corresponsales de Guerra ha nombrado miembro de honor al periodista FRANCISCO SERRANO ANGUITA. Enhorabuena a quien tan bien sabe glosar el pasado madrileño.—JOSE MONTERO ALONSO, crítico teatral del diario *Madrid*, ha sido galardonado con el premio sobre la vida y obra de JACINTO BENAVENTE.—Ha fallecido en Madrid JULIAN GIL MONTERO, a los sesenta y nueve años de edad. Colaborador de *La Estafeta*, su último artículo aparecido en la revista, «El complejo de Quevedo», ha sido en el 383. Nuestro sincero pésame.—EUGEN GOMRINGER ha pronunciado la conferencia

LOTERIA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS



(Viene de la página 2.)

- 15.000 ptas. Don Gabriel García Narezo, premio «Boscán» de poesía.
- 15.000 ptas. Don José Batlló, primer premio «Tomás Morales» de poesía.
- 10.000 ptas. Don Rafael Guillén, segundo premio en el mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don Arcadio López Casanova, primer premio de poesía del Ayuntamiento de Melilla.
- 10.000 ptas. Don Julio Alfredo Egea de Chirivel, segundo premio en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don Rafael Guillén, segundo premio «Tomás Morales» de poesía.
- 2.000 ptas. Don Fernando Toledano, primer premio de sonetos del Ayuntamiento de Melilla.
- 1.500 ptas. Don Enrique Toledano, segundo premio en el mismo concurso.
- 1.000 ptas. Don Donato Millán Contreras, tercer premio en el mismo concurso.

11.543.000 ptas. Suma y sigue.

PUEDEN JUGAR

NOVELA Premio: Derechos dobles LITEROY

sea su nacionalidad, con novelas rigurosamente originales e inéditas, escritas directamente en lengua castellana.

Las obras se presentarán mecanografiadas, a dos espacios, en papel de cualquier tamaño, y su extensión será como mínimo la necesaria para componer un libro de 20x14 centímetros de 200 páginas. Se enviará un solo ejemplar, cosido o encuadernado, a Ediciones Literoy, Virgen de Lourdes, número 16, Madrid-17, precisamente por correo certificado, dentro del año 1967 o los diez días siguientes, pero cada autor deberá disponer de otro ejemplar preparado para enviarlo a Ediciones Literoy, si su obra resulta seleccionada. Las no premiadas serán

Podrán concurrir a este certamen todos los escritores que lo deseen, cualquiera que

devueltas a sus autores, también por correo certificado. Ediciones Literoy no responde de la pérdida o deterioro de alguno de los originales, aunque cuidará con el mayor esmero de que no se produzca deterioro ni extravío alguno. En la cubierta de las novelas se hará constar «Para el concurso Literoy 1967».

Se admitirán tanto las obras firmadas, con el nombre y domicilio del autor, como las enviadas con seudónimo, bajo plica y lema. En este último caso el autor indicará, para posibles notificaciones y para devolución del original, una dirección postal, que podrá ser bien el nombre y señas de un familiar o amigo, bien un apartado o lista de correos, etc. En todo caso, Ediciones Literoy garantiza la más absoluta reserva de los nombres de los autores que se presenten bajo seudónimo, si por cualquier circunstancia accidental o imprevista pudiera llegar a conocerlos.

Ediciones Literoy publicará la obra

inaugural del ciclo «Nuevas Tendencias», que se celebra en el Instituto Alemán. «La Poesía Concreta como lenguaje supranacional» ha sido el tema: «La actitud del poeta concreto de cara a la vida es positiva, sintéticamente racionalista. Para él su poema no es una ventilación de sentimientos o de pensamientos, sino una zona de formación lingüística, en estrecha relación con los deberes de las comunicaciones modernas, fundadas en las ciencias de la naturaleza y en la sociología.»—Da comienzo en el Club Urbis el ciclo «La novela española en el cine español». Se proyecta *La casa de la Troya* (1924), dirigida por ANTONIO PEREZ LUGIN y MANUEL NORIEGA. Para otros días se anuncia *El escándalo* (1943), de JOSE LUIS SAENZ DE HEREDIA; *El clavo* (1944), de RAFAEL GIL; *Las inquietudes de Shantí Andia* (1946), de ARTURO RUIZ CASTILLO; *Nada* (1947), de EDGAR NEVILLE; *Don Quijote* (1948), de RAFAEL GIL; *El lazareto de Tormes* (1959), de CESAR FERNANDEZ ARDAVIN; *La tía Tula* (1965), de MIGUEL PICAZO.—Descubrimos otro tímido entre los escritores: PEDRO SANCHEZ PAREDES. De noche, con él, nos hemos acercado mucho a la filosofía y religión oriental. No nos hemos acercado a los locales concurridos porque le espantan.

5 De lo que se lee en los periódicos: JUAN RAMIREZ, canario, ha dicho a YALE: «Quiero pintar la desintegración hidráulica de la fuente de Neptuno.» Y también: «Soy inventor del nuevo espacial.» El mismo reportero, buen reportero este Yale, nos habla de CRISTOBAL TORAL. Y dice que «acaba de descubrir la pintura cósmica». Mientras esto se declara, DALI seguirá pensando que él ha sido el primero.—ANGEL MARIA DE LERA a LOLA AGUADO: «Tener solamente un amigo es un tesoro.»—Se hará una película basada en la novela *A tientas y a ciegas*, de MARTA PORTAL.—Lee-mos en el boletín del Instituto Nacional del Libro Español que en España existen unas 5.000 librerías.—Se nos rumorea la posibilidad de que *¿Por qué te engaña tu marido?*, la obra de WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ, sea llevada al cine por MANUEL SUMMERS.—A la pregunta de si la literatura da para vivir, JESUS TORBADO contesta: «Da para subsistir. Con los cuatro libros que me van a salir ahora, tiraré una temporada.»—Hoy ha nevado en Madrid a las cinco de la tarde, aunque hayan sido pocos los que se han enterado del fenómeno. Un fe-

nómeno no debido a los juegos del tiempo, sino a los ingeniosos procedimientos de los técnicos de televisión. Verán: Ha nevado celulosa plástica con motivo de la filmación de *Bohemios*, primera zarzuela de una serie de trece que Televisión Española está produciendo en la actualidad. Todo un rincón del bajo París de 1840 ha nacido en el patio del cuartel de Conde Duque. La nieve ha caído sobre todos los hombros que allí se encontraban.—MANUEL FRAGA IRIBARNE y JESUS APARICIO BERNAL, presentes en el rodaje, la recibieron con agrado. Y JUAN DE ORDUNA, que es el director de la serie.

6 LUIS JIMENEZ MARTOS nos comunica que mañana no se fallará el premio de poesía «Adonais». Tal vez, la próxima semana. Los candidatos, por tanto, tendrán que continuar con el ánimo en *suspense*.—En los quioscos vemos la portada de un nuevo periódico. Se trata de *As*, diario deportivo que se edita en Madrid. Está dirigido por LUIS GONZALEZ LINARES, que fue agregado de Prensa en la Embajada española en París y director de *Madrid y Semana*. RAFAEL RIENZI y MANUEL SARMIENTO BIRBA, subdirector y redactor-jefe, respectivamente. El primer número contiene 32 páginas. Vida y lectores es lo que deseamos a *As*. También el deporte es literatura.—En la crónica anterior nos preguntábamos: «¿Qué hace CARLOS LUIS ALVAREZ?» Pues ya algo se sabe: juega al tenis todos los días y tiene tres libros comenzados.—FELIX ROS viene a nuestra Redacción con JOSE LUIS IZAGUIRRE, buscando un sitio tranquilo para grabar una entrevista que mañana se radiará a Hispanoamérica. Motivo: el libro-poema *Condenado a muerte*. El sitio no es tranquilo, pero oímos a Félix que, además de haber estado condenado a muerte, lleva soportadas nueve intervenciones quirúrgicas y está bajando día y noche en la preparación del tercer tomo de su libro *Toda la poesía española*. Los tomos primero y segundo los preparará más adelante.

7 EL ALMIRANTE GENER viene a felicitarnos por lo de ZAMACOIS. Incidentalmente menciona su cena reciente con FELIX ROS, RAMON SOLIS y otros. Se acordaba Félix de que cuando estaba condenado a muerte en Bar-

celona, y mientras distintos escritores y poetas intentaban mediar para salvarle la vida, DON ANTONIO MACHADO puso el pulgar para abajo.—La Real Academia Española ha acordado incorporar el término «tebeo» a la próxima edición del diccionario oficial. Enhorabuena a todos aquellos que tanto nos han hechos y nos hacen pasar agradables ratos. Enhorabuena a la empresa fundadora de la revista *TBO*, fundada en 1917 y que recientemente celebró su cincuentenario. Enhorabuena a los académicos, pues así no tendremos que recurrir a términos más o menos extranjeros.—Por la noche, fallo del VI Premio de Novela «Ciudad de Oviedo». De la capital asturiana nos llegan las noticias, que este año son movidas: ALFREDO CASTRO (premio «Ciudad de Avila») ha retirado su novela al ser recogida en la prensa una carta de MANUEL GARCIA PARDO, otro concursante, el cual decía que el premio le estaba dado de antemano. Castro, entre otras cosas, dice en su nota aclaratoria: «No guardo rencor a nadie. No pienso denunciar judicialmente. Estoy francamente disgustado. No puedo creer que hayan publicado una carta en la que se asegura algo insólito. ¿Es posible? No lo puedo creer. Sí, soy amigo íntimo de RICHARD GRANDIO. Tengo esa suerte. Admiro en él, entre otras cosas, su rectitud y honradez profesional. El no forma parte del jurado, ni el año pasado, ni éste... Tenía puesta gran ilusión en el premio «Ciudad de Oviedo». Y digo tenía, porque hoy mismo he escrito una carta al señor FERNANDEZ CANTELI rogándole sea retirada mi novela *Una nueva tierra* del concurso. No quiero crear dificultades al jurado; yo ni ellos nos venderíamos por nada. Hay algo en la vida que vale más que el dinero.» El señor García Pardo, desde luego, no ha sido muy afortunado. El premio se otorga a *El olor de la muerte que viene*, de ROLANDO ALVAREZ DE VILLA. Escritor nacido en Cuba en 1915, de padre asturiano. Doctor en Derecho y en Ciencias Sociales. La acción de la novela transcurre en Cuba durante la crisis de 1962. Finalista, *El coronel*, de OSCAR MUÑIZ MARTIN. Las restantes que pasaron a la final, por riguroso orden, se clasificaron así *Los médicos enajenados*, de JOSE LUIS MEDAVILLA; *Viejos juguetes*, de JOSE A. VIZCAINO; *Condenado a vida*, de FRANCISCO BAEZA LINARES; *Río Lami*, de PEDRO PABLO PADILLA; *Tiempo muerto*, de CARLOS ARCE. ANGEL MARIA DE LERA, FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES, ALEJANDRO NUNEZ ALONSO, LUIS MARIA FERNANDEZ CANTELI, HONESTO SUAREZ VEGA, JULIO ROJO y RUBEN DARIO, el jurado. Por cier-

to, Federico Carlos Sainz de Robles se hizo portavoz espontáneo de LA ESTAFETA, cosa que es de muy agradecer. Anunció en Oviedo la venida de ZAMACOIS invitado por nuestra revista.—Y noticias de otro premio: «Elisenda de Moncada. Ganador: MAURO MUNIZ con su novela *La huelga*. Mauro Muñoz, redactor-jefe en la actualidad del diario *El Alcázar*, recibió así la noticia, tal como lo cuenta su periódico:

«—¿El Alcázar?»

—Sí.
—Póngame con Mauro Muñoz...

Una vozarrona, trémula ahora, contesta. Es Mauro Muñoz...

—Oye, Mauro, ¿quieres hacerme un favor? Soy Arcadio Baquero...

—Dime, dime, ¿qué ha pasado con el premio?

—Oye, Mauro, atiende bien... Mira, abre el primer cajón de mi mesa. Allí, entre unas cartas, hay una caricatura de un hombre bajito que parece Panchito Villa... ¿La ves?

—Sí, aquí la tengo... Pero, ¡soy yo! ¡Caray, qué feo estoy...!

—Oye, Mauro, ya puedes utilizar la caricatura. Mándala a fotograbado...

—¿Eh?

—¡Que has ganado el premio! Enhorabuena, dinamitero...

—Pero... que... que... que... »

Dar la enhorabuena a Mauro, que tantas veces ha colaborado en nuestra revista, que aquí tiene compañeros que con él pasaron años en otras redacciones—JUAN EMILIO ARAGONES, en *La Hora*, y JUAN JOSE PLANS, en *El Comercio*, de Gijón—, nos parece poco, de tanta que es nuestra alegría. Y una anécdota, para finalizar, que cuenta MANUEL ALCANTARA en el *Arriba*: Cuando era un chaval fue a hacerle una entrevista a LUIS PONCE DE LEON, y éste, con sólo oírle respirar, le detectó una tuberculosis.»



MAURO MUNIZ caricaturizado por ARCADIO BAQUERO, crítico teatral de «El Alcázar». Arcadio, en honor de su compañero, ha vuelto a sus viejos tiempos. A aquellos en los que, en el diario «Voluntad» de Gijón, hacía entrevistas a los famosos. Y acompañaba a la letra con una hábil caricatura.

premiada en el plazo máximo de un año a contar desde el día del fallo del jurado.

El premio consistirá en un emblema de oro con la leyenda «Premio Literoy 1967», y, además, el galardonado percibirá derechos de autor dobles sobre los primeros 10.000 ejemplares que se vendan de la novela premiada.

Ediciones Literoy disfrutará, sin plazo de caducidad, derecho exclusivo de publicación y difusión en España y en el extranjero de la obra premiada. Las traducciones, adaptaciones, etc., deberán ser en todo caso autorizadas por Ediciones Literoy.

Las liquidaciones de derechos de autor serán semestrales y ascenderán al 10 por 100 del precio de venta al público de los ejemplares vendidos, salvo lo determinado en la base quinta respecto a los primeros 10.000 ejemplares, que devengarán derechos dobles y cuyas liquidaciones ascenderán, por tanto, al 20 por 100.

Serán estudiadas independientemente por el jurado las novelas de fondo autobiográfico que, escritas por jóvenes de uno u otro sexo menores de

veinticinco años, reflejen con absoluta sinceridad la evolución emocional del autor o autora a lo largo de su descubrimiento del mundo real, dentro de un ambiente y circunstancias auténticos y actuales, sin deformaciones ni exageraciones en las formas de pensar, de obrar y de hablar. En el caso de que alguna de estas novelas lo merezca, Ediciones Literoy podrá conceder, a propuesta del jurado, un premio especial de idénticas condiciones generales y prerrogativas económicas al premio Literoy. Ediciones Literoy, una vez recibida del jurado la propuesta de concesión de este premio a una obra determinada, comprobará la edad, medio social, geográfico y económico del autor o autora, y sólo si responden exactamente a lo descrito en la novela concederá el premio. Las novelas que aspiren a él llevarán en la portada la indicación «Novela autobiográfica». Ediciones Literoy tiene el propósito de prestar particular atención a esta clase de novelas en todas sus convocatorias anuales de premios.

Las novelas que se presenten deberán estar libres de compromiso de pu-

blicación y no sometidas a ningún otro concurso pendiente de resolución.

Si la calidad de las obras presentadas no alcanzara el alto nivel deseado por Ediciones Literoy para sus publicaciones, el premio será declarado desierto.

Para los puntos relativos al concurso y al premio no previstos en estas bases, el editor acordará las soluciones que considere justas y oportunas, sin que contra ellas quepa recurso ni acción de tipo alguno.

El hecho de presentar sus obras en este concurso encierra la declaración implícita de sus autores de que aceptan íntegramente las presentes bases y se someten a ellas. Presentado un original, su autor queda comprometido a no retirarlo del concurso y a no renunciar al premio, si le fuere concedido.

En caso de litigio por la interpretación de las presentes bases o por su aplicación, los concursantes renuncian a su propio fuero y se someten expresamente a los juzgados y tribunales de Madrid.

OBRAS INFANTILES
Total en premios:
90.000 ptas.
LAZARILLO

El Instituto Nacional del Libro, para estimular la producción editorial, hace la convocatoria de los Premios Lazarillo

1968 a las mejores obras infantiles escritas en lengua española. Los premios serán los siguientes:

a) Premio Lazarillo para escritores, dotado con 50.000 pesetas, para el autor del texto de más alta calidad literaria de un libro infantil inédito, o que haya sido publicado por primera vez entre el 1 de enero de 1966 y el 31 de diciembre de 1967.

b) Premio Lazarillo para ilustradores, dotado con 40.000 pesetas, para el autor de las mejores ilustraciones de un libro infantil inéditas o bien publicadas dentro del mismo plazo.

c) Premio Lazarillo para editores, que consistirá en una mención honorífica que se concederá al editor español que presente el mejor conjunto de obras infantiles publicadas desde el 1 de enero de 1966 hasta el 31 de diciembre de 1967.

Los premios serán concedidos en los primeros días del mes de junio de 1968, coincidiendo con la celebración de la Feria Nacional del Libro.

Los concursantes a cualquiera de estos premios deberán remitir al Instituto Nacional del Libro Español, Ferraz, 11, Madrid-8, antes del día 15 de febrero de 1968, tres ejemplares de cada una de las obras con que deseen concursar, si es para el de escritores; un ejemplar, si se presenta al de ilustradores o al de editores, indicando expresamente el premio a que optan.

ENSAYO
Total en premios:
50.000 ptas.
RIVADENEIRA

concurso del presente año de la Fundación Rivadeneira, dotado con dos premios, uno de 30.000 y otro de 20.000 pesetas, susceptible el primero de ser aumentado hasta 40.000, y se concederán a los dos mejores trabajos comprendidos en el tema: «Estudio sobre cualquier tema de lingüística o de literatura española». El plazo de admisión de trabajos terminará el día 30 de septiembre de 1970.

PERIODISMO
Total en premios:
150.000 ptas.
S. DOMINGO
DE LA CALZADA

El Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos galardonará con dos premios, de 75.000 pesetas cada uno, al mejor artículo literario o reportaje que mejor haya valorado en la prensa nacional la labor de los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos en general o alguna de sus relevantes figuras o haya dado a conocer obras y realizaciones de estos profesionales en cuanto al valor que las mismas representan en España. Se remitirán tres ejemplares de cada trabajo antes del 31 de enero de 1968, al Colegio Oficial de dicho cuerpo profesional, Montalbán, 3, Madrid.

ESTUDIO
Premio:
125.000 ptas.
CONDE DE
CARTAGENA

extraordinario de la Fundación Conde de Cartagena, con el tema y recompensa siguientes:

Tema: Colección completa de los refranes contenidos en la edición XVIII del Diccionario de la Academia, a los que se añadirán los de uso moderno no recogidos en obras de paremiología y los que figuran en ciertos textos de gran interés literario, como el *Libro de Buen Amor*, *La Celestina*, *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado; el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; *La pícara Justina*, *La Dorothea*, de Lope de Vega; *El Criticón*, de Gracián, etc.

El premio será de 125.000 pesetas.

Los trabajos se recibirán en la Secretaría de la Academia Española hasta el día 31 de octubre de 1970.

POESIA
Premio:
5.000 ptas.
AMAYA

podrán concurrir todos los poetas de lengua castellana y que se ajusten a las siguientes bases:

Los originales, y para los tres premios establecidos, habrán de sobrepasar los cien versos, mecanografiados a doble espacio y por una sola cara, debiendo remitirse a: Agrupación Cultural Amaya. Apartado de Correos 41. Alar del Rey. Palencia.

Los originales habrán de remitirse por duplicado y bajo un lema, acompañado de un sobre cerrado, donde conste el mismo lema, y en su interior las señas completas del autor.

El plazo de admisión de originales quedará cerrado a la una de la tarde del día 29 de diciembre de 1967.

Los temas son los siguientes:

- Triptico de villancicos.
- Poema sobre la noche de Reyes y los niños.

El *Boletín Oficial del Estado* del día 3 del actual publica el anuncio de convocatoria del concurso

- Tema libre sobre la Navidad. Se establecen los siguientes premios:
1.º Flor natural y 5.000 pesetas.
- 2.º Navidad de plata.
- 3.º Navidad de plata.

Cualquiera de los distintos temas podrá optar al primer premio.

Los nombres del jurado se darán a conocer una vez fallados los premios. No se mantendrá correspondencia con los concursantes, y se advierte la conveniencia de guardar copia de los originales enviados, ya que no se procederá a su devolución.

Esta Agrupación se reserva el derecho de poder publicar en su día los trabajos que crea convenientes.

Requisito indispensable para optar al primer premio será la obligación de asistir personalmente al acto literario que oportunamente se señale, donde deberá leer el poema premiado.

Los poetas premiados serán avisados por telegrama o carta, así como se hará público el fallo del jurado, dentro de los cuatro días siguientes de haberse cerrado el plazo de admisión.

PERIODISMO
Total en premios:
100.000 ptas.
TALAVERA
DE LA REINA

Los trabajos que opten a los diversos premios habrán de remitirse hasta las doce horas del día 30

de julio de 1968 a la siguiente dirección: Excmo. Ayuntamiento de Talavera de la Reina, con una indicación en el sobre que diga: «Para el Primer Concurso Nacional de Prensa».

De estos trabajos habrán de enviarse los periódicos completos o revistas en que aparezcan los artículos publicados. Se enviarán como mínimo 10 ejemplares de cada uno.

Los trabajos, en forma de artículo, reportaje, entrevista o ensayos, habrán de ser originales y firmados por sus autores, autorizándose el uso del seudónimo, sea o no, habitual, pero al remitirlos habrán de hacer constar, en todo caso, el nombre completo y la dirección del concursante. Cada concursante puede presentar cuantos trabajos crea conveniente.

Un jurado, nombrado al efecto, con categoría nacional, otorgará los premios en el mes de septiembre de 1968,

en una cena de gala que tendrá lugar en la ciudad de Talavera de la Reina, dándose a conocer entonces el nombre de los componentes del jurado.

Los premios no podrán ser divididos ni declarados desiertos.

La participación en el concurso supone la plena aceptación de las bases del mismo y de los acuerdos del jurado.

Los premios son los siguientes: 50.000 pesetas para el tema «Talavera y lo talaverano»; 25.000 pesetas para el tema «Talavera y lo talaverano. Ayer y hoy»; 25.000 pesetas para el tema «La cerámica talaverana».

POESIA
Premio:
3.000 ptas.
PEDRO
BARGUÑO

Los amigos del poeta Pedro Barguño, fallecido en Granada, han acordado convocar en su memoria

el II Premio de Poesía que lleva su nombre, que se regirá por las siguientes bases:

Se establece un premio de 3.000 pesetas al mejor poema, a juicio del jurado (tema, extensión y metros libres) que lleve como cita uno o más versos de Pedro Barguño.

Los poemas, que deberán ser inéditos, se presentarán por triplicado escritos a máquina a dos espacios, firmados por su autor, quien a continuación expresará su nombre y domicilio. Serán enviados a Imprenta Guevara, Nueva de San Antón, 1, Granada. Cada autor puede presentar cuantos poemas desee.

El plazo de admisión finalizará el 15 de enero de 1968.

El premio no podrá ser declarado desierto, y el jurado, cuya composición se dará a conocer en la fecha del fallo, se reserva el derecho de conceder las menciones honoríficas que estime convenientes. Dicho fallo se efectuará a finales de enero próximo.

Tanto el poema premiado como las menciones honoríficas podrán ser publicados en el libro que la colección de poesía «Veleta al Sur» prepara en homenaje a este poeta.

La concurrencia a este certamen implica la aceptación total de las presentes bases.

CORRESPONDENCIAS

¿DIPLOMATICO CESANTE?

AMIGO CASTILLO: Quedan informados los lectores de que ya no pertenece usted a la diplomacia del Ecuador. Pero, ¡hay que ver lo diplomáticamente que efectúa la aclaración! Gracias.

Sr. D. Luis Ponce de León
Director de LA ESTAFETA LITERARIA
Prado, 21
MADRID

Muy estimado señor director:

Antes de nada, muchas gracias por la afectuosa reseña que hace en el número 376 de la revista de su atinada dirección de mi intervención, en la tertulia de LA ESTAFETA LITERARIA, a mi paso por esa querida ciudad. Es alentadora y demuestra la calidad humana de quienes la hacen, si bien hay un pequeño malentendido que, si a usted le parece, debe aclararse.

En la actualidad no pertenezco al servicio diplomático del Ecuador, mi lugar de origen. Pertenezco al servicio exterior del Ecuador y en tal condición vine a esta ciudad californiana

que hoy es mi hogar. En la cual desde hace doce años trabajo como redactor y columnista del diario de habla hispana angelino La Opinión.

No quisiera extenderme más, expresando mi opinión que de la ESTAFETA tengo, porque ya está consignada en la misma reseña y en un artículo publicado en el diario para el cual trabajo y para muchos otros de Iberoamérica.

Del señor director, muy atentamente,

OTHON CASTILLO

BALBONTIN, A DOS DEDOS DE DIOS

AMIGO BALBONTIN: A la vista de su carta que se refiere a su libro, se nos ocurre contestar de una manera que no es nueva: «¿Dónde está la verdad? En la humildad.» El director de LA ESTAFETA puede concordar con usted humildemente en que tampoco entiende muchas cosas de Xavier Zubiri. Pero sí que entiende con el corazón y con la cabeza, con la esencia del ser humano, todas las palabras de José Antonio Bal-

bontin, que busca a Dios porque está a dos dedos de encontrarlo, si no lo ha encontrado ya. Gracias.

Sr. D. Luis Ponce de León

Mi querido amigo:

Después de leer su agudo comentario sobre mi libro «¿Dónde está la verdad?» (en el número 383 de LA ESTAFETA LITERARIA), me siento obligado a expresarle mi gratitud por el hecho de que haya usted dejado de apedrear-me, como lo hizo en sus benditos tiempos de inconsciencia infantil. Todavía me dispara usted en su artículo algunas «pedraditas dialécticas», pero son de las que no hacen daño, puesto que están inspiradas por la más sana intención.

¿Me permite usted que le llame la atención sobre dos puntos concretos de su artículo que me parecen particularmente inexactos?

En primer lugar, deseo poner en claro que, si bien encuentro admirables en ciertos puntos a los filósofos del «análisis lógico» (Bertrand Russell, Wittgenstein, Ayer, etc.), no me tienen subyugado ni muchísimo menos. Los encuentro demasiado despreocupados del problema ético, tal como yo lo entiendo, y excesivamente indiferentes ante el problema de Dios, que es para mí fundamental. Comprendo que se crea

en Dios o que no se crea en El; lo que no me cabe en la cabeza es que se diga—como lo dicen algunos «positivistas lógicos»—que el problema de Dios «no tiene la menor importancia». Yo no creo que el hombre se pueda salvar por su propio esfuerzo, si no le ayuda Dios.

Segundo punto. No quisiera que sus lectores interpretaran sus palabras en el sentido de que yo alardeo de haber comprendido todo lo que ha escrito y ha dicho Xavier Zubiri. No soy tan orgulloso. Hay frases de Zubiri que me parecen absolutamente indescifrables, y si las critico es porque están en contradicción (cualquiera que sea su significado) con otras frases de Zubiri que encuentro perfectamente claras. Me limitaré a poner aquí un ejemplo concreto para no repetir todas las críticas que tengo formuladas sobre la obra general de Zubiri. En el libro «Sobre la esencia» (Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962), página 352, Zubiri dice que nunca sabremos con certeza cuáles son las «notas verdaderamente constitutivas de una cosa» (que es en lo que consiste la «esencia», según Zubiri). A pesar de esto, Zubiri nos da en su libro múltiples definiciones de la esencia, muchas de ellas contradictorias entre sí, y algunas de ellas totalmente incomprensibles para mis pobres entenderas (sobre todo, cuando se expresan con palabras que no figuran en el diccionario castellano, ni en ningún otro diccionario conocido); pero como Zubiri nos ha dicho que la esencia es indefinible, deduzco en buena lógica que todas las definiciones de la esencia formuladas por Zubiri (ya sean claras o tenebrosas) son, al menos, arbitrarias. Esto es todo lo que yo tengo que decir contra lo que usted llama las «profundidades metafísicas» de Zubiri.

No quiero robarle más espacio. Gracias de nuevo por su amabilidad y mande como guste a su amigo,

JOSE ANTONIO BALBONTIN

CARTA ABIERTA, PORQUE NOBLEZA OBLIGA, A EVARISTO ACEVEDO

AMIGO PGARCIA: Publicamos tu carta en estas páginas tertulieres, porque aquí hiciste nacer el episodio, y porque únicamente lo justifica la ligereza de la prosa. Menuda perra has cogido. Tan perra que, por nuestra parte, vemos a Evaristo más en su punto. Le dices que oye poco. ¿Y qué? Que va a acabarse. ¿Y por qué? Que te ha hecho figurar en su ensayo sobre el humorismo español. ¿Y por qué no se lo agradece? Que no puede leer bastante. ¿Y cómo se las arregló para meterte en su ensayo, y cómo se las arregla para enchiquerar a tanta gente en sus cárceles de papel? Que no rebatió tu acusación. ¿Y no te paseas tú por los Cerros de Ubeda? Ya ves que con estos razonamientos profundos estamos evitando la contestación de Evaristo, pues las paralelas del derecho de réplica se juntan en el infinito. Y hasta ahí podríamos llegar, corridos y apedreados por los lectores, ¿no? Gracias.

Querido Evaristo: Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres bien; yo bien G. A. D. Evaristo mira que te diga. Resulta que he leído con retraso tu carta porque era una carta a la que no le pusiste sello y además estaba abierta y además estaba en LA ESTAFETA (núm. 381-82), donde yo busco los cuentos y no las cartas. Y tú debías saber que las cartas deben llevar sello porque tú has trabajado (creo) en eso de Correos.

Resulta que leo en la carta que me atacas y debo contestarte porque eso no está bien y he leído que eres incorregible y eso me preocupa no creas. Y resulta que como eres incorregible no rebates la acusación de plagio formulada sino que haces chanza porque me llamo García y no Evaristo que es para darse pisto ni tampoco Acevedo que es apellido bonito y como el del hijo del «Coyote» que hay que ver la de tiros que tiraba; y de paso, que nunca viene mal, dejás caer que eres guapo y eres listo. Si eres guapo y eres listo, ¿qué más quieres, Evaristo?

Y me entero de que pese a ese artículo de los salarios que yo escribí bastantes meses antes y que apareció en media docena de sitios y fue difundido por dos emisoras de radio y que luego tú hiciste otro que exponía lo mismo siguiendo la línea que yo seguí para llegar a las mismas conclusiones que yo llegué y hasta con las mismas palabras (coincidencia inexplicable a las luces de la integral de probabilidad) pues nada, según se infiere resulta que eres muy bueno y yo muy malo y que la culpa es mía y que busco popularidad pero en LA ESTAFETA que es periódico muy popular y no en «Ama» o en «HOLA» que son periódicos de minorías y que si me quejo otro día de que me copien a lo peor me la cargo y todo, y que si un día escribes una novela de un hidalgo de la Mancha que lucha contra molinos de viento y tiene un caballo que se llama «Rocinante» si no la has leído antes será tuya y cuando leas frases como: «Con la Iglesia hemos topado, Sancho», o «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme» te pondrás muy ufano porque pensarás: «¡Córcholis, cómo reproducen lo mío!»; y menos mal que el autor no podrá quejarse porque entonces con lo ingenioso que eres le llamabas «hombre manco» con la risa que da eso al pueblo y a lo mejor hasta le llamabas «complutense» porque te sonaba a insulto.

Y todo eso pasará porque no puedes leer bastante y no sabes lo que ha escrito la gente y no sabes lo que han escrito Poisard, y Stolfi, y Fernández del Castillo, y Diego Espinosa, y Mouchet y Radelli y bastantes más sobre los derechos de propiedad de los que como tú y como yo (sobre todo yo, porque lo que eres tú...) escribimos, donde resulta que el dueño de la obra es el primero que la publica, y el que otro la haga después aunque alegue ignorancia (perdona lo de que te llame ignorante pero sabes que no es con mala intención) su ignorancia no le eximirá del atentado contra la propiedad.

Y estoy muy triste Evaristo porque no has rebatido lo del plagio sino que me has atacado pese a lo que te aprecio y dices que qué poco conocido soy pese a figurar en siete antologías internacionales editadas en España y en otra editada en Francia y pese a figurar nada menos que en el importante ensayo sobre el humorismo español del que es autor Evaristo Acevedo y que si soy poco conocido será porque ese ensayo se ha vendido muy poco porque si se hubiera vendido mucho todo el mundo me conocería y no me dirías lo de desconocido. Y también estoy triste porque dices en la tuya que la prensa no se hizo eco de mi trabajo y por eso tú no te enteraste, pero resulta que sí se hizo eco, lo que pasa es que me dicen que andas algo mal del oído y claro no oías el eco. Y menos mal que lo gritó Ponce que tiene una voz potente y bonita y queda muy bien como eco porque si no vas y tampoco oyes el eco.

Y estoy tristísimo por todas las cosas que me dices como esa que dices que estoy empezando pero por lo que de verdad estoy triste es por lo que he oído por ahí que dicen que te estás acabando y como te aprecio me pone más triste tu fin que mi principio.

Que te cures pronto de lo de oír, que te cures pronto de lo de leer (leer mucho no es malo, créeme) y que no seas tan incorregible es lo que te desea éste tu buen amigo que lo es,

PGARCIA

Principio Quieren las Cosas

(Viene de la pág. 40)

haber habido alguna manera de evitarlo, todos se habían quedado parados, fue estúpido... Ocurrió en Ceuta, creo, Fernando era de allí. Salió del agua a todo correr (yo no estaba muy fuerte en geografía, no sabía si Ceuta tenía mar o sólo piscinas) y se metió en una fiesta llena de chicos y de chicas. Quería bailar, sus hermanos se estaban divirtiendo allí, las chicas se reían y jugueteaban al son de los discos. Pero pisó un cable, dio un grito, se desplomó.

Fue estúpido, fue estúpido, nadie sabía por qué el pie mojado y el cable eléctrico..., nadie sabía por qué Fernando ya apenas gritaba, en el suelo..., no, no era una broma de las suyas... ¿Qué pasaba? ¿Qué pasaba?... Luego supieron que se había electrocutado, la sangre le había ardiendo dentro, él hacía aspavientos y aspavientos con las manos. ¿Cómo saber que lo que pasaba era que...?

6

Rezamos, rezamos mucho, muy fuerte, casi aullando de rabia, con el corazón doliéndonos dentro. Rosarios enormes, rosarios sin Fernando. Nos hablaron de las advertencias de Dios y del pecado y del estado de gracia, decían que era una especie de refugio para burlar las acechanzas de Satanás y de la muerte... Al salir, estuvimos un buen rato pegándonos golpes con las carteras, como crios de párvulos. Nos hervía en las venas una violenta ternura que ninguna palabra hubiera podido definir. Entonces era cuando debíamos haber soltado cinco millones de tacos, pero no se nos ocurrió ninguno, ninguno.

Las palabras y las jaculatorias se multiplicaron. «Murió en gracia de Dios, había comulgado antes, ya es un santo...», nos dijeron los curas, y creo que, con decir eso lograban quedarse tranquilos. Alguien quiso saber si le podíamos rezar. Los curas se opusieron. «No está canonizado», adujeron; «hay millones de santos que no lo están». Yo, no sé por qué, me acordé de cuando iba con mamá de más pequeño a pagar el cole en secretaria, y por la ventanilla surgían voces que no decían más que: «No damos abasto, no damos abasto, los trámites son complicados...» El caso es que, por las noches, a mis dieciséis, diecisiete años, me tapaba la cabeza con la sábana y tenía miedo y no podía rezar a Fernando. No era permisible.

A fin de curso, en la revista del colegio, vino un artículo sobre él: hablaba del «tránsito», de «claridad eterna», de la «lista de sacrificios» que decía se había impuesto a sí mismo desde su último mayo, del «sueño dorado de su vida, ser piloto de grandes reactores», y terminaba refiriéndose a su «ateorización», sin novedad, en los aeropuertos de la gloria... Ninguno de nosotros comprendió cómo habían podido enterarse los buenos de los curas de todos aquellos detalles. Pero nadie dijo nada, tenía que ser cierto, Fernando no había muerto, vivía eternamente.

Los días pasaron, Fernando fue olvidado. El pupitre siguió vacío, en un rincón, ya ninguna mirada furtiva se posaba sobre él. El último día de clase alguien dejó en la cajonera varios chistes recortados de quién sabe qué revista. No fue un descuido, no: estoy seguro de que Fernando habría dicho que eran unos chistes estupendos.

7

Una tarde, me vine por los desmontes con una chica. No recuerdo cómo se llamaba, me gustaba, no sé por qué. Estuvimos viendo cómo iban encendiéndose las luces, una a una, en los lejanos edificios. No pasó ningún tren, los partidos de fútbol debían de haber acabado hacía rato. De cuando en cuando, un ruido procedente de las chabolas. El mundo se sobrecogía bajo la noche.

Acaricié aquella mano diminuta, y dije que un chico llamado Fernando había muerto electrocutado. La chica se estremeció y sentí cómo se estrechaba tímidamente contra mí.

—Dios sabe lo que se hace—susurró.

Apreté su manecita y la miré a los ojos. La noche respiraba con un ritmo como de cosa eterna.

—Yo no, yo no lo sé—exclamé, el mundo entero temblaba de miedo de morir.

Se levantó un poco de viento. Los cabellos de ella me rozaron la mejilla.

—Yo tampoco lo sé, me pasa como a ti—dijo.

De pronto, el frío lo había invadido todo. Pero una música hermosamente viva surgía de la niña caricia de nuestras manos. Aún no era posible que murieran las golondrinas.

Principio Quieren las Cosas

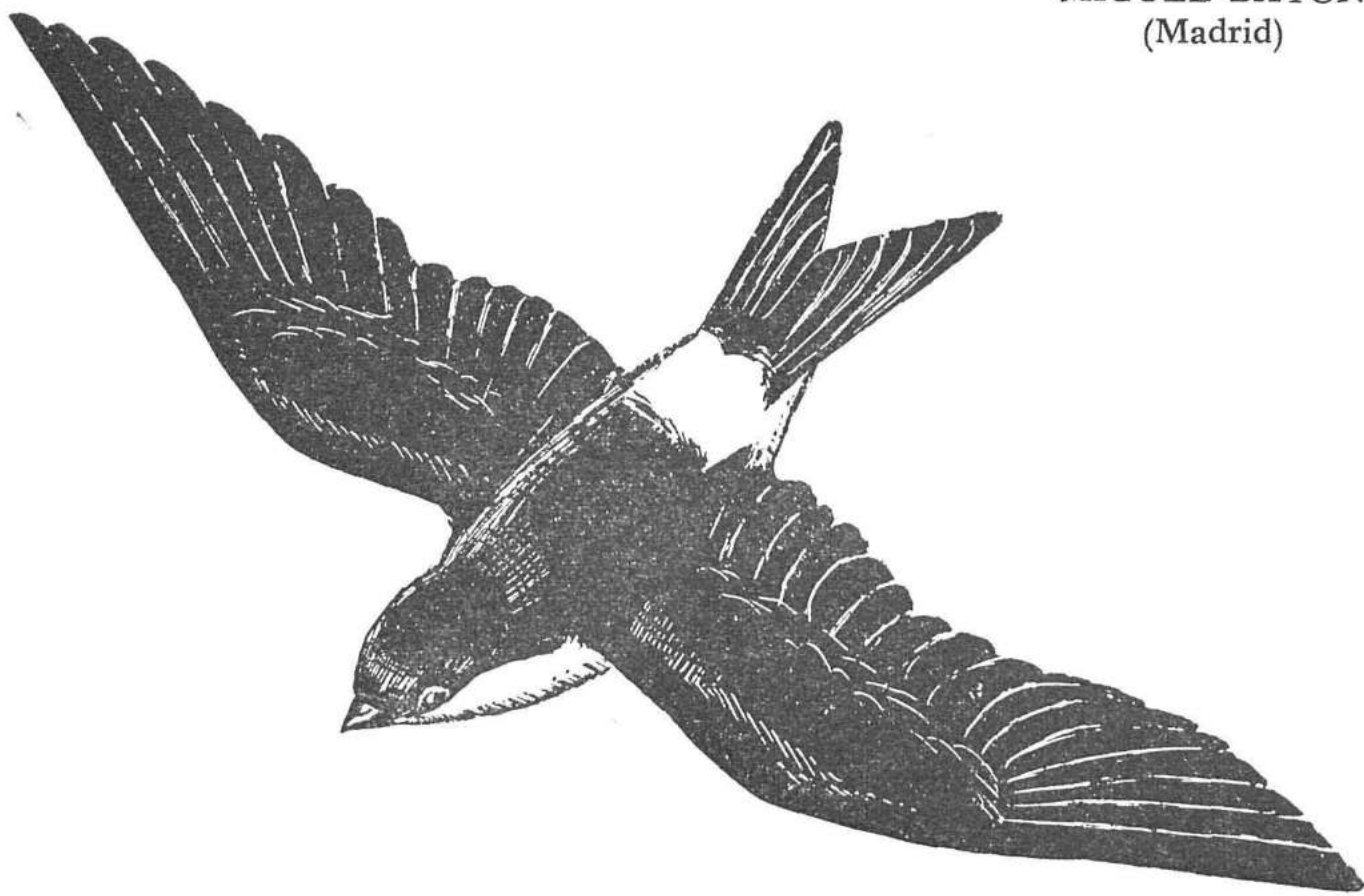
Miguel Bayón ha ganado el premio Albaicín 1967. Veinte mil duros con los que Granada estrena su incorporación, ojalá permanente y definitiva, a los grandes premios literarios. El patrocinador o editor de Albaicín fue objeto de críticas airadas por haber declarado, en vísperas del premio Planeta millonario, que el ganador ya se sabía: Lara le daría el millón a Lera; mientras que no se sabía nada de antemano sobre el ganador del Albaicín. El ganador del Albaicín nos escribía el veintidós de abril de mil novecientos sesenta y siete la siguiente carta, remitiéndonos el siguiente relato, junto con otros dos. Relato, carta y premio son importantes. Tampoco carece de importancia el hecho de que la carta de Bayón está fechada la víspera del día y del mes en que murió Cervantes.

Señor director de
LA ESTAFETA LITERARIA
Madrid

Estimado señor:

Mi nombre es Miguel. Mi apellido, Bayón. Mañana voy a cumplir veinte años. Me he pasado este tiempo sintiéndome vivo y tratando de escribir esta sensación, aunque fuese sin papel. Estudio Periodismo. Estuve entre los 25 finalistas del Alfaguara 65. Me molesta hacerme esta ficha, pero no hay remedio. Yo ya le digo que lo que me pasa es que me siento vivo, que es de lo más importante que creo puede ocurrirle a uno. Supongo que trato de hilvanar alguna cosa porque quiero hablar con quienes de otro modo no podré. Por eso le envío tres cuentos, diciéndole de paso que hay que ver la ilusión que me haría verlos publicados. Nada más. Gracias por todo.

MIGUEL BAYON
(Madrid)



GOLONDRINAS MUERTAS

I

Ya quedan muchos menos desmontes. Al fondo, como pintados en el aire grave del crepúsculo, grandes bloques de edificios: son los nuevos barrios, día a día ganan terreno a la tierra desnuda. Casi todas las jorobas del suelo están ya rodeadas de cercados metálicos. Paralelamente a las fachadas multicolores, nerviosos estallidos de luz se deslizan sobre la línea gris de una pequeña carretera: son coches, como si de pronto chocasen contra el asfalto lágrimas plateadas que se hubieran desprendido del cielo silencioso.

El tren silba. La informe mancha del humo se desvanece ya sólo a unos centenares de metros. Las punteras de mis zapatos apartan a puntapiés puñados de piedras aprisionadas entre las traviesas de la vía. Cuando veo pasar un tren, tengo miedo de que alguna piedra esté viva y muera aplastada bajo el peso del metal... De nuevo el silbido. Ya se percibe nitidamente el monocorde resuello de la máquina. Despacio, salgo de la vía. El humo está ya muy cerca. Entre él y yo, miles de piedras que acaso no sepan ya cómo retorcerse de miedo ante lo inevitable.

—¡No saques de banda!... ¡Deja que pase el tren!...

Junto a la vía hay un campo de fútbol. Es una raída explanada que parece transpirar polvo y sofoco. Unos cuantos chicos se mueven sobre ella, borrosos los colores de sus camisetas deportivas a través del atardecer sucio.

El tren cruza a mi lado. Es una máquina graciosa arrastrando tres o cuatro vagonetas carga-

das de carbón. Sobre mi cabeza, el humo se des-
perez a un instante y luego se borra del cielo. Nunca he sabido a dónde va el humo de los trenes sin nombre.

Los chicos han echado ya a correr y se piden el balón a gritos. Entre las traviesas de la vía, prensadas y deformes, yacen piedras, sin una queja.

2

Aún se ven desteñidos pedazos de pared detrás de las porterías del campo de fútbol. Las chabolas fueron derruidas hace tiempo.

—¡Gool!...

—¡Buena, buena!...

Las porterías no tienen red. El balón va botando entre los montones de cascotes. Un chaval le persigue a todo correr, agitando los brazos. Algunos de los demás, sonrientes, se dan palmadas en la espalda y prorrumpen en gritos de alegría.

—¡Venga!... ¡Manda ya la pelota para acá!...

De niño también venía yo a esta explanada, con mis botas y mis rodilleras de portero, dispuesto a revolcarme entre el polvo y a sudar bajo el último sol del día. Eramos los del equipo de la clase. Muchas veces jugábamos contra los chicos de las chabolas. Eran ellos quienes se empeñaban en ir contra nosotros. Llegábamos con nuestros uniformes y nuestras pieles lavadas, ellos se nos ponían delante en silencio, mohinos, hostiles, aceitunados, harapientos. Solíamos ganarles, pero no parecían odiarnos por ello, sólo se callaban aún más, y cuando el partido terminaba, se volvían a sus casuchas con la cabeza baja y arrastrando las agujereadas za-

patillas. Pero al día siguiente volvían a estar allí, esperándonos.

Ahora todo ha terminado. Tenemos cosas más importantes que hacer. Mucho más importantes que jugar al fútbol. Cosas de dinero y de bienestar, cosas de futuro. Nosotros, con nuestra carrera y nuestro prometedor horizonte respetable; ellos, con su hambre de calderilla y sin su chabola. Nos han separado.

—¡Pasa, jolín, pasa!...

—¡Si es que no puedo! ¿No ves que estoy marcado?...

—¡Eres un maleta!...

—¡Y tú un...!

Todo se acaba. Hasta los juegos de los niños. El mundo es injusto. Soy mayor, he aprendido que el mundo es malo, y ni siquiera puedo echarme a llorar ya.

3

—Chaval, deja que te tire una...

El chico me mira un momento mientras se quita la gorra y los guantes. Los otros beben agua de una cantimplora.

—No —dice.

Hago un involuntario gesto de desaprobación.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es razón, hombre.

—¿Y por qué quiere tirarme una?, vamos a ver.

—No lo sé.

—Pues yo tampoco sé por qué no quiero. Sólo sé que es usted mayor.

Las cosas están dichas, completamente dichas. Probablemente son las mismas palabras que dije yo alguna vez. Ya no me acuerdo. El tampoco se acordará nunca. Un día verá que hay cosas más importantes que venir a jugar al fútbol.

4

Son dos golondrinas. Me parece que son golondrinas, no entiendo de pájaros. Están muertas, tienen retorcidas las patas y rígidas las alas. Se han caído de los cables de la luz que flanquean la vía del tren. Seguramente se han electrocutado.

Siento asco. Las aves muertas me producen arcadas. No comprendo qué hacen aquí, en el suelo, agarrotadas, por qué ya no van a poder volar nunca más. Lo que es del cielo no debiera tener nada que ver con la muerte. Es absurdo, están muertas.

Más de una vez he visto ratas semipodridas, con los gusanos restregándose en humores viscosos. Pero no sentí asco, más bien impotencia ante lo natural. Las ratas corrían por el pardo lomo de la tierra, y de pronto habían tenido que quedarse quietas. Eso era todo... También recuerdo un perro destrozado, aplastado contra el bordillo de una autopista. Yo iba en coche, era muy pequeño, la sangre del animal empezaba a coagularse, tenía las tripas fuera. Pero nadie dijo nada, ningún coche se detuvo. Me pareció que todos tenían miedo, miedo de no sé qué extraña cosa amenazante. Pero ahora sé que yo habría huido también.

5

Fernando acabó como las golondrinas, electrocutado. Eran los tiempos de los nuevos sabores, de los sabores emocionantes e inesperados, cuando las calles olían a aventura, la insólita sensación del tabaco en el paladar, del amor en el alma, dieciséis, diecisiete años, adiós al colegio, la universidad casi a la vuelta de la esquina. Algo pasaba, los curas del «cole» eran ya gente como nosotros, les insultábamos por las malas notas, decíamos tacos porque nos parecía que nunca íbamos a decir nada por mucho que habláramos, las chicas de los colegios de monjas apretaban el paso cuando se daban cuenta de que las seguíamos. Algo pasaba, algo se estaba quedando atrás, quedándonos pequeño, sin que hubiéramos podido entenderlo nunca. La vida era muy grande, allá delante, merecía la pena vivirla, seguramente la merecería aún más cuando la comprendiéramos.

Fernando no vino a la apertura del curso. Fernando había muerto.

—¡No, no, que no!... Te digo que no, no es posible, era un cachondo mental, no es posible...

Pero había sido posible. Los gritos, las carcajadas, los chistes y la bulla de Fernando ya no resonarían más en clase. Allí ocurría algo que no tenía sentido, Fernando ya no iba a volver. Un pupitre había quedado vacío para todo el curso, pero no nos resignábamos a aceptarlo, a la fuerza él entraría en cualquier momento, y...

Fue un accidente estúpido, eso dijeron, tenía que

(Pasa a la pág. 39.)